

CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS



MADRID 37
ENERO, 1953

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

LA REVISTA DE

A M E R I C A

P A R A

E U R O P A

LA REVISTA DE

E U R O P A

P A R A

A M E R I C A

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

«Cuadernos Hispanoamericanos» solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

«Cuadernos Hispanoamericanos» es una revista mensual de cultura hispánica, cuyo fin pretende recoger objetivamente la realidad cultural de Hispanoamérica, interpretando al propio tiempo la cultura europea según un criterio hispánico. El economista, el sociólogo, el universitario, el poeta, el filósofo, el historiador de América, contribuyen desde sus páginas al conocimiento mutuo y al intercambio cultural entre todos los países de lengua castellana.

CORRESPONSALES DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Editorial Difusión, S. A., Herrera, 527. *Buenos Aires*.—BÉLGICA: Juan Bautista Ortega Cabrelles, 42, rue D'Arenberg. *Bruselas*. - Agence Messageries de la Presse. Rue Du Persil, 14 a 22. *Bruselas*.—BRASIL: Livraria Luso-Espanhola e Brasileira. Av. 13 maio 23, 4.º Edificio Darke. *Río de Janeiro*. CANADÁ: Comptoir au Bon Livre. 3703 Avda. Dupuis, angle Ch. de la Côte des Neiges. *Montreal*.—COLOMBIA: Librería Nacional Limitada. Apartado 701. *Barranquilla*. - Carlos Climent. Instituto del Libro. *Popayán*. - Librería Hispania. Carrera 7.ª, 19-49. *Bogotá*. - Pedro J. Duarte, Selecciones. Maracaibo, 47-52. *Medellín*.—COSTA RICA: Librería López. Avda. Central. *San José de C. R.*.—CUBA: Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, 407. *La Habana*.—CHILE: Edmundo Pizarro. Huérfanos, 1.372. *Santiago de Chile*.—DINAMARCA: Erik Paludan. Fiols-traede, 10. *Copenhague*.—ECUADOR: Agencia de Publicaciones "Selecciones". Plaza del Teatro. *Quito*. - Agencia de Publicaciones "Selecciones". Nueve de Octubre, 703. *Guayaquil*.—ESPAÑA: Ediciones Iberoamericanas, S. A. Pizarro, número 17, bajo izqda. *Madrid*.—ESTADOS UNIDOS: Argentine Publishing Co. 194-18. 111 th. Road. St. Albans, L. I. *Nueva York*. - Spanish Book, 576, Segunda Avenida. *Nueva York*, 11. N. Y. —FRANCIA: Libraire des Editions Espagnoles. 78, rue Mazarine. *París (6 éme)*.—GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, 7.ª Avda. Sur, 12-D. *Guatemala*.—HONDURAS: Agustín Tijerino. Agencia Selecta. Apartado 44. *Tegucigalpa, D. C.*.—ITALIA: Librería Fera. Piazza di Spagna, 56. *Roma*.—MÉXICO: Juan Ibarrola. Libros y Revistas Culturales. Belisario Domínguez, 3-9. *México D. F.*.—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua D. N.*.—PANAMÁ: José Menéndez. Agencia de Publicaciones. *Panamá*.—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209. *Asunción*.—PERÚ: José Muñoz R. Monzón, 137. *Lima*.—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria. Rua San Nicolau, 119. *Lisboa*.—PUERTO RICO: Don Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box 1463. *San Juan*.—REPÚBLICA DOMINICANA: Escofet Hermanos. Instituto Americano del Libro y de la Prensa. Arzobispo Nouel, 86. *Ciudad Trujillo*.—SUIZA: Thomas Verlac. Renweg, 14, *Zurich*.—TÁNGER: Información Bibliográfica Internacional. *Hesperia*.—URUGUAY: Germán Fernández Fraga. Durazno, 1.156. *Montevideo*.—VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. Bolero A. Pineda, 21. *Caracas*. FILIPINAS: Librería Hispania, Escolta, 26; Nueva, 92. *Manila*.—ESTADOS UNIDOS: Roig Spanish Books, 576, Sixth Avenue. *Nueva York*, 11. N. Y. (U. S. A.).

A R B O R

Revista General de
Investigación y Cultura

Redacción y Administración: Serrano, 117-Teléfono 33 39 00-Madrid

SUMARIO NUM. 25 (ENERO 1953)

JOSE HIERRO: Poesía y Poética.

LOLA TAMAYO: Moral profesional del
Investigador.

NOTAS • INFORMACION CULTURAL DE ESPAÑA
Y DEL EXTRANJERO • BIBLIOGRAFIA

ALCALA INDICE

REVISTA UNIVERSITARIA
ESPAÑOLA

Redacción y Administración, Alcalá, 44.

Teléfono 22 83 70 (127). MADRID.

CUATRO MIL EJEMPLARES QUINCENALES

GENERAL MOLA, 70, 3.º DCHA.

APARTADO 6.076 :: MADRID.

Una de las pocas revistas españolas que de verdad viven de sus lectores, para sus lectores, sin más subvenciones ni ayudas que las de sus lectores. Con un

SUPLEMENTO

especial en papel «couché» y una «Bolsa de Arte», en la que usted podrá seguir al día el valor real, *en mercado*, de la pintura antigua y moderna.

Todos los meses, en quioscos y librerías o pidiéndola a General Mola, 70, 3.º dcha. Apartado 6.076, Madrid.

NUMEROS 23 y 24

NUMERO EXTRAORDINARIO

en el primer aniversario de la Revista,
con un trabajo de JOAQUÍN RUIZ-

GIMÉNEZ:

ENTRE EL DOLOR
Y LA ESPERANZA

Pts.

Precio del ejemplar (con Suple- mento)...	7
Suscripción anual a la Revista...	54
Suscripción anual al Suplemento...	24
Revista y Suplemento (por un año).	78

Relación de las obras publicadas por el Instituto de Cultura Hispánica desde agosto a diciembre de 1952

COLECCIÓN DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Isabel la Católica y el arte hispano-flamenco, por L. V. Brans. Madrid, 1952. 20 × 27 cms. 130 ptas.

La gran controversia del siglo XVI acerca del dominio español sobre América, por Sor Mónica, Ursulina. Madrid, 1952. 23 × 16 cms. 70 ptas.

Bibliografía científica del Ecuador, por Carlos M. Larrea. Madrid, 1952. 23 × 16 cms. 150 ptas.

COLECCIÓN AMBOS MUNDOS

Medio siglo de literatura americana, por A. Berenguer Carisomo y Jorge Bogliano. Madrid, 1952. 21,5 × 14,5 cms. 50 ptas.

Bosquejo histórico de la medicina hispanofilipina, por José P. Bantug. Madrid, 1952. 21,5 × 14,5 cms. 65 ptas.

COLECCIÓN DE CONSTITUCIONES DE HISPANOAMÉRICA

La Constitución española de 1869, por Antonio Carro Martínez. 386 págs. 65 ptas.

COLECCIÓN HOMBRES E IDEAS

Don Quijote en el país de Martín Fierro, por Guillermo Díaz Plaja. Madrid, 1952. 14 × 21 cms. 45 ptas.

La enseñanza militar en el Brasil, por J. A. Liaño. Madrid, 1952. 14 × 21 cms. 27 ptas.

De Goya al arte abstracto, por Ricardo Gullón. Madrid, 1952. 14 × 21 cms. 45 ptas.

Breve historia de México, por José Vasconcelos. Madrid, 1952. 14 × 21 cms. 65 ptas.

Hispanidad y mestizaje, por el P. Osvaldo Lira, SS. CC. Madrid, 1952. 14 × 21 cms. 40 ptas.

Veintidós retratos de escritores hispanoamericanos, por César González Ruano. Madrid, 1952. 14 × 21 centímetros. 30 ptas.

La práctica del hispanoamericanismo, por Enrique V. Corominas. Madrid, 1952. 14 × 21 cms. 60 ptas.

Introducción crítica a los Estados Unidos, por el P. José A. Sobrino, S. J. Madrid, 1953. 14 × 21 centímetros. 25 ptas.

Dos Américas: dos mundos, por Felipe Barreda Laos. Madrid, 1953. 14 × 21 cms. 30 ptas.

Hispanidad y arabidad, por Rodolfo Gil Benumeya. Madrid, 1953. 14 × 21 cms. 40 ptas.

Vida de Gonzalo Pizarro, por Manuel Cardenal Tracheta. Madrid, 1953. 14 × 21 cms. 30 ptas.

Vida y poesía de Sor Juana Inés de la Cruz.

COLECCIÓN MONOGRAFÍAS DE ARTE

Ecija, tomo IV. 23 × 25 cms. En rústica. 125 ptas.

COLECCIÓN DE MONOGRAFÍAS

Colegios Mayores, núm. 7, por Constantino Láscaris Comneno. Madrid, 1952. 50 ptas.

Originalidad de Hispanoamérica, número 9, por Julio Icaza Tijerino. Madrid, 1952. 30 ptas.

COLECCIÓN SANTO Y SEÑA

Dos españoles en la historia del Brasil, núm. 13, por Alberto de Silva. Madrid, 1953. 12 ptas.

CUADERNOS DE ESTUDIOS
ECONÓMICOS

Una experiencia interesante en el Perú: del intervencionismo a la libertad económica, por Manuel Fuentes Irurozqui. Madrid, 1952. 14 × 21 centímetros. 35 ptas.

La estructura de la balanza comercial entre España e Hispanoamérica, por Hernán Cortés Rodríguez. Madrid, 1952. 14 × 21 cms. 40 ptas.

Los Acuerdos comerciales entre Estados Unidos e Hispanoamérica, por José L. de la Peña Suárez. Madrid, 1953. 14 × 21 cms. 35 ptas.

Los Acuerdos comerciales y de pagos de los países hispanoamericanos con Inglaterra, por Fernando Escondrillas. Madrid, 1953. 14 × 21 cms. 35 ptas.

Las relaciones económicas de España con Hispanoamérica, por Vicente Torrente Securon y Gabriel Mañeco de Lecea. Madrid, 1953. 14 × 21 cms. (En prensa.)

Administración y planificación, por José Luis Villar Palasi. Madrid, 1953. 14 × 21 cms. 25 ptas.

COLECCIÓN LA ENCINA
Y EL MAR

Antología de poetas andaluces con-

temporáneos, núm. 10, por José Luis Cano. Madrid, 1953. 13 × 21 centímetros. En rústica, 65 ptas.; Encuadernada. 80 ptas.

SECCIÓN DE ANTOLOGÍAS
POÉTICAS

Nueva poesía de Puerto Rico, núm. 2. Selección y notas de Angel Valbueña Briones y Luis Hernández Aquino. Madrid, 1952. 13 × 21 cms. En rústica, 59 ptas. En tela. 75 ptas.

Antología de la poesía brasileña, anexo 2. Selección y notas de Renato de Mendonça. Madrid, 1952. 13 × 21 centímetros. Rústica, 59 ptas. Tela. 75 ptas.

MUSICOLOGÍA Y FOLKLORE

Esoteria y fervor populares de Puerto Rico, por Pablo Garrido. Madrid, 1952. 15 × 21 cms. 40 ptas.

MANUALES ESCOLARES

Silabario hispanoamericano, por Adrián Dufflocq Galdames. Quinta edición (primera en España). Madrid, 1953. 17 × 25 cms. 16 ptas.

Texto de escritura y caligrafía hispanoamericano, por Adrián Dufflocq Galdames. Quinta edición (primera en España). Madrid, 1953. 20 × 16 centímetros. 12,50 ptas.

COLECCION DE TEMAS ECONOMICOS Y POLITICOS CONTEMPORANEOS DE MEXICO



Bajo este lema general inició, en 1948, la casa editorial E. D. I. A. P. S. A. (Edición y Distribución Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.) la publicación de una serie de obras que constituyen un elogiado esfuerzo y una útil aportación para todos aquellos interesados en el conocimiento de los hechos económicos concretos relativos a los países iberoamericanos, muy particularmente a Méjico.

Merece especial mención el hecho de que todas las obras publicadas hasta la fecha en esta serie han sido escritas por iberoamericanos, por hombres que viven estos problemas en su propio ambiente y que, por tanto, nos hacen participar del auténtico sentir de estos países y nos permiten estudiar sus reales aspiraciones.

Son obras sinceras y valientes, y aunque quizá por esta misma causa adolezcan a veces de ciertos prejuicios un tanto exagerados, ello es comprensible, y no resta utilidad a la aportación de conocimientos objetivos que sobre los asuntos económicos iberoamericanos contienen.

Las obras aparecidas en esta Colección son las siguientes:

En la brecha mexicana, por José Domingo Lavín.

La carta de la Habana, por Jesús Reyes Heróles.

La carta de Quito, por Alberto Puig Arosemena.

El Tratado de Comercio Méxicoamericano, por Agustín Fouque.

Petróleo, por José Domingo Lavín.

El Plan Marshall, por Jorge M. Heyser.

Problemas industriales de México, por Joaquín de la Peña y otros.

La industrialización de México, por Manuel Germán Parra.

La industria siderúrgica en México, por Joaquín de la Peña y otros.

CONVOCATORIA DE PREMIOS "CULTURA HISPANICA 1953"

El Instituto de Cultura Hispánica convoca, como en años anteriores, sus Premios "Cultura Hispánica" correspondientes al año 1953, cuyos temas versarán sobre Literatura, Geografía e Historia, Cine y Periodismo. La finalidad del Instituto de Cultura Hispánica con la convocatoria de estos Premios es la de dar a conocer distintos aspectos culturales de la América de habla española y atraer la atención de los estudiosos sobre estos países, con miras a un mejor conocimiento y comprensión de los pueblos que integren el mundo hispánico.

Las bases son las siguientes:

A) PREMIO DE VEINTICINCO MIL PESETAS PARA EL MEJOR LIBRO DE TEXTO DE LITERATURA HISPANOAMERICANA (1600-1950).

B) PREMIO DE VEINTICINCO MIL PESETAS PARA EL MEJOR LIBRO DE TEXTO ELEMENTAL DE GEOGRAFIA E HISTORIA DEL MUNDO HISPANICO, DESTINADO A LOS COLEGIOS E INSTITUTOS DE SEGUNDA ENSEÑANZA ESPAÑÓLES, HISPANOAMERICANOS Y FILIPINOS.

C) PREMIO DE DIEZ MIL PESETAS PARA LA MEJOR COLECCION

DE VISTAS PROYECTABLES DE UN PAIS O GRUPO DE PAISES HISPANOAMERICANOS.

1.º Puede aspirar a estos Premios cualquier trabajo de carácter inédito.

2.º El autor, o autores, deberán enviar dos ejemplares, mecanografiados a dos espacios, de su trabajo al Jefe del Registro General del Instituto de Cultura Hispánica (avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid), haciendo constar su destino, para optar a los Premios "Cultura Hispánica 1953", así como el apartado a que dicho trabajo se refiera.

3.º En relación con el apartado C), deberán enviar por correo certificado a la misma dirección dos copias de las vistas proyectables, una de las cuales se destinará al archivo de proyecciones del Instituto.

4.º Los trabajos presentados llevarán un lema en la primera página, y se acompañarán de sobre cerrado y lacrado, en el que figure: por fuera, el mismo lema, y dentro, el nombre del autor, nacionalidad, domicilio y *curriculum vitae*.

5.º El plazo improrrogable de admisión de los trabajos finalizará a las catorce horas del 15 de septiembre de 1953.

6.º El Jurado será nombrado por el Instituto de Cultura Hispánica, y atribuirá los Premios, o los declarará desiertos, con absoluta libertad. El Acta de los respectivos Jurados será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica.

7.º El Instituto de Cultura Hispánica se reserva el derecho de publicar los trabajos premiados, si así lo estimase oportuno.

D) PREMIO DE VEINTICINCO MIL PESETAS A LA MEJOR COLECCION DE ARTICULOS QUE VERSEN SOBRE EL TEMA "FUTURO POLITICO, ECONOMICO Y SOCIAL DEL BLOQUE HISPANOAMERICANO".

1.º Puede aspirar a este Premio la colección de artículos publicados desde el 12 de octubre de 1952 hasta el 15 de septiembre de 1953 en cualquier periódico o revista.

2.º El autor, o autores, deberán enviar dos ejemplares al Jefe del Registro General del Instituto de Cultura

Hispánica (avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid), haciendo constar su destino, para optar a los Premios "Cultura Hispánica 1953", en su apartado D), acompañando una declaración donde conste el título y números de la revista o periódico, en su caso.

3.º El plazo improrrogable de admisión de los trabajos finalizará a las catorce horas del día 15 de septiembre de 1953.

4.º El Jurado será nombrado por el Instituto de Cultura Hispánica, y atribuirá el Premio, o lo declarará desierto, con absoluta libertad.

5.º El Jurado tiene atribuciones para poder otorgar este Premio a escritores o periodistas que no hubieran presentado los ejemplares a que se refiere el artículo 2.º, pero que, a su juicio, hubieran realizado en el período de tiempo determinado en el artículo 1.º una labor digna del mismo. El Acta de los Jurados será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica.

REVISTA DE EDUCACION

PUBLICACIÓN MENSUAL DEDICADA A TEMAS DOCENTES

EDITORIALES * ESTUDIOS * INFORMACION EXTRANJERA *
CRONICAS * CARTAS A LA REDACCION * TEMAS PROPUESTOS *
LA EDUCACION EN LAS REVISTAS * RESEÑA DE LIBROS *
ACTUALIDAD EDUCATIVA * INDICE LEGISLATIVO

DIRECCIÓN, SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN

ALCALÁ, 34

MADRID



BRUJULA DEL PENSAMIENTO

EVOLUCION ACTUAL DE LA ECONOMIA EUROPEA

SUS TRANSFORMACIONES EN LA ESTRUCTURA Y EN LOS MECANISMOS ECONOMICOS A PARTIR DE 1945

POR

AQUILES DAUPHIN-MEUNIER

Al terminar la segunda guerra mundial, se observa en todos los países de Europa occidental, cualquiera que sea el papel que hayan tenido en el curso de las hostilidades y cualesquiera que sean los principios a los que apelen en la dirección de sus negocios nacionales, una verdadera subversión de la estructura y de los métodos tradicionales de su economía.

Sobre todo, se comprueba el eclipse considerable del sector privado libre ante el sector público, el desarrollo en número y en importancia de las empresas estatales y nacionalizadas y la extensión de las funciones económicas del Estado. El Estado no es solamente un sujeto económico, concurriendo con otros muchos, los productores privados, en la actividad de los negocios, sino que, además de tender a ser el principal, pretende la exclusiva.

La evolución del derecho, la sustitución progresiva de un derecho social al derecho individual, favorece, sin duda, lo mismo que el capricho irracional por las nacionalizaciones generalizadas, esta transformación de las estructuras económicas. Otro factor decisivo que interviene también es el factor tecnológico. El financiamiento de un proceso de producción tal como lo condiciona la técnica contemporánea postula una concentración cada vez más acentuada de las Empresas, tanto en el plano horizontal como en el vertical, al mismo tiempo que la dispersión de las fuentes de energía, la necesidad de economizar mano de obra en los transportes y el deseo de proteger las fábricas de los bombardeos aéreos, favorecen la descentralización de las explotaciones.

Por otra parte, los problemas de contabilidad y de control, de vigilancia de las fabricaciones y de las entregas, del encauzamiento y distribución de los productos, han adquirido una amplitud creciente; reclaman para su solución una masa cada día más numerosa de capataces, peritos y escribientes, cuando, por efecto de la mecanización y de la racionalización, el número de obreros interesados directamente en el proceso productivo se va reduciendo (emi-

gración hacia el “terciario”). Entre los obreros mismos se opera una discriminación cuyos efectos sociales son de extraordinaria gravedad: los profesionales calificados desaparecen poco a poco ante la mano de obra especializada.

Ligados a las variaciones del derecho o de la técnica, estos cambios de estructura suscitan a su vez transformaciones en los mecanismos económicos elementales. En un régimen en que se pongan en marcha potentes unidades económicas, fuertemente concentradas y jerarquizadas, disponiendo de una mano de obra pasiva por razón de su poca calificación, en el que el Estado aparece como el patrón por excelencia, el juego de la libre competencia, con todo lo que implica de diversidad y fantasía en los móviles, de fluidez en los movimientos, de eliminación de riesgos en la ejecución, no puede apenas ejercitarse. El delicado establecimiento de los precios, por confrontación voluntaria de ofertas y demandas, por la combinación de las acciones y reacciones de los operadores en el mercado, está obstaculizado. El monopolio predomina, y para satisfacer las nuevas exigencias del imperativo del servicio público, predomina, bajo su forma más brutal, la del monopolio de Estado. Pero si no tiene para orientar su acción más que las tarifas de los mercados libres, es preciso que el monopolio se ejerza en conformidad de programas. La economía dirigida acaba, pues, por reemplazar la del mercado. Los planes tienen desde este momento que determinar producción, consumición y modos de distribución. Entrañan una revolución en los principios de determinación de los precios. Ya a los precios de competencia habrán sucedido precios de monopolio. Europa occidental conoce actualmente precios controlados, homologados o fijados por el Estado.

No es mi intención describir aquí en sus detalles los cambios de la estructura y de los mecanismos económicos. Ya existe gran cantidad de literatura, generalmente de alta calidad, que trata ampliamente de estas cuestiones, a la cual no se puede añadir nada. Mi propósito es otro. Es el de averiguar, dejando aparte los factores ocasionales a los que anteriormente ha hecho alusión, las razones profundas de estos cambios.

Desarrollo del estatismo por extensión en el plan económico de las funciones del Estado y sustitución de los monopolios privados por el monopolio público, entrada en vigor de planes de determinada duración, programas y controles no son más que consecuencias de una revolución más profunda: la sustitución en Europa occidental de un capitalismo liberal y compuesto de pequeñas unidades por un capitalismo organizado de grandes unidades

del capitalismo atomístico al capitalismo molecular. Este capitalismo organizado es un capitalismo de masas. Que ha sido suscitado por la aparición física de masas, que pone en actividad masas y al que se ve dar por móvil u objetivo no sólo exclusivamente el provecho, sino además el bienestar de estas masas.

La aparición de estas masas es el gran fenómeno contemporáneo. Porque no existían antes del siglo XIX, cuando los hombres, cuyo término medio de vida era bajo, estaban esparcidos como polvo y solamente en ciertas regiones del globo. Es el capitalismo liberal quien les ha proporcionado medio de formarse, durar y crecer a un ritmo asombroso. Los resultados de la técnica que él puso en práctica, los progresos de todo orden que proporcionó, permitieron a los hombres vivir mejor y más largo tiempo, sobre todo, al reducir considerablemente la mortalidad infantil. Es este capitalismo liberal el causante de la revolución demográfica que ha marcado un giro en la historia de la Humanidad. Esta revolución debía necesariamente perdurar sobre el régimen que la había provocado. El ímpetu de las masas iba a tener por consecuencia el advenimiento de una civilización de masas, de un capitalismo de masas y de un gobierno, si no de masas, al menos para las masas. Ellos han exigido siempre más mejoramientos, y para mantenerse en el Poder, los gobernantes han tenido que ceder a sus exigencias, a veces incluso anticipándose a ellas. Una política económica ha sido concebida con arreglo a estas reivindicaciones.

Sin embargo, una dificultad mayor aparecía. El capitalismo liberal y de competencia había sido entendido como un régimen de lucha contra la parsimonia de la Naturaleza. Todos los economistas clásicos, sobre todo los de lengua inglesa, los pesimistas, se han dado cuenta exacta de la forma en que se debía luchar para vencer esta avaricia natural, asegurar el equilibrio entre las riquezas producidas y la población. Sin embargo, cuando la producción parecía haber triunfado y los problemas de la misma, gracias a la técnica mecanizada y a la utilización de nuevas fuentes de energía, parecían resueltos, el empuje demográfico, la extraordinaria expansión de las masas, planteaba de nuevo la cuestión. Al capitalismo organizado se le presenta, aunque de otra forma, el problema de las subsistencias. Lo que hace más difícil la resolución es que el productor, ya "consciente y organizado", tiene más pretensiones sociales, cada vez más altas, y al mismo tiempo trata de reducir su esfuerzo.

Las mutaciones económicas contemporáneas aparecen entonces en su esencia como el resultado de factores complejos y a menudo

contradictorios. No son el fruto de una lenta maduración. Como decía mi llorado amigo el profesor Jean Lescure, no son la consecuencia de una impremeditación, sino el resultado de una reflexión y el término de profundos cálculos.

Estos cálculos parecen haber sido de dos clases: económicos y sociológicos. Discrepan, y a veces chocan, debido a las tensiones en que se aplican. La primera tensión se refiere a la separación que existe entre el acrecentamiento demográfico y la insuficiente o mala repartición de bienes; es función del hombre, en el sentido estricto de la palabra. La segunda se refiere a la separación que existe entre las reivindicaciones sociales al reparto equitativo de las rentas nacionales y la misma realidad de estas rentas. Es función de la envidia.

Estas tensiones no son nuevas. Han sido estudiadas ya por los clásicos, notablemente por Malthus y Ricardo. Lo que es nuevo es su fuerza y su generalización; es, sobre todo, que son percibidas hoy, no sólo por los socialistas, sino por cada elemento de la masa humana, por el hombre de la calle.

POBLACION Y RIQUEZA

LA EXPANSIÓN DEMOGRÁFICA

A pesar de las enormes pérdidas en vidas humanas provocadas por las dos guerras mundiales, que se estiman del orden de 20 millones, la población de Europa occidental no cesa de crecer a un ritmo acelerado. Se ha triplicado de 1800 a 1900; aumentó en una cuarta parte de 1900 a 1940, y esta progresión se mantiene incluso a través de las últimas hostilidades. La O. E. C. E. hace constar que después de 1945 los países de Europa occidental, "con una producción industrial y agrícola muy inferior a la de antes de la guerra, tenían que abastecer a 15 millones de personas más que en 1938" (1). El fenómeno es conocido; no es particular de Europa occidental; se inscribe en un movimiento mundial. "La población del mundo, exceptuando la de China, ha aumentado casi regularmente en un 0,95 por 100 anual entre 1850 y 1914", declara el profesor Colin Clark (2). Después de 1940, este tanto por ciento ha

(1) O. E. C. E.: *La evolución de la situación económica y sus perspectivas en Europa occidental*. París, junio 1951, pág. 17.

(2) Colin Clark: *Los términos del cambio en el porvenir*, en "Boletín Internacional de Ciencias Sociales" de la U. N. E. S. C. O. Primavera de 1951.

rebasado ligeramente el 1,1 por 100, y se prevé que llegará al 1,25 por 100 para el período 1950-1970... Se puede esperar que entre 1950 y 1970, la población mundial (no comprendida China) aumentará en un 25 por 100.

Hay un fenómeno que merece destacarse, conforme con la hipótesis malthusiana de una progresión demográfica continua, pero que no debe considerarse, como hacía Malthus, como el efecto de una ley "natural", aislada en un conjunto de realidades sociales. Sabemos bien que este crecimiento de las poblaciones se halla en la dependencia estricta de factores técnicos (progreso de la higiene y la medicina), políticos (protección de la natalidad), económicos (mejoramiento relativo de los niveles de vida). En todo caso, el aumento en ciertos países del nivel de natalidad y, sobre todo, el descenso general de la mortalidad, no solamente han permitido compensar enteramente las muertes debidas a la guerra, sino que han provocado una expansión demográfica sin precedentes.

Podría tal vez considerarse esta expansión como un accidente indiferente, si la producción de las subsistencias creciese al mismo ritmo. Así, pues, si no parece que el espectro de la baja producción mundial que se agita de cuando en cuando tenga alguna realidad y que no se tema como próxima la saturación humana de la tierra, no es menos cierto que en Europa occidental actualmente la insuficiencia de los recursos energéticos, las posibilidades de la agricultura y de la industria, impiden que los movimientos de la población sigan siendo anárquicos y faltos de coordinación.

Si el problema de la baja alimentación europea, agudo sobre todo en Alemania e Italia, aparece en parte como un problema de distribución (puesto en lugar de un sistema racional de movilización de los hombres, de los capitales y las mercancías), es, en su esencia, un problema de producción. Es necesario vencer la coerción de ciertas fuerzas que tienden a limitar la producción, poner un término lógico al desequilibrio fundamental, pero de ningún modo fatal, entre la riqueza y población.

EL PROBLEMA DE LA ENERGÍA

Toda actividad económica reposa sobre la producción y la utilización de la energía. En la economía contemporánea las energías humana y animal no constituyen más que fuerzas de apoyo; el carbón, el petróleo y la electricidad son, por excelencia, fuentes de energía. Ahora bien: en Europa occidental éstas tienen ya tendencia a no satisfacer a las necesidades. En todo momento, des-

de 1945, han de ser cerradas fábricas como consecuencia de las dificultades de aprovisionamiento en energía, y es necesario paliar con urgencia la penuria de combustibles para los hogares domésticos. Es que la consumición, tanto industrial como particular, no cesa de crecer. Europa occidental utiliza un 50 por 100 más de energía que antes de la guerra; la consumición de electricidad se ha duplicado casi con respecto a la media de los años 1935-1938. El desarrollo de la actividad industrial y la motorización de la agricultura, por una parte, y el mejoramiento del nivel de vida de las masas (que utilizan más energía para calefacción, cocina y los trabajos domésticos), por otra, son la causa.

Ahora bien: al mismo tiempo, la producción de carbón y de electricidad no progresa en las mismas proporciones, y el petróleo no puede llenar el déficit de las otras fuentes de energía. En 1951, aunque la extracción de carbón haya aumentado en un 6 por 100 en la Europa occidental, la demanda de aquél ha sobrepasado sensiblemente las disponibilidades suministradas por la producción interior. Las graves consecuencias de este desequilibrio no han podido ser evitadas más que por importaciones provenientes de los Estados Unidos, pero la carestía del carbón americano ha pesado mucho en la balanza de los pagos de numerosos países, tanto más cuanto que una parte importante de los fletes debió ser pagada, como el carbón, en dólares.

Los yacimientos carboníferos conocidos se agotan. Se agotan tanto más rápidamente cuanto que el precio de los combustibles sólidos sea relativamente débil, que no interviene más que en menor parte en los costes industriales totales, lo que hace que se economice poco el carbón. El presidente de la Academia de Ciencias, M. Caquot, ha llamado la atención más de una vez sobre esta situación, pidiendo que el carbón sea en adelante considerado como un producto raro para no utilizarlo más que con parsimonia en operaciones altamente rentables.

El aprovisionamiento en electricidad exige inversiones elevadas. En Inglaterra, desde 1948 a 1950, ha sido necesario invertir más de 300 millones de libras en la industria eléctrica para asegurarle la maquinaria y los medios necesarios para su desarrollo; inversiones parecidas han sido efectuadas, o deben serlo, en otros países de Europa occidental. Pero los grandes cambios sobrevenidos en la constitución de la economía, una fiscalización excesiva y las subidas inflacionistas, frenan constantemente la financiación de la producción eléctrica.

Finalmente, los combustibles líquidos no pueden llenar la la-

guna de los aprovisionamientos de carbón y de electricidad. Europa occidental produce poco petróleo; es, sobre todo, importadora, y tanto en este producto como en aceites depende de América y del Medio Oriente.

ALIMENTACIÓN Y AGRICULTURA

Las principales estadísticas parecen indicar que la producción agrícola en Europa occidental no ha aumentado más que un poco en el curso de los últimos cuarenta años, notablemente si se compara este aumento con el de la población, que se ha acrecentado en un 20 por 100 en el mismo período. Ciertamente han sido realizados progresos en ciertos sectores: los rendimientos por hectárea, que antes de la primera guerra mundial variaban de 16 a 18 quintales para los cereales principales distintos al maíz, han llegado a los 19 a 23 quintales en 1949-1950; el número de reses bovinas es actualmente superior en un 10 por 100 al que había antes de la primera guerra mundial, y sobrepasa el nivel de 1939; el rendimiento lechero por animal ha aumentado en un 30 a 40 por 100 entre 1910 y 1950 (salvo en Francia e Irlanda, donde ha hecho pocos progresos y sigue siendo poco elevado).

Por tanto, a Europa occidental le faltan materias primas y productos alimenticios. Está obligada a dedicar cada año a sus importaciones de alimentos unos 7.000 millones de dólares, trayendo alrededor de 25 millones de toneladas de granos, seis millones de toneladas de azúcar, dos millones de toneladas de carne. Esta insuficiencia de producción no depende fundamentalmente ni de factores telúricos (por ejemplo, erosión del suelo) ni de factores técnicos (por ejemplo, mediocridad relativa de los rendimientos).

La división de Europa en dos fracciones separadas por un telón de acero no ha tenido incidencia más profunda. Ciertamente, antes de la segunda guerra mundial, la Europa oriental, actualmente bajo la dominación soviética, era sobre todo agrícola y contribuía al abastecimiento de productos alimenticios y materias primas de Europa occidental, más poblada y, sobre todo, dada a la industria. Pero sin la intervención de los factores políticos que siguieron a la capitulación de Alemania, Europa oriental no habría podido contribuir a cubrir el déficit agrícola del Oeste, pues en realidad antes de 1939 no exportaba un excedente, sino que cedía su propia sustancia en detrimento del abastecimiento de su propia alimentación. Esta situación no podía durar; no volverá más. Europa occidental, para su base de aprovisionamiento, no tiene que contar

más que con ella misma (3). Hay un solo medio para luchar contra su déficit actual: la inversión. Desgraciadamente, la agricultura es lo que se excluye más a menudo de los programas nacionales de inversión, al mismo tiempo que los precios de los productos agrícolas siguen, generalmente, anormalmente bajos en relación con los precios industriales (4). Inglaterra desde 1935, pero sobre todo desde 1940, ha demostrado lo que hacía falta emprender en este aspecto; cuando antes de la última guerra debía cubrir por la importación los 3/5 de sus necesidades alimenticias, ha llegado hoy, por el aumento de su superficie cultivada, alrededor de un 70 por 100 por inversiones metódicas a largo plazo y un aumento de los precios agrícolas, asegurando un decente provecho a los labradores, a liberarse en su mayor parte de la dependencia del exterior (salvo para la carne y los productos lácteos).

En conjunto, en la Europa occidental los países deficitarios son más todavía que los excedentarios. El problema está, pues, en acrecentar la producción agrícola, favoreciendo los cambios intereuropeos. Por esta idea, a partir de 1950, ha sido examinada la posibilidad de crear una organización europea de la agricultura, un *pool vert.* Ya en 7 de junio de 1950, los delegados franceses y alemanes en la IV Asamblea General de la Federación Internacional de los Productores Agrícolas se habían declarado a favor de la creación de un mercado agrícola común entre sus dos países. A continuación, convocada por iniciativa de Francia, una Conferencia reunió en París, con vistas a promover la organización de una comunidad europea de agricultura, a los países miembros del Consejo de Europa (Alemania, Bélgica, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Grecia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos y Turquía), lo mismo que a dos países que no estaban adheridos al Consejo, pero eran miembros del O. E. C. E., Austria y Suiza. No ha sido cuestión de examinar como próximo un mercado europeo único para todos los productos agrícolas. Se han confrontado proyectos sobre todo. El proyecto francés (Plan Flimlin) preconiza la limitación a algunos productos principales (trigo, vino, azúcar, productos lácteos); es necesario examinar un proyecto turco, que expresa el deseo de que a los productos mencionados en el texto francés les sean añadidos el tabaco, los frutos secos y aun el algo-

(3) Lo mismo, por razones análogas, no puede contar con sus dependencias políticas de África. La noción de "colonias de explotación" ha caducado ya.

(4) Cfr. Bertrand de Jouvenel: *El desequilibrio económico de Europa*. ¿No se encuentra el remedio en las inversiones agrícolas? "Libre Belgique", número del 13 de abril de 1952.

dón. El proyecto neerlandés (Plan Mansholt), por el contrario, recomienda una organización que examinase desde su salida todos los productos agrícolas. Será objeto de una próxima Conferencia el fijar los productos sobre los que tratará primero la organización de mercados comunes. Parece que como primer paso los mercados nacionales podrían conservar cierta autonomía; los países participantes se aprestarían a regularizar los cambios en el seno de la comunidad, a determinar precios normales y a orientar tan racionalmente como fuera posible la producción y la consumición.

LA INDUSTRIA

Durante todo el siglo XIX, la Europa occidental ha podido alimentar su población en crecimiento mejorando, al importar de otros continentes, materias primas y productos alimenticios que pagaba con el producto de sus exportaciones de artículos industriales. División internacional del trabajo, libre cambio e industrialización iban a igual altura. Hoy es de otro modo. La insuficiencia de las disponibilidades de energía y de los aprovisionamientos de materias primas han conducido a una relativa disminución del poder industrial. La Comisión Económica para Europa de la O. N. U. (5) comprueba que en Gran Bretaña y en los países escandinavos en 1951 la producción industrial se ha acrecentado moderadamente porque las reservas de mano de obra eran relativamente débiles y el tipo de acrecentamiento de la producción por año obrero y sigue siendo lento. En los otros países de Europa occidental la producción ha podido desarrollarse mucho más, en parte, por el hecho de que la producción de los años anteriores era de un nivel bastante bajo. Pero cualquiera que sea la situación de tal o cual industria, un hecho se ha establecido: pedidos importantes no se han satisfecho. La producción industrial, notablemente en el sector clave, el de la siderurgia, sufre insuficiencia en los aprovisionamientos de materias primas y de inversiones en materiales y equipos.

La Comisión Económica para Europa revela también que en 1951 la producción total de acero en bruto en Europa occidental ha sobrepasado en un 12 por 100 la cifra de 1950, pero sin poder cubrir por entero la demanda, aunque los precios hayan subido y los plazos se hayan alargado.

Este desequilibrio ha sido acompañado por una modificación

(5) *Comisión Económica para Europa*. Estudio sobre la situación económica de Europa en 1951. Génova, 1951.

impresionante de la repartición de la producción del acero entre los diversos países. En 1950, cerca de un tercio de la producción total de Europa occidental estaba abastecido por la industria británica; la parte de Alemania occidental representaba menos de la cuarta parte, y las partes reunidas de Bélgica, Luxemburgo, Francia y el Sarre equivalían aproximadamente a la de Gran Bretaña. Desde el tercer trimestre de 1951, Alemania occidental ha llegado a igualarse con Gran Bretaña, representando la parte de cada una una cuarta parte. Es verosímil que en 1952, después del levantamiento de las últimas restricciones puestas por los aliados a su producción siderúrgica, Alemania sobrepasará la tercera parte, aventajando así en mucho a Gran Bretaña por un lado y a los otros países siderúrgicos del Oeste, reunidos, por otro.

EL RÉGIMEN DE LOS PLANES

Para asegurar el equilibrio entre la oferta y la demanda, entre las necesidades de una población creciente y las posibilidades, aparentemente reducidas, de la producción industrial agrícola, no se pueden hoy recordar las fuerzas naturales que ha descrito Malthus: el hambre, las epidemias y las guerras. La guerra, por lo demás, a pesar de las hecatombes que lleva consigo, ha atestiguado, en nuestros días, su ineficacia en la materia.

No se puede tener la esperanza de que las iniciativas espontáneas individuales lleguen a dominar el problema y a darle soluciones eficaces. El empuje demográfico, al multiplicar el número de las masas favoreciendo la sustitución de la civilización cualitativa de lo escogido por una civilización cuantitativa de masas, obliga a dar soluciones cuantitativas y colectivas a los mismos problemas que ella promueve. Así se llega, tanto en el interior de cada país como en la escala europea, a dirigir planes a plazo fijo para controlar los nacimientos, fomentar la higiene y asegurar las emigraciones racionales de hombres. Así, después de la guerra, en cada país se han creado Institutos de Estudios Demográficos encargados no solamente de reunir y coordinar las informaciones estadísticas, sino, sobre todo, de elaborar y promover políticas demográficas. Se sabe que, por su parte, una Comisión especializada de la O. N. U. obra, en el mismo sentido, en el marco planetario.

Se está en presencia de una verdadera revolución, en donde las incidencias sociales, morales y religiosas pueden ser de una excepcional gravedad, lo que justifica las prudentes admoniciones de los Soberanos Pontífices a este respecto. Pues es la fuente misma

de la vida la que en lo sucesivo está sometida al plan. Y la eficacia de la planificación demográfica no puede ser puesta en duda después de los resultados rápidos obtenidos por las políticas natalistas en Alemania desde 1933 a 1945. En España desde 1936, en Francia desde 1942, o, en sentido inverso, por las del *birth control* en Gran Bretaña y en Escandinavia. Esto, que en vísperas de la segunda guerra mundial no era aún más que anticipo aventurado de filósofos y escritores como Aldoux Huxley y Tamiatine, es ahora realidad. Ciertamente, el planteamiento biológico no es todavía espectacular; le falta, sobre todo, el estar acompañado de un planeamiento sistemático de la población. Demasiado a menudo, los acuerdos de emigración terminados entre Estados europeos intentan poner un término a las dificultades, más o menos temporales, de empleo de mano de obra y no a asegurar una racional transplatación de los centros que sufren una plétora demográfica hacia los que están insuficientemente poblados. No es menos cierto que el Estado, en todos los países de Europa, interviene hoy en unos dominios que hasta ahora sólo Dios sondeaba; no se contenta con proceder a empadronamientos periódicos y presentar los datos en compilaciones destinadas a raros especialistas; tiene intención de fijar y obtener el número de hombres y mujeres que le es necesario. Y a esta población es necesario alimentarla, asegurarle un mínimo nivel de vida fijado en función no de estrictas consideraciones fisiológicas, sino de condiciones sociológicas. El Estado será incitado a intervenir para mantener o acrecentar los recursos de energía, desarrollar la producción agrícola e industrial y asegurar la repartición satisfactoria de las materias primas. El Estado dirige planes de armamento nacional, organiza, coordina, controla la repartición, ya sea con concurso de organizaciones profesionales y de acuerdo con los productores, ya sea directamente por medio de su autoridad. Va más lejos todavía: para estar seguro de que las grandes empresas en las que la actividad alcanza la mayor intensidad producen conforme al interés general, las transforma en servicios públicos, y así justifica las expropiaciones, a las que ha procedido en todas partes en Europa occidental desde 1945, bajo el pretexto de nacionalizaciones o expropiaciones. Siendo el ahorro privado víctima de estas expropiaciones impotente para formarse de nuevo lo bastante de prisa, en un clima de libertad para asegurar el financiamiento de los planes, obtendrá el Estado, por el juego de la fiscalización y la superfiscalización, combinaciones monetarias por préstamo forzoso, los medios de inversión que, de otro modo, faltarían. El control de los mercados monetario y financiero va al

unísono con el de otros mercados de bienes y de servicios. No hay precios verdaderamente libres, precios de mercado, precios de competencia. El estudiante que quiere esforzarse en comprobar la realidad cotidiana, la exactitud de las enseñanzas de sus manuales económicos, no puede en este momento ejercitar sus datos de observación más que con los chamarileros y los libreros de viejo. En cualquier otro lado encuentra precios tasados, homologados, controlados y fijos. En todas partes, directamente o no, el Estado hace prevalecer sus puntos de vista, el sector público ejerce su influencia decisiva, el imperativo del plan hace inútiles los delicados mecanismos del mercado tradicional.

Pero la puesta en marcha de los planes—planes demográficos o planes de armamento—exige sacrificios considerables por parte de las generaciones contemporáneas, en provecho eventual, se les dice, de las generaciones futuras. La expansión o la restricción de los núcleos familiares, las punciones hechas sobre las rentas individuales a título de ahorro forzado, el renunciamiento a ciertos bienes de consumo para permitir el desarrollo de la producción de bienes instrumentales, todo esto trae consigo sufrimientos.

Así, pues, las masas de Europa occidental parecen en conjunto poco dispuestas a soportarlos por largo tiempo. No están acostumbradas a la miseria de los pueblos de Europa oriental; sobre todo, están inspiradas por místicos, alimentadas por mitos que les hacen encontrar normal la semana de dos domingos y el “socialismo de la abundancia”, en el mismo momento en que, sin el concurso, incansablemente mantenido, de los americanos, estarían abocados, como en siglos anteriores, al hambre periódica.

BIENESTAR INDIVIDUAL Y RENTA NACIONAL

Dos ideas han sido largamente vulgarizadas después de la segunda guerra mundial: la primera, de inspiración británica, es que el pleno empleo es la prueba y condición de un verdadero optimismo económico; la segunda, de origen americano, es que el aumento indefinido de las rentas individuales es posible, y que esto es precisamente lo que caracteriza al Estado de Bienestar (el Welfare State), al que deben aspirar los pueblos civilizados.

INVERSIÓN Y PLENO EMPLEO

Se sabe que Keynes, preocupado y apasionado por el obsesivo problema del paro que se ha dado en Inglaterra durante los

veinte años de intervalo entre las dos guerras, se ha esforzado en encontrar a este estado de cosas una explicación que no le daba la teoría clásica. La "teoría general" que elaboró, y que sin duda reposa sobre los más penetrantes análisis que se han hecho de la economía contemporánea, pretende indicar los factores que influyen sobre el empleo, y lo llevan a fijarse en un volumen o en otro. Esta teoría del pleno empleo es el ideal a que deben llegar los Gobiernos. Así, pues, para Keynes, el volumen del empleo depende esencialmente del de las inversiones. Pero otra cosa es obligar a una política de inversiones con vistas a llegar al pleno empleo, considerado como un fin en sí mismo, o de invertir para ayudar al acrecentamiento de la producción, para tender al equilibrio entre población y riqueza. Ligando estrechamente la inversión con el pleno empleo, como quieren los epigonos del keunesismo, y más particularmente los partidos socialistas y los sindicatos obreros de Europa occidental, se arriesga el provocar desórdenes más temibles que los que se pretenden prevenir. Por lo demás, Keynes ha sido menos categórico que muchos de aquellos que luego han protestado contra él. Keynes ha escrito que "el empleo estaba necesariamente limitado por el volumen de la demanda global y que ésta no puede derivar más que del consumo actual o de esfuerzos hechos actualmente para asegurarse lo necesario al consumo futuro. Así, pues, cada vez que aseguramos el equilibrio de hoy por inversiones acrecentadas, agravamos la dificultad que presenta la realización del equilibrio de mañana... Si es mayor la parte de consumo que hemos cubierto con anticipación, mayor será la dificultad de encontrar una nueva necesidad que se pudiera aún satisfacer anticipadamente, y la demanda dependería aún más del consumo actual".

Sea lo que fuere, después de 1945, los gastos de inversión, más corrientemente en el marco de planes de armamento, han alcanzado en la Europa occidental una cadencia que raramente se había observado en su historia. Si su cifra no es comparable a la de las inversiones públicas americanas, no es menos considerable. Así, pues, su peso descansa pesadamente sobre las generaciones presentes; deben reducir sus gastos en bienes de consumo, a veces incluso por debajo de lo estrictamente necesario, si bien se asiste a la paradoja de una población obrera que, sin duda, no sufre del paro, pero cuyo nivel de vida medio, en muchos países, es comparable al que conocían los antiguos parados.

LAS COMPARACIONES INTERNACIONALES
DE LOS NIVELES DE VIDA

Estos sacrificios parecen tanto menos tolerables cuanto que los partidarios del Estado del Bienestar, para justificar las reformas sociales que preconizan, hacen de la comparación de los niveles de vida su arma de propaganda preferida. No se arredran por la dificultad de definir un nivel de vida, es decir, un cierto estado de bienestar, ni por el hecho de que una comparación semejante no tiene, generalmente, sentido (¿cómo comparar el bienestar de un lapón de Escandinavia con el de un cambista de Londres?) ni por la imposibilidad de medir el valor de los bienes que más contribuyen al bienestar (el sol, la pureza del aire o del agua, la dulzura de las costumbres sociales). No admiten más que la seca confrontación de las cifras y conducen de ordinario sus comparaciones al tipo medio de las estadísticas de la renta nacional dividida por el número de habitantes. Los estadísticas de la O. N. U. han llegado de esta forma a determinar la evolución de la renta nacional por habitante, calculado en dólares de 1938, durante una decena de años significativos.

	1938	1948
<i>Gran Bretaña</i>	378	401
<i>Suecia</i>	367	413
<i>Francia</i>	236	228
<i>Italia</i>	127	105

Partiendo de las estadísticas de la renta global de 1948, expresadas en moneda nacional (EE. UU., 226.000 millones de dólares; Francia, seis billones de francos; Italia, seis billones de liras, etc.), y teniendo en cuenta el número de habitantes y los tipos de cambio, se obtienen resultados análogos a los siguientes: la renta por habitante en EE. UU. sería de 500.000 francos; en Suecia y Gran Bretaña, 330.000 francos; en Francia, 150.000 francos; en Italia, 70.000 francos; estas comparaciones no tienen interés práctico alguno. Pero alimentan los mitos, el mito de que los países de poca renta media individual son países con poca evolución social, el mito de que los países evolucionados socialmente son aquellos en que la tendencia al nivelamiento de las rentas entre las clases económicas es lo más destacado. Es sobre estos mitos sobre los que han sido construídos la mayor parte de los sistemas fiscales europeos de la posguerra, tendiendo bajo color de justicia social y de igualdad en el reparto de las cargas y de los sacrificios, a la nueva distribución de las rentas.

LAS PRETENDIDAS VIRTUDES
DE LA INFLACIÓN

Un procedimiento más cómodo que el impuesto para satisfacer ciertas aspiraciones míticas de las masas y distribuir las rentas en un sentido democrático es la inflación. Este procedimiento es, además, más seductor, porque permite también atender al pleno empleo.

Keynes y sus discípulos inmediatos han sido los primeros en considerar la inflación como un factor bienhechor cuya permanencia merece ser buscada. En su opinión, para hacer desaparecer el paro, no son tan importantes los grandes trabajos financiados por el impuesto como las medidas generadoras de la inflación, tales como la desvalorización de la moneda o el déficit del presupuesto. La inflación, entrañando un alza de los precios, impide que haya oposición a las reivindicaciones de salarios y, por ello, refuerza la potencia de los sindicatos obreros. Al mismo tiempo, sostiene la tendencia a la igualdad de las rentas. La inflación mina y desalienta el ahorro privado; por consiguiente, el rico renunciará a economizar y pagará sus impuestos recurriendo a la parte de sus rentas que había reservado, y el pobre, lejos de adquirir el espíritu del ahorro, consumirá la renta suplementaria que el alza de los salarios le habría proporcionado. Pero, sobre todo, mucho más eficazmente que una fiscalización progresiva, la inflación permite la nueva distribución de las rentas. Un estudio reciente de un colaborador ocasional de *The Economist* (6) lo confirma. Comparando, en 1938 y 1939, la repartición de la renta nacional británica entre las diversas clases de población antes y después de la tasación, el autor del estudio, un discípulo de Keynes, concluye: "Los efectos de igualdad de la fiscalización moderna no rebasan el 3 por 100 de la renta nacional. Pero si se considera el conjunto del período, la parte bruta de los salarios ha aumentado en un 8 por 100 y la parte neta en un 9 por 100. El alza de ciertos precios combinada con el control de algunos otros, es el origen de este aumento. Los salarios no han sido los únicos beneficiarios: ciertos grupos menos importantes—los agricultores, los arrendatarios de ciertos inmuebles y los deudores de condiciones fijas—han ganado más todavía. En general, sin embargo, la inflación ha tenido por efecto distribuir las rentas en un sentido de igualdad, con una eficacia

(6) *The Economist*, Londres: *Agenda for the Age of Inflation*, núm. 1, septiembre 1951.

que no puede conseguir ninguna acción gubernamental, y es difícil condenar el reciente pasado.”

Esta tesis ha levantado las más legítimas críticas. El profesor Albert L. Hahu (7) ha protestado contra esta presentación de la inflación como una técnica honrada, respetable y feliz. No ha dudado en denunciarla como un crimen. Y los redactores habituales de *The Economist* se han hecho eco en su número del 1 de diciembre de 1951, observando que en un estado de pleno empleo, una inflación “desastrosa” está necesariamente ligada a una política de altos salarios, y concluyendo que “había llegado el momento para el Gobierno británico de llevar la desinflación lo bastante lejos para hacer desaparecer del mercado del trabajo el excedente de la demanda sobre la oferta y para restablecer no el paro, pero sí la posibilidad de licenciar al trabajador que no rinda el esfuerzo indispensable y de llevar a la quiebra la Empresa en que el rendimiento es insuficiente”.

EL “SLOGAN” DE LA PRODUCTIVIDAD

Los economistas que rehusan considerar la inflación como un factor permanente y bienhechor, estiman que solamente un aumento de la producción y de la productividad puede contribuir al restablecimiento de un relativo equilibrio. El acrecentamiento de la producción, al permitir hacer frente a la vez al aumento de la demanda y a los descuentos fiscales destinados a la inversión, contribuye a reducir las presiones inflacionistas. Por otra parte, el aumento de la productividad, al favorecer la reducción de los gastos de producción, tiende a frenar el alza de los precios, sobre todo en los países donde no había sido plenamente utilizada la mano de obra o la capacidad de producción.

Pero sobre estos datos reales se ha lanzado un nuevo *slogan*. Para poner término a las tensiones económicas y sociológicas de nuestra época, elevar los niveles de vida, financiar los planes de armamento sin esfuerzos excesivos y mantener el pleno empleo sin inflación, bastaría solamente con el aumento de la productividad. Se va más lejos todavía: la productividad es pronto considerada en sí misma como un fin, cuando no era más que un medio todo lo más.

Las campañas en favor del aumento de la productividad han sido emprendidas con vigor desde hace algunos años. En la mayor

(7) *Nouvelle Revue de l'Economie Contemporaine*, núms. 23-24. París, 1951.

parte de los países de la Europa occidental, se han creado centros nacionales de producción encargados de recoger, coordinar y difundir las informaciones que conciernen a los métodos apropiados para acrecentar la productividad. Se han multiplicado las misiones de productividad, que han ido a informarse a los EE. UU. y a otras partes, y sus recomendaciones han sido publicadas y discutidas. Los países miembros del O. E. C. E. han decidido fijar como objetivo en el curso de los próximos cinco años un acrecentamiento general del 25 por 100 de la producción de bienes y servicios, y han admitido que lo que permitiría alcanzar este objetivo sería una productividad más elevada.

Por tanto, como lo ha reconocido el último informe del B. I. T., "es evidente que no existe secreto en la alta productividad, y que lo que es necesario para acrecentarla es un progreso simultáneo en un número de sectores diferentes. Es razonable, por tanto, conceder una atención especial a ciertos factores que influyen en la productividad, y entre los que se pueden citar, a título de ejemplo, el grado de mecanización, la medida en la que se ha sacado partido de las economías que permiten realizar la simplificación, la normalización y la especialización, la medida en que la capacidad de producción puede ser utilizada de modo completo y constante, la medida en que el clima psicológico favorece una productividad más elevada y el valor estimulante de los sistemas de remuneración en vigor" (8).

Aquí conviene poner atención. M. Alfred Sauvy ha demostrado que un mejoramiento de productividad puede no aprovechar al conjunto de la población y aun no traducirse por un acrecentamiento de la producción. Un acrecentamiento de productividad no es útil colectivamente más que si las fuerzas liberadas son empleadas en buena forma. M. Sauvy distingue justamente entre progreso litigante, operación que acrecienta a la vez la productividad y la condición de los trabajadores (por ejemplo, toda economía de materia prima escasa en la fabricación de un producto determinado), y progreso recesivo, operación que acrecienta la productividad, pero que se ejerce con duración en detrimento de los trabajadores (por ejemplo, economía de la mano de obra en la descarga de los buques). Los esfuerzos actuales en favor de la productividad, concluye M. Sauvy, no están correctamente adaptados a las condiciones actuales de la economía; inspirados estrechamente por los métodos empleados en EE. UU. (es decir, apropiados

(8) Informe del director general a la XXXV Conferencia Internacional del Trabajo (B. I. T.). Génova, junio 1952.

a condiciones muy diferentes), estos esfuerzos están demasiado ligados al concepto de rentabilidad local... No habiendo sido introducida todavía en los cálculos financieros la distinción entre las dos categorías de progreso, las innovaciones privadas y aun las iniciativas públicas no respetan la jerarquía de las utilidades nacionales. Tal progreso, que provocará en otros sectores dificultades considerables, es adoptado o favorecido, mientras otros de intensa utilidad son diferidos por falta de financiación. Europa no tiene plena conciencia de la superpoblación que la amenaza por la penuria creciente de materias primas" (9).

Henos aquí llevados al mayor fenómeno, del que derivan todas las subversiones económicas observadas en nuestros días.

CONCLUSION

DIRECCIÓN DE LA ECONOMÍA EUROPEA

Para los problemas comunes a todos los países de la Europa occidental es necesaria una solución común. Para la puesta en marcha de planes similares es necesaria una dirección única. Así se ha encontrado colocada en la escala europea la dirección económica de Europa. Se sabe cómo se han esforzado en asegurarla. La creación de la O. E. C. E., agrupando a 16 países de Europa occidental y a Turquía y Grecia, el 16 de abril de 1948, ha marcado la primera etapa. La O. E. C. E. tiene por objeto examinar los problemas económicos a los que han hecho frente estos países y elaborar un plan de acción común. Por el canal de la O. E. C. E. es por donde han sido coordinados los problemas de aumento establecidos por cada uno de los países miembros con vistas a asegurar la utilización más juiciosa de la ayuda americana. Entre las medidas que han adoptado de común acuerdo en la O. E. C. E. los países europeos conviene citar la liberación de los cambios y el establecimiento de una Unión Europea de Pagos.

El nombramiento de una alta autoridad encargada de dirigir la comunidad europea del carbón y del acero (Plan Schuman), por discutible que sea en sus modalidades, es otra manifestación de la necesidad unánimemente reconocida de la unidad de dirección económica en el plan europeo.

Tal dirección no debe ser confundida, por tanto, ni con la

(9) Alfred Sauvy: *Productividad, producción, población óptima. Aplicación a Europa occidental*, en "Population", número de enero-marzo 1952.

economía dirigida de carácter formalista y vejatorio de ciertos Estados democráticos ni con el totalitarismo de la U. R. S. S. y sus satélites. La distinción indispensable que aquí debe ser hecha (10) ha sido precisada en términos justos en un informe anual del Banco de Reglamentos internacionales. “De lo que hay necesidad—se lee—es de una verdadera dirección, que consista no tanto en fijar objetivos como en determinar con precisión las medidas prácticas que permitirán en el curso de los próximos seis o doce meses, por ejemplo, suprimir el desequilibrio subsistente y el realizar nuevos progresos. Una tarea esencial será la de volver a poner en marcha los mecanismos de ajuste de que dispone la economía moderna, con el fin de asegurar el equilibrio entre la oferta y la demanda en los mercados, entre los activos y pasivos de la balanza de pagos, etc... Es necesario, sobre todo, velar para que ninguna creación artificial de poder adquisitivo monetario más allá de las rentas suministradas por la producción real no destruya el equilibrio interior y exterior. No se trata de hacer más o menos economía dirigida, sino de asegurar a la economía una dirección apropiada. Muy frecuentemente sucede que medidas mal coordinadas y, lo que es peor, contradictorias, son adoptadas por servicios distintos, que tienen poco o ningún contacto entre ellos. Se da entonces sin motivo a tales métodos el nombre de economía dirigida, mientras que una verdadera dirección debe tender ante todo a armonizar de modo conveniente la acción de las autoridades. Debe tender además a unir estas medidas a las múltiples actividades libres del público, es decir, de los productores, de los comerciantes, asalariados y consumidores, de forma que los esfuerzos individuales de éstos puedan armonizarse en condiciones que desemboquen en un equilibrio general.”

El informe concluye: “Los pueblos empiezan a darse cuenta de que no existe solución en el aislamiento, que los que protegen sus mercados de las influencias extranjeras debilitan necesariamente su capacidad para sostener la competencia y elevar sus niveles de vida y que, de hecho, en el desarrollo de métodos apropiados de cooperación internacional es donde residen una armonía más real y una fuerza crecida.”

(10) Banco de los Reglamentos Internacionales. Informe anual. Basilea, 15 de junio 1952.

Esta necesidad de una dirección común entraña modificaciones en las relaciones recíprocas de los países europeos. A la noción de concierto europeo sustituye la de integración.

Monsieur Stikker, ex ministro de Negocios Extranjeros de los Países Bajos y presidente del O. E. C. E., ha establecido en un memorándum remitido por él a cada uno de los países miembros del O. E. C. E. los objetivos y el plan de acción de tal integración.

La integración de las economías europeas, estima M. Stikker, tiene por objeto elevar el nivel de vida de la población de Europa y equilibrar su balanza de pagos con respecto al resto del mundo para la realización y el mantenimiento de un nivel elevado y estable del empleo. Este objetivo, que implica un aumento de la producción, puede ser conseguido gracias a la especialización de las actividades productivas y a una mejor división del trabajo. Así, pues, la especialización de la producción y la división del trabajo no pueden concebirse más que en el mercado único realizado gracias a la abolición progresiva de todas las restricciones, tanto en importaciones como en exportaciones, que son el obstáculo a un cambio de bienes y servicios tan amplio como posible.

M. Stikker propone realizar la integración progresivamente por sectores de actividad económica, debiendo llevar el esfuerzo antes que nada a los agricultores, a las industrias base y a las industrias de transformación que pueden contribuir particularmente por su especialización a la viabilidad de Europa, y cuyos productos tienen un papel importante en los cambios internacionales, tanto en los intereuropeos como en los intercontinentales.

Con vistas a asegurar un desarrollo progresivo y equilibrado del empleo, M. Stikker desea que la política de los países europeos lleve particularmente a las inversiones necesarias a la realización del programa de integración y parcialmente financiadas por un fondo europeo de integración alimentado por las contribuciones de los países participantes. Podría ser asegurada una importante contribución al mantenimiento del nivel del empleo estable por la aceleración del ritmo de estas inversiones en el momento en que pudiera producirse un descenso de la actividad económica general. Así, en un período en que la regresión de la actividad económica amenazara con provocar el restablecimiento de las restricciones en los cambios, podría, por el contrario, verse acelerar la integración.

Mientras tanto, la organización de una nueva Europa no podrá lograrse sin dificultades.

La cooperación económica europea ha sido, primero, retardada en su progreso por las divergencias fundamentales respecto al modo de vivir que debe adoptar Europa. ¿Es necesario tener en cuenta la tensión existente entre el ritmo de acrecentamiento de la población y el ritmo de acrecentación de la producción, la insuficiencia de recursos, la pobreza de Europa y, por añadidura, comprometerse a una vida de austeridad? ¿Es necesario, por el contrario, tener en cuenta las reivindicaciones sociales de las masas, vivir más allá de sus medios recurriendo a los procederes inflacionistas o al empeño o contando con la caridad americana? ¿Austeridad o bienestar?

Se ha querido ver en este dilema como la transformación del conflicto entre las concepciones de la vida católica y la protestante. “Es la raza germánica protestante—se nos dice (11)—la que es llevada a la austeridad, mientras que los países donde predomina el catolicismo quieren que la vida sea más alegre. Esta oposición se manifiesta, por ejemplo, en el seno del grupo del Benelux, donde ha sido resuelta por un compromiso que dedica su mejor parte al amor belga a la libertad y al bien vivir más que a lo serio y a la austeridad holandesa.”

En realidad, el dilema es de otro orden. Es entre una política de armamento y de inversiones destinada a rechazar a largo plazo el espectro del hambre y a asegurar de inmediato la independencia económica de los países europeos en el equilibrio de su balanza de pagos, y una política demagógica favoreciendo los gastos de consumo y poniendo en juego todos los factores de inflación.

Precisamente porque no se ha sabido escoger firmemente entre estas políticas es por lo que la integración económica de Europa occidental tarda tanto. Se han orientado unas veces en una y otras veces en otra, y algunas en las dos simultáneamente. Se han elaborado proyectos de armamento que sobrepasaban manifiestamente las fuerzas de las naciones con vistas a la guerra. En el momento en que la simple restauración implicaba ya un esfuerzo considerable y exigía la movilización de todos los recursos, notablemente del ahorro, se vió a todos los Gobiernos adoptar programas de inversión desmesuradamente ambiciosos, cuya ejecución habría sido penosa ya antes de la guerra. “¿Podemos asombrarnos de que estos países se hayan agotado en este juego?”, se pregunta

(11) “La austeridad británica y el resurgimiento europeo”, artículo de *The Economist*, publicado por *Le Soir*, de Bruselas, núm. 20-XII-48.

al profesor Baudhnin (12). Para financiar estos proyectos desmesurados, autorizando un aumento del consumo y de las necesidades, se ha recurrido a la inflación y a la perturbación voluntaria de los sistemas monetarios. El resultado ha sido que Europa ha desequilibrado profundamente su balanza de pagos: la señal es la crisis europea del dólar.

LA GUERRA DE COREA VUELVE A PONER TODO EN CUESTIÓN

Sin embargo, gracias a la ayuda americana, notablemente en el marco del Plan Marshall, estas dificultades han sido, en parte al menos, superadas. La actividad de la O. E. C. E., la de la Unión Europea de Pagos, la puesta en marcha efectiva el 1.º de julio de 1950 de la unión económica belga-neerlandoluxemburguesa (Benelux), las negociaciones con vistas a una unión aduanera escandinava y de una unión aduanera francoitaliana, la firma de acuerdos de mano de obra entre países superpoblados y países solicitantes de hombres, la lucha contra las presiones inflacionistas empeñada en todas partes con cierto rigor, todo parecía indicar que los dirigentes responsables de los países de la Europa occidental se habían dado cuenta por fin de la naturaleza y gravedad de los problemas reales que se presentaban y decidido los medios racionales de hacerles frente. Por otra parte, habían sido obtenidos resultados satisfactorios de los que podían haberse incluido también los informes anuales de la O. E. C. E. como los de la Comisión Económica para Europa de las Naciones Unidas. Todo ello fué de corta duración.

El equilibrio, que casi había sido realizado en varios países, se vió brutalmente comprometido por la iniciación de las hostilidades en Corea durante el otoño de 1950. Las exigencias del rearme intensivo y rápido para asegurar la defensa atlántica, sobrecargando los presupuestos, modificando el sentido y volumen de las corrientes de cambio, exigían una modificación de la naturaleza de las inversiones, haciendo inútiles la mayoría de los planes establecidos y planteando de nuevo la cuestión. Las estructuras y mecanismos de Europa occidental se han encontrado modificados sin que ninguno de los conflictos de fuerzas que los habían provocado hayan recibido una solución racional.

(12) Fernand Baudhnin: *La organización de una nueva Europa. Frente a diecinueve programas*, en "Libre Belgique", núm. del 16 de enero 1949.

Aquiles Dauphin-Meunier.

Profesor de la Faculté libre de Droit, de
PARÍS.

SIQUEIROS Y TAMAYO

O LA ENCRUCIJADA DE LA PINTURA MEXICANA

POR

JOSE MANUEL MORANA

A Beatriz y Carlos Quiroga Mayor.

El arte mexicano, presentado ahora en París, obtiene en estos momentos una victoriosa reiteración de reconocimiento. El segundo premio a Siqueiros en la anterior Bienal de Venecia y la exposición de Rufino Tamayo en París (noviembre de 1950), fueron síntomas sucesivos de expectativa e interés por aquel movimiento. Tal interés tiene su mayor justificación—aparte los juicios de valor estético, siempre complejos y dependientes de otros factores de circunstancias—en el hecho de que el arte mexicano, concretamente la pintura de los veinte años en adelante, encaja en nuestro tiempo con una problemática auténtica y fecunda.

“Je tiens l'exposition de l'art mexicain pour la plus extraordinaire qu'aucun pays étranger ait jamais présentée à Paris, non seulement à cause de la multitude des pièces exposées, mais aussi à cause de la richesse et la puissance artistique qui s'en dégage et impose au visiteur le moins attentif.” (“Arts”, núm. 360 del 22 de mayo de 1952.)

Estas palabras de Benjamín Péret consagran la prueba del contacto directo con Europa. La pintura americana más representativa, sostenida por las referencias de las etapas históricamente anteriores—escultura prehispánica, arte popular, el barroco mestizo, etc.—y explicada parcialmente por ella, destaca un aporte que esperamos sea estimado en esencia formal y no por su configuración más o menos exótica. Otras palabras de Péret sobre Tamayo bordean la situación actual de la pintura en México. Situación que—no es un misterio para los medianamente informados—aparece como necesitada de esclarecimientos y puntualizaciones que ayuden la continuación del magnífico esfuerzo que supone la existencia del único movimiento plástico orgánico de América.

Los supuestos de que partiera el muralismo mexicano están sujetos hoy a la revisión de los cambios sociales operados, y muchas de las viejas consignas han sido contrastadas por la intención de otros artistas de hacer incursión en zonas de lo nacional hasta

entonces inéditas. De ahí surge la bifurcación presente en el planteo teórico de la creación plástica y su destino. La vehemencia que enfrenta en la polémica a dos pintores como Siqueiros y Tamayo es la misma que antes orientara belicosamente contra Europa la génesis del movimiento.

Porque ése es el primer rasgo que acusa el fenómeno artístico mexicano: su voluntario propósito de afirmación nacionalista, su proclamado afán de originalidad frente al arte contemporáneo. Ello le ha hecho constituir una corriente peculiar, con un origen político claro y memorable y una finalidad que, lejos de ser puramente estética, ambiciona la trascendencia social.

* * *

Sabido es que el alumbramiento de la pintura mexicana procede de la Revolución. El europeísmo militante y desarraigado del régimen de Porfirio Díaz, su desprecio por el indio y por todo aquello en que vibrara el entrañable acento de lo propio, se estrelló con una voluntad de incendio y de revuelta. 1910: en la veterana práctica de insurgencias del mexicano, los tiempos eran llegados para articular una empresa nacional. Las alternativas de veinte años de lucha dejaron maltrechas muchas ilusiones; ideales generosos quedaron por el camino pisoteados por caudillos afortunados.

Pero lo indudable es que el sello popular de la campaña presidió su accidentado desarrollo. En nombre del pueblo y de los valores que éste encarnaba, se luchó, se escribió... y se pintó.

Nace la actual pintura mexicana en el fragor de la lucha, como una consigna más; se la practica como se utiliza un arma. Con los primeros murales aparecen las formulaciones teóricas, que, con una clarividencia insólita, establecen los programas y los objetivos. Los pintores alternan el pincel con la lucha directa (Siqueiros) o prolongan en los muros las caricaturas con que ilustran los periódicos de guerra (Orozco).

¿Qué oscura conciencia auspició esta eclosión? ¿Qué previsor sentido de la validez americana y revolucionaria determinó que, entre las algaradas militares, con el país en completo desorden, unos cuantos hombres enarbolaran una bandera más de combate, pero ésta más perdurable, como que se trataba nada menos que de un credo estético?

* * *

Cuando José Vasconcelos en 1921, a la sazón ministro de Educación, brinda los muros oficiales a unos cuantos pintores, tan fervorosos como ignorantes de las técnicas adecuadas, servía a las inquietudes que los años anteriores habían agitado en ellos. Diego Rivera había aprovechado la más enciclopédica lección de Europa, y su última revelación eran los primitivos italianos. Siqueiros publica en Barcelona un manifiesto, en el que postula ya los supuestos más agresivos ante el arte europeo y la apasionada defensa de una estética revolucionaria basada en un retorno a los módulos del arte indígena. Algo antes, el doctor Atl, pintoresca personalidad de tribuno, escritor, pintor y vulcanólogo, regresará de París con furores anarquistas, novedades técnicas y la prédica del nacionalismo en el arte.

De momento, los pintores se precipitan a los andamios, tanteando procedimientos y buceando entre las alegorías para acertar con aquellas que pudieran concretar su euforia de revolucionarios: documentar el momento histórico que vivían, enseñar directamente a los hombres de la masa, más fáciles de emocionar por la imagen que por lucubraciones teóricas.

Este fervor tiene su corroboración ideológica bien definida en el programa del famoso Sindicato de Pintores, Escultores y Obreros Intelectuales. Mediante un manifiesto—obra de Siqueiros—, difundido por las calles de México, el Sindicato reclamaba la creación de una pintura dialectosubersiva; el repudio de la pintura de caballete; el rechazo del individualismo en el arte y su reemplazo por la realización colectiva; la producción de obras monumentales para uso del dominio público; la creación de un tipo de belleza que impulsara a la lucha.

La organización en grupo permitió que los pintores se comunicaran los hallazgos técnicos y desarrolló de modo singular su capacidad crítica. Espíritu de “equipo”, que agudizó en sus componentes la comprensión de la circunstancia que anhelaban servir y que planteaba al vivo las relaciones de su arte con las necesidades del pueblo.

La conmoción social es la que depara a los muralistas mexicanos la embriaguez de creación de grandes formas, de vastas composiciones, de enfoques plenos de intención combativa. El artista aspira a que su mensaje sea compartido por todos, y trabaja con la emocionante sensación de que va testimoniando una gran epopeya, ilustrando un supremo “corrido” nacional con vistas a la trascendencia universal, a servir de ejemplo para el mundo entero.

Hoy, a treinta años de distancia, y juzgados desapasionadamen-

te, pocos son los trozos de buena pintura que quedan de aquel primer momento; pero es innegable su valor documental, página primera del movimiento, llamado más tarde, a la hora de la consagración yanqui, Renacimiento Mexicano. (Clara, tendenciosa apelación a un supuesto reentronque con el arte prehispánico, es decir, afán de echar por la borda los siglos coloniales, y olvidar así la espléndida fusión de lo español y lo indio.)

* * *

Ningún otro pintor es tan representativo de este momento como Siqueiros. Es el agitador por antonomasia. Desde su adolescencia milita en la conspiración. Desde Europa, la perspectiva de América estimula su talento de teórico, y comienza tempranamente la elaboración de un "corpus" de doctrina, plataforma conceptual de la pintura mexicana, a la que ha venido enriqueciendo periódicamente con polémicas ardientes. Conoce la cárcel, se interesa por técnicas nuevas, funda equipos de pintores en Estados Unidos, e incansablemente pronuncia conferencias.

Uno de sus argumentos de batalla es el de que los materiales y herramientas para la producción de las artes plásticas tienen valor genérico, que dan su propia expresión estética. En consecuencia, Siqueiros, persiguiendo la obtención de un arte nuevo ("novorrealista", él lo domina), sustituye modos y materiales que considera arcaicos. Cambia el óleo por la piroxilina, el fresco por los plásticos: vinilita, silicon, etc. Estigmatiza el paño mural como "cuadro de caballete pintado en una pared", y cubre integralmente los espacios arquitectónicos. Compone sus muros según los distintos ángulos de visualidad de los espectadores en movimiento. Rompe la bidimensionalidad de la superficie del cuadro, aplicando volúmenes, proyectando figuras "que se salen" del muro hacia el espectador. Reemplaza el uso exclusivo del pincel o de la espátula con la brocha de aire, los proyectores eléctricos, y agrega, con fines documentales, la cámara fotográfica.

Inventor del concepto de la pintura dialectosubversiva, Siqueiros ha propugnado un realismo enérgicamente combativo al principio, y luego una especie de imagen inventada sobre un tema, a la que dinamiza por la incorporación de materias distintas, juego de ritmos abstractos y contraste de texturas. Se propone originar un impacto vigoroso en el espectador, conmoviéndole por una orquestación violenta.

* * *

Con la dilatada obra de los tres grandes, el concepto de un arte "monumental y heroico..., humano... y público" (Siqueiros), llega a la consolidación, a su más cumplida expresión. No obstante, cabe preguntarse si la pintura mexicana restante recorría caminos fécondos, o si, por el contrario, el atenerse a un programa fijo, denso de doctrina políticoartística, no llegaría a conducirla a un embotamiento retórico. Esto último es lo que, en efecto, ocurrió.

Tranquilizadas las aguas de lo social, vencedora oficialmente la Revolución, entregado el país a una teórica construcción socialista, el ejemplo activo y absorbente de Rivera, Orozco y Siqueiros vino a significar en la práctica una especie de presión, que fijaba normas y hacía de aquéllos verdaderos jefes artísticos. Las posibilidades de un desarrollo independiente de los talentos se cerraban en virtud de la cristalización de conceptos, que, despojados de la razón vital de su momento histórico, ahora no constituían sino amarras y obstáculos.

Ya otros pintores más jóvenes, Mérida, Rodríguez Lozano, Tamayo, abandonan el terreno polémico, regresan a la pintura de caballete (el muralismo para ellos no es ya una exigencia fundamental, y estos artistas, al practicarlo ocasionalmente, no alcanzan mayores triunfos) y se conectan con la vituperada Escuela de París —es decir, con las normas universalmente válidas del arte de nuestro tiempo—, sin renunciar por ello a elaborar un mensaje mexicano. Sólo que este verbo mexicano se persigue no ya por las vías del tema político y del realismo vociferante de los primeros murales, sino a través de canales líricos y subjetivos. Se aspira a expresar una mexicanidad esencial, despojada de atavios folklóricos.

Tamayo es el cuarto grande del arte mexicano. Tremendamente resistido por la nueva oficialidad de su país, ha encontrado su consagración en los Estados Unidos. Sus vinculaciones innegables con la Escuela de París, en un cierto momento con Braque y últimamente con algunos superrealistas abstractos, no le impiden ser el más entrañable mexicano. Lo es por su sentido de la deformación, su tendencia al "feísmo" de los ídolos populares, y lo reafirma, sobre todo, por su color, suntuoso como las frutas tropicales y refinado al modo de la artesanía popular.

Tamayo ha bebido a fondo en la tradición de su patria. La cultura prehispánica le ha dictado su espíritu formal; la imaginaria le ha prestado la emoción de una ingenuidad que muy inteligentemente ha sabido traducir. Hasta el dibujo de los niños ha sido su evidente estímulo. El resultado es bien convincente: por una parte, el repertorio de los grandes pintores de nuestra hora

cuenta con una lírica voz americana, y, por la otra, queda demostrado que un lenguaje actual y universal—el de la Escuela de París—no podría nunca impedir que una sangre y un clima cantaran inequívocamente en un simple bodegón o en una figuración casi abstracta de un pintor de talento.

* * *

Sobre el presente de la pintura mexicana se articulan belicosamente las dos rutas insinuadas de la expresión. La vieja querella sobre la primacía del fondo sobre la forma, o viceversa, se prolonga hoy todavía. Siqueiros decía en unas declaraciones: “Confieso que las generaciones inmediatamente posteriores a la nuestra me inspiran muy poca confianza en lo que respecta a la continuación adecuada y superada del esfuerzo de los primeros. Entre aquéllos hay hombres que conocen el oficio mejor que nosotros; pero ese virtuosismo ha sido siempre síntoma de crisis o decadencia en los movimientos plásticos históricos. Esas generaciones están contaminadas del snobismo parisiense, que en lo esencial es anti-tético a nuestro movimiento.”

Imposible no ver en estas palabras su cruda significación de condena fulminante de la otra vertiente a que hemos aludido, y que se expresa en conceptos de Tamayo de manera rotundamente contraria: “Creo—ha dicho Tamayo—en la pintura, con la convicción absoluta de que lo único que le da validez son sus cualidades plásticas y su poesía... Me parece que pretender que el valor de ella es derivado de otros elementos, particularmente de contenido ideológico, que no es sino agregado del contenido plástico, no pasa de ser una falacia que puede sorprender de momento a los incautos; pero que el tiempo, enemigo despiadado de todo lo deleznable, se encarga constantemente de refutar.”

“La pintura—agrega Tamayo—no es literatura, ni periodismo, ni demagogia. La pintura es, hay que repetirlo, la maravillosa unión de la poesía, que trae consigo el mensaje y las calidades plásticas, que son el vehículo para transmitirlo.”

La juventud de hoy día, en México, tan estupendamente dotada para el arte, como lo fueron las anteriores generaciones, se debate ante estos dos contrarios ejemplos: confrontación apasionante y campo de aventura polémica. ¿Qué tendencia se prolongará a través de la obra de los más jóvenes? El mismo Siqueiros añadía en las declaraciones aquellas: “Sin embargo, sí creo en la última ge-

neración, en la más joven. De ella espero sinceramente la superación del esfuerzo por nosotros llevado a cabo.”

Optimismo de viejo luchador político, que no debe jamás arriar la bandera... aunque vengan degollando. Conviene, sin embargo, esbozar un cierto escepticismo sobre la continuidad de la primera concepción de la pintura mexicana. El mexicano, a favor del mito de la Revolución, llevado por anhelos trascendentes, lanzó la consigna de un arte americano al servicio de la inquietud social. Se enfrentó con lo europeo en un gesto agresivo. Abjuraba de sus raíces hispánicas y perseguía la utopía de la continuidad indígena.

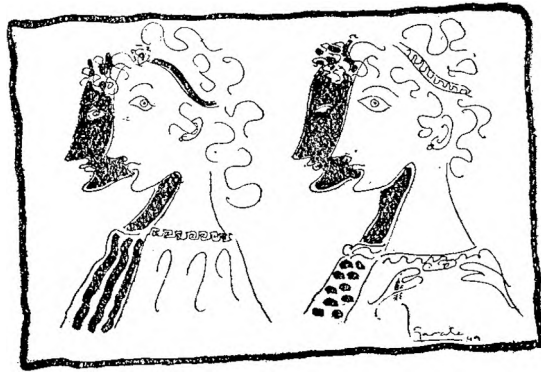
Hemos visto, no obstante, hasta qué punto los prejuicios políticos desvirtúan la realidad. Resulta imposible negar las conexiones con Europa, y los estímulos para su movimiento provinieron precisamente de ella, de prestigiosos ejemplos antiguos.

En cuanto al contenido político de la temática, el cambio rápido de las condiciones sociales ha demostrado el valor transitorio de gran parte de la producción mexicana. (Resta, sí, enhiesta la preocupación ética de Orozco, que pudo superar la anécdota política, jugando en cada mural la carta de su sinceridad desgarrada, nunca comprometida.)

De este desarrollo se desprende una transparente lección. Cuando de la libertad inicial, bajo el signo de la lucha, se pasó al dominio ejercido por los maestros, que quisieron marcar decisivamente las únicas pautas admitidas, se cayó en el callejón sin salida de la retórica, en los aledaños de un nuevo academismo.

¿Cómo suponer que las nuevas generaciones no sabrán atenerse a esa verdad y podrán desconocer el aporte positivo de las obras limpiamente válidas por sus elementos formales? El fino talento de un indio que no hace indigenismo, como Tamayo, asume altura de ejemplo. El es quien reabre las puertas para trabajar una expresión profundamente nacional, desnuda de folklore y sostenida por los puros valores plásticos, los siempre vigentes, desde lo inmemorial prehispánico, para ornato y gloria de México.

José Manuel Moraña.
Pasaje Robertson, 1.245.
BUENOS AIRES (R. A.).



ACTITUD ANTE CLARIN

POR

TORCUATO FERNANDEZ-MIRANDA
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO

Se acaba de cumplir el centenario del nacimiento de *Clarín*. Y la Universidad de Oviedo no puede eludir ese centenario. *Clarín*, en la Historia española del siglo XIX, es un hecho de primera significación. *Clarín* es un hecho decisivo de la Universidad de Oviedo. *Clarín* es un símbolo de la provincia que, desde sí misma, quiere dejar de ser mezquinamente provinciana y ser universal. *Clarín* es, con el P. Feijoo y Unamuno, uno de los tres provincianos geniales que sacudieron el cómodo yugo del centralismo cultural español e hicieron que la provincia tuviera presencia real e inmediata en la vida cultural de España. Sobre *Clarín* se escribe cada vez más en España y fuera de España. *Clarín* es, por su técnica literaria, más escritor moderno, actual podría decirse, que de su época. *Clarín*, por si todo esto fuera poco, ha vuelto a apasionar y dividir a los ovetenses. La Universidad de Oviedo, tan vinculada a *Clarín*, abierta por imperativo de su misión docente a todo tema vivo, no puede eludir el centenario de *Clarín*. No se ha propuesto jamás eludirlo.

Pero centenario no significa sin más adhesión incondicional u homenaje, aunque una manera peregrina de celebrar centenarios, muy extendida en España, así lo haga creer. La Universidad de Oviedo no ha podido por menos de estudiar, en 1952, con toda atención y esmero, la obra y la vida de *Clarín*; sin que ello suponga, sin más, un apriorístico aplauso cerrado a esa obra. La misión de la inteligencia es una misión de luz. Es el *Perfundet omnia luce* de la medalla de los catedráticos: derramar la luz sobre todas las cosas, henchar, llenar, colmar de luz todas las cosas, para que así iluminadas tengan cada una su perfil y lugar exacto. Confundir las cosas, borrar sus aristas, es misión de las tinieblas. Distinguir, perfilar, definir el contorno exacto de las cosas, es obra de la luz. Frente a *Clarín*, la Universidad quiere, más que nunca, desempeñar esa función delimitadora y esclarecedora de la luz frente a la mezcla bárbara de todos los confusionismos.

Porque creo que ésta es la misión fundamental de la Universidad, he querido hoy definir con toda honradez, sinceridad y va-

lentía, una actitud ante *Clarín*. quede bien claro que yo quisiera que ésta fuera la actitud de nuestra Universidad de hoy; pero quede más claro todavía que ésta es mi actitud personal, de la que acepto toda la responsabilidad, y que quiere ser una aportación radicalmente clara frente a las últimas conversaciones y hechos producidos en Oviedo en torno a la figura de *Clarín*.

* * *

Clarín ha tenido siempre la virtud de suscitar sobre sí los juicios más opuestos y contradictorios. He aquí, a continuación, dos textos, de otros tantos autores, bien demostrativos de lo que acabo de afirmar:

“*La Regenta*—dice uno de ellos—, disforme relato de dos mortales tomos, rebosa, en el fondo, de porquerías, vulgaridades y cinismo, y delata en la forma la premiosidad violenta y cansada de cualquier principiante cerril. No es a la crítica literaria, sino a la Policía, a quien toca habérselas con productos nocivos del contrabando novelesco...”

Frente a ese texto, este otro:

“Aquel día, trece de junio..., las campanas de la parroquia de San Isidoro anunciaban a los ovetenses la muerte de un cristiano. Este cristiano, aunque muchos fariseos lo dudasen entonces y acaso lo duden hoy todavía, era Leopoldo Alas, *Clarín*.”

He elegido, entre muchos análogos, estos dos, porque son hondamente significativos de lo que ha solido ser la doble actitud ante *Clarín* que es uso. El primero de estos textos expresa la actitud de quienes, guiados exclusivamente por preocupaciones éticas, pretenden descalificar de raíz la obra y la vida enteras de *Clarín*. El segundo, partiendo de la unción emocionada ante las excelencias indudables de esa vida y obra, pretende justificar, por razones literarias o sentimentales, hasta los posibles errores y pecados.

Una y otra actitud: la del moralista apasionado y la del entusiasta ganado por una especie de veneración clariniana o clarinista, son hijas, igualmente, de ese espíritu de confusionismo que antes denunciábamos, contra el cual tiene que sublevarse siempre quien quiera ser fiel a esa noble vocación de la inteligencia, que, arrojando luz sobre las cosas, las distingue según las aristas de sus propios contornos.

Lo doloroso es que esta visión parcial no sólo florece en el campo de los sentimientos, en las almas de aquellos que se declaran clarinianos o anticlarinianos, porque sí, por razones atávicas de

raíz sentimental, sino—y esto es más grave—florece con harta frecuencia en el ámbito cultural de los especialistas. El moralista pretende reducir todos los valores a los valores éticos; el literato, por el contrario, ignora éstos para afirmar exclusivamente los valores artísticos, y, por último, el sociólogo pretende que sólo hay que tener en cuenta, para valorar la obra de arte, su trascendencia y eficacia sociales...

El error no estriba, claro está, en que el especialista vea las cosas desde su ángulo, sino en la inaudita pretensión de afirmar que la realidad solamente posee la faz que él ve desde el punto de vista de su especialidad. La visión humana completa y justa es aquella que se vale, sí, de la ineludible visión y trabajo del especialista, pero que abarca todas las dimensiones de la cosa, para verla en su integridad total y compleja. Así es necesario ver toda obra humana, de la naturaleza que sea, y así hay que ver la obra de *Clarín*; sólo así seremos capaces de aprender la lección exacta que todo gran hombre deja a su muerte; únicamente así es posible una actitud honrada y sincera frente a esta indudablemente apasionada y apasionante figura que es *Clarín* en su vida y en su obra.

Es indudable que toda obra humana lleva en sí un complejo de significaciones y está dotada de una estructura igualmente compleja. Y es igualmente evidente que la inteligencia humana, esencialmente analítica, necesita descomponer ese complejo en tantas visiones parciales como aspectos presenta la realidad de su objeto. Pero es también incuestionable que la visión completa del mismo sólo podrá obtenerse mediante la integración armónica de aquellas visiones parciales. En la obra artística, una de sus significaciones apunta claramente al mundo de la belleza; y en la obra literaria es el complejo de sus valores literarios lo que en ella ha de ver el especialista en literatura. Pero una obra de arte no es exclusivamente una obra de arte, sino que es, además, una obra social; una obra que nace en una determinada situación históricosocial precisa y concreta, produciendo en el medio colectivo en que se da consecuencias también precisas y concretas; y por ser una obra social, cuanto mejor y más trascendental sea en el orden literario, más claro y decisivo será su significado sociológico; por último, es una obra humana, y por ello incide, quiera o no, se lo proponga o no, en el mundo de los valores éticos, y tiene con respecto a éstos una clara significación. Sólo las obras anodinas o mediocres dejan de producir esos efectos. Por ello, cuanto más se subraye el valor literario de una obra tanto más se subrayará, quiérase o no, su valor y eficacia en los campos sociológico y ético, y tanto más decisivas

serán sus consecuencias en el campo de lo social, cultural, histórico, religioso, etc.

Pretender, verbigracia, que la excelsitud literaria de una obra le da, sin más, derecho a ser socialmente disolvente o éticamente perversa, no es otra cosa que beatería literaria del peor estilo.

Por otra parte, las grandes obras no nacen por generación espontánea: son la obra de una vida personal concreta y es en función de esa vida, de la biografía de su creador, como debe y puede ser entendida.

La obra del especialista es includible. Lo que es inadmisibile es pretender quedarse en ella y desde ella forjar una visión total. Lo que es inadmisibile es pretender que una obra artística no es más que una realidad que se agota en ser obra de arte; o pretender que la obra humana solamente existe en función de los valores éticos, o que sólo ha de juzgarse en función de su eficacia social. Las cosas, para bien o para mal, son siempre un complejo de recíprocas implicaciones.

Pues bien: la obra de *Clarín*, precisamente por su excelencia literaria, es de una enorme significación social e histórica y de un indudable contenido ideológico. Una actitud frente a ella ha de ser necesariamente compleja. De aquí que la que yo intente definir constituya una especie de tríptico basado en tres supuestos.

* * *

El primer supuesto, definidor de esta actitud ante *Clarín*, puede ser expresado así: LA OBRA DE "CLARÍN" ES DE EXTRAORDINARIA CALIDAD LITERARIA, no sólo vista en el ámbito histórico de su época, sino, sobre todo, desde la nuestra.

Su literatura de imaginación, por su técnica e incluso por su lenguaje, es sorprendentemente actual. Sobre todo en algunas de sus obras, como, por ejemplo, *Doña Berta*, que tanto por su naturaleza literaria como por su contenido diríase excepcionalmente actual; uno se siente tentado a afirmar anacrónicamente que se ha inspirado en algunas páginas de las novelas cortas de Stefan Zweig. Tanto por su técnica narrativa, que Baquero Goyanes, yo creo que con todo acierto, ha calificado de excepcional e insólita para su época, como por su capacidad de acomodar el tiempo de su narración al ritmo de la acción (piénsese en el comienzo y final de *La Regenta* como contraste en la manera de narrar, premiosa o acelerada, que pone de relieve esa capacidad de adecuar el tiempo de la narración al ritmo intrínseco de la acción narrada); así como

su gran maestría para perseguir el proceso psicológico de sus personajes; o su indudable genialidad en la descripción de los ambientes (piénsese en su descripción de Vetusta bajo la siesta del comienzo de *La Regenta*, o sus cuadros del casino, el teatro, los paseos o las tertulias); o su capacidad de ternura y sentimiento, positivo o negativo, con que sabe envolver a cosas y personajes (piénsese en *¡Adiós, Cordera!*, o en *Pipá*); o su sorprendente multiplicidad de aptitudes, que le permite abordar con éxito géneros intrínsecamente diversos y hasta contradictorios: la novela corta, el cuento, el ensayo, el artículo de crítica...; o en ese gran humorismo que hace que muchos de sus artículos de crítica tengan aún hoy una enorme viveza y galanura, aunque estén muertos por estar muertos sus temas... Todo eso demuestra bien a las claras la indudable calidad artística de su obra.

Yo no quiero seguir por este camino. En el ciclo de conferencias que en torno a *Clarín* organizaron esta Universidad, los especialistas recorrieron este camino. Con lo dicho basta para poder afirmar que para negar la calidad literaria de la obra de *Clarín* se necesita estar ciego o querer cegarse en virtud de preocupaciones extrínsecas a los valores literarios.

Pero si quedáramos aquí cometeríamos una grave deformación de esa realidad histórica que es la obra de *Clarín*. Porque esa obra, precisamente por sus excelencias literarias, ha sido y es de una enorme fuerza y eficacia sociales. Porque, vuelvo a repetirlo, una obra artística, y más cuanto mejor sea, es germen de una corriente de procesos sociales, siendo configurante de la realidad social en que se da, por ser determinante del contenido ideológico de las conciencias de sus lectores.

Mas ahora, para saber explicarme, es preciso que ustedes me permitan un pequeño rodeo.

* * *

Paul Hazard comienza su espléndido libro *La crisis de la conciencia europea* con estas palabras:

“¡Qué contraste, qué brusco cambio! La jerarquía, la disciplina, el orden que la autoridad se encarga de asegurar, los dogmas que regulan la vida férreamente, es lo que amaban los hombres del siglo XVII. Las trabas, la autoridad, los dogmas, eso es lo que odian los hombres del siglo XVIII, sus sucesores inmediatos... La mayoría de los franceses pensaban como Bossuet; de repente, los franceses piensan como Voltaire; es una revolución.”

En este enérgico y certero párrafo de Hazard se contiene todo un tratado de filosofía de la Historia y de Sociología. Su lección, en síntesis, es ésta: una sociedad es lo que su sistema de creencias. El paso de la sociedad aristocrática del XVII a la sociedad burguesa de fines del XVIII es el tránsito de un sistema de creencias a otro muy diverso. ¿Cómo se verifica este tránsito? Las obras de Hazard son una contestación genial a ese interrogante. Para que una nueva sociedad nazca, es preciso que la anterior quede muerta en sus instituciones, y éstas vacías de toda savia vivificante. Esto se produce en la medida en que las creencias que las sustentaban quedan disueltas, destruidas en su vigencia. ¿Cómo se produce este proceso disolvente? Por un movimiento de dilatación de un nuevo sistema de ideas que, creado siempre por una mayoría, se transmite a las masas. La filosofía de los siglos XVI y XVII había forjado ese sistema de ideas destructor de la vigencia de las creencias que fundamentaban las instituciones del "Antiguo Régimen". Y, a pesar de ello, éstas seguían en pie. ¿Por qué? Porque el juego abstracto de las ideas jamás llega a las masas. El pueblo y el hombre medio jamás han sabido de filosofías. Para que esas ideas cobren vigencia, necesitan corporalizarse. Es decir, es necesario que dejen de ser ideas abstractas y se transformen en sentimientos y emociones, en estimaciones y preferencias, en amor y odio. Y esto no lo hace nunca la filosofía, sino la literatura.

Así, v. gr., el existencialismo de Kierkegaard o Heidegger no hubiera llegado jamás a las masas. Pero hasta que un novelista, genial sin duda, Paul Sartre, haga cuerpo de novela la abstracta doctrina filosófica, que esas ideas se corporalicen en sentimientos, emociones, etc., para que el existencialismo se haga proceso social. Sin Sartre, el existencialismo no hubiera sido lo que hoy es socialmente.

Esta verdad la había subrayado ya Taine cuando escribió:

"Bajo toda literatura hay una filosofía. En el fondo de cada obra artística existe una idea de la naturaleza y de la vida humana. Esta idea guía al artista; el poeta, sépalo o no, escribe para hacerla sensible, y los personajes que forja, como los hechos que combina, no sirven más que para sacar a la luz la sorda concepción creadora que los combina y los une."

Los medios sociales conforman al hombre. Estos medios sociales, cuando son fuertes, cuando tienen un ambiente claramente definido, impregnan a quienes lo viven, los cuales acaban ahormándose y configurándose según la horma de este mundo social. La familia, la escuela, el medio ambiente de los amigos, etc., nos impregnan, queramos o no, y acabamos siendo lo que ellos son,

a no ser que tengamos una personalidad fortísima y previamente troquelada según determinadas ideas y creencias, lo cual, por mucho que ofenda nuestro amor propio, es cosa rara y muy poco frecuente.

Pues bien: toda novela tiene su mundo, su medio ambiental, que se apodera del lector. Cuanto más excelentes sean las cualidades literarias de una novela, tanto más vigoroso y fuerte será el mundo ideológico ambiental de esa novela, y tanto más agarrará al lector y lo meterá de bruces en ese mundo, y tanto más influirá en él y lo ahormará según su módulo, configurando y determinando toda su conciencia.

Una actitud completa ante la obra de *Clarín* ha de valorar este decisivo factor. Y en este aspecto, la obra de *Clarín* ha sido y es radicalmente disolvente de valores esenciales a ese modo de ser que es ser español. La patria no es otra cosa que un modo histórico de entender la convivencia y la vida humanas. Morir por la patria es tanto como morir por un tipo concreto de convivencia y vida, no por una entelequia extraña a nosotros. Si yo me siento español, no es por sentirme telúricamente vinculado, como una planta, a una tierra o a un paisaje, sino a una concepción de la vida. Y si lucho y trabajo por España, lucho porque mi vida y la vida de mis prójimos y la convivencia en que tenemos que vivir nuestra vida y nuestra muerte sean según muy concretos y específicos valores. Entre los cuales los valores católicos, el modo católico de entender la vida, es esencial.

Pues bien: esos valores no pueden permanecer si las instituciones que los encarnan se hacen ineficaces socialmente, si se destruyen en su vigencia. Y una institución se destruye cuando pierde el prestigio social. Cread una obra literaria de calidad artística, haced que en ella una institución cualquiera salga siempre malparada; moved el ánimo del lector al desprecio, al asco o repugnancia, o a la burla contra esa institución. Esa institución no tardará en morir.

Ahora bien: el cuerpo eclesiástico es la institución humana fundamental en que encarna el catolicismo. Destruid el prestigio social de ese Cuerpo eclesiástico, lanzad contra él el desprecio, la burla, la repugnancia, el asco moral; descalificadle una y otra vez, y heriréis de muerte a los valores católicos y crearéis uno de los procesos disolventes más poderosos contra el catolicismo. Esta es, en gran medida, uno de los efectos de la obra de *Clarín*. Salvo muy contadas ocasiones—*La rosa de oro*, *El sombrero del señor cura* y algunas más—, el Cuerpo eclesiástico, desde el pobre e

imbécil obispo de su Vetusta hasta el último monaguillo, salen siempre malparados de la obra de *Clarín*, suscitando en el lector un movimiento de burla, de repugnancia o de asco moral contra todo hombre de sotana.

No hace falta recurrir a los clérigos de *La Regenta*, no hace falta acudir al ejemplo de don Fermín de Pas, síntesis de todos los vicios más repugnantes, ni a la caterva que constituyen los miembros del cabildo de su Vetusta. Son centenares los textos de la naturaleza e índole de los tres que voy a leer, sometiéndolos al juicio de ustedes.

El primero de ellos describe el paso de los seminaristas en una procesión de Viernes Santo, de la novela citada. Es éste:

“Aquella multitud silenciosa, aquellos pasos sin ruido, aquellos rostros sin expresión de los colegiales de blancas albas, que alumbraban con cera la calle triste, daban al conjunto apariencia de ensueño. No parecían seres vivos aquellos seminaristas cubiertos de blanco y negro, pálidos unos, con cercos morados en los ojos; otros, morenos, casi negros, de pelo en matorral; casi todos vejijuntos, preocupados con la idea fija del aburrimiento, máquinas de hacer religión, reclutas de una leva forzosa del hambre y la holgazanería. Iban a enterrar a Cristo, como a cualquier cristiano, sin pensar en El; a cumplir con el oficio.”

El segundo texto es éste:

“Celedonio, el acólito afeminado, alto y escuálido, con la sotana corta y sucia, venía de capilla en capilla cerrando verjas. Las llaves del manajo sonaban chocando.

Llegó a la capilla del magistral y cerró con estrépito.

Después de cerrar tuvo la aprensión de haber oído algo allí dentro; pegó el rostro a la verja y miró hacia el fondo de la capilla, escudriñando en la oscuridad. Debajo de la lámpara se le figuró una sombra mayor que otras veces...

Y entonces redobló la atención y oyó un rumor como un quejido débil, como un suspiro.

Abrió, entró y reconoció a *la Regenta* desmayada.

Celedonio sintió un deseo miserable, una perversión de la perversión de su lascivia; y por gozar un placer extraño, o por probar si lo gozaba, inclinó el rostro asqueroso sobre el de *la Regenta* y le besó los labios.

Ana volvió a la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas.

Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo.”

El tercer pasaje que quiero leerles lo tomo de *Pipá*, del final del cuento que lleva este título. Pipá ha muerto quemado y su cadáver es sólo carbón; el pasaje se refiere al monaguillo, también de nombre Celedonio, el enemigo de Pipá, que éste había vencido “en singular batalla” la tarde anterior. Pipá ha sido llevado al cementerio en la “caja de los chicos, cuatro tablones mal clavados”..., “la caja de enterrar los chicos que tiene la parroquia, como esfuerzo supremo de caridad eclesiástica”. El pasaje final a que me refiero es éste:

“En el cementerio, Celedonio se quedó solo con el cadáver, esperando al enterrador, que no se daba prisa por tan insignificante difunto. El monaguillo levantó la tapa del féretro y, después de asegurarse de la soledad, escupió sobre el carbón que había dentro.

Hoy ya nadie se acuerda de Pipá más que yo..., y Celedonio ha ganado una beca en el Seminario. Pronto cantará misa.”

La moraleja, síntesis de esa actitud clariniana frente a los hombres de sotana, no puede ser más directa, intencionada y brutal. Frente a esta significación de la obra clariniana, quien cree que los valores católicos son inseparables de las instituciones que los encarnan, no pueden menos de sentir una radical y tajante discrepancia y reacción contra esa dimensión de la obra de *Clarín*.

Significación que no se agota en la actitud que pudiéramos llamar anticlerical, y ante la cual pudiera intentarse la réplica de que una cosa es el catolicismo y otra el clero y sus vicios. Aparte del insostenible sofisma que esa separación supone desde el punto de vista sociológico, pues no hay idea que perviva si la institución en que encarna se destruye en el prestigio y veneración de las gentes, el hecho es que en la obra de *Clarín* la religión católica es siempre pintada como una vivencia triste, seca, oprimiente y oscura, condenada siempre al más radical fracaso, incapaz de satisfacer los anhelos espirituales del alma humana. El alma humana, anhelosa de grandes espacios espirituales, llenos de vida y luz, no encuentra en el catolicismo otra cosa que tedio, aburrimiento, tristeza y, a la postre, el profundo descorazonamiento de una experiencia radicalmente insatisfactoria. Las crisis religiosas de Ana de Azores o las torturas místicas del protagonista del cuento *El señor* son dos ejemplos entre otros muchos.

El conocedor de la obra de *Clarín* sabe que ni aquellos tres pasajes ni estos dos ejemplos son accidentales en dicha obra.

No saquemos, sin embargo, precipitadamente conclusiones. Es

muy cómodo condenar al malvado y sentirnos, como el fariseo frente al publicano, muy orgullosos porque no somos como él. ¡Cuidado con la aburguesada actitud del bueno con alma de inquisidor de vía estrecha!... Hay en la vida de *Clarín* demasiada nobleza de sentimientos, demasiada autenticidad y sinceridad, demasiada tragedia íntima, para que la actitud ante él fuera tan sencilla como condenarle por volteriano y quedarse tan tranquilos.

San Ignacio de Loyola, al comienzo de su libro de los Ejercicios espirituales, nos dice que el cristiano debe estar más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla. Actitud parcial la actitud de esteta, que sólo quiere ver en *Clarín* un literato de primera significación. Pero actitud parcial también la de quien se contenta con ver en *Clarín* un perverso, un hereje volteriano, por mucha verdad que pueda haber en esta actitud. Las cosas, para bien o para mal, son mucho más complejas.

Y es ahora, en esta tercera parte de mi punto de vista, cuando quisiera, de verdad, ser bien entendido.

* * *

Para empezar a explicarme, nada mejor que este párrafo de Corts Grau: "Será más o menos incómodo, pero es obligado reconocer en las culpas de los demás nuestro tanto de culpa. Los justos no ruegan por los pecadores como pudiera interceder el bueno por el malo a secas, en tono aséptico de incontaminados, sino "por nosotros pecadores", como expresamente advertía un santo español frente a su perverso enemigo: "Me humillo y redoblo mis penitencias porque no soy lo bastante bueno para evitar tus maldades." Ciertamente que este rigor del santo no salda la cuenta del impío, ni cabe olvidar que fué junto a Dios y hubo ángeles rebeldes; pero espanta la aridez de espíritu con que algunos biógrafos y críticos acometen al heterodoxo y da grima lo satisfechos que de sí se muestran. La libertad y la gracia tienen mil altos caminos; una semilla cae sobre los más varios caminos, pero allá, en el fondo, un cristiano, antes de reprocharle al prójimo su deserción, ha de pensar en qué pudo escandalizarse. Tanto más cuanto que las reacciones humanas parten, a las veces, de muy breves motivos. Insisto: Dios no deja a la merced de nuestro humor la salvación de un alma; el mal ejemplo, o la tibieza, o la soberbia nuestra no excusarán al descarriado, pero antes de rasgarnos las vestiduras conviene que nos miremos bien." La medi-

tación que en estas palabras nos propone Corts Grau es buena introducción para el juicio de la obra y vida de *Clarín*.

Suele decirse que *Clarín*, el Zola español, estaba cegado por su propia doctrina naturalista para ver lo que se eleva sobre los instintos y bajezas humanas. Esto se dice, pero se dice con demasiada facilidad para que sea cierto, sin más. ¿Materialista, positivista, naturalista a ras de tierra *Clarín*? Párrafos como el que voy a leer son numerosos en la obra de *Clarín*:

“En medio de tanto materialismo más o menos inconsciente, entre la batalla de los positivistas ordinarios, que encuentran muy natural y hasta muy divertido que no haya más mundo que el de aquí, como dice Don Juan Tenorio, y que no vivamos sino para comer, dormir, darnos tono, hacer el amor y salir diputados; entre tanta pequeñez satisfecha de sí misma, olvidada de la historia y del porvenir, consuela ver acá y allá hombres... que anhelan una vida real para el espíritu, que dudan como el primero, que temen que la vida sea una broma negra, pero que desean otra cosa, que piden al mundo grandeza de alma, valor para la lucha, una idealidad que fortifique... y que quieren con todas las veras del alma que Dios exista...”

No. Personalidades como la de *Clarín*, como la de todo hombre auténtico, no se dejan aprehender fácilmente para ser catalogados en un casillero; su comprensión es algo más compleja.

Clarín vuelve a sus estudios de Madrid, tras el discipulado con los maestros krausistas, ganado para siempre por esta doctrina, que, entre otras cosas, hace sinónimas ética y estética, y de la religión un mero sentimiento. Desde entonces *Clarín* va a ser ciego para los valores religiosos del catolicismo; y, sin embargo, prueba inequívoca de su sinceridad, su mirada será luminosamente aguda para los valores históricos de ese mismo catolicismo, en el que verá siempre uno de los ingredientes fundamentales del ser de la colectividad española.

Ultimamente, como ustedes saben, se creó un Patronato para dar a Covadonga el rango de Santuario nacional que Covadonga merece. En la motivación de la disposición legal que crea ese Patronato, se puede leer una frase que, completada, dice así:

“Covadonga... tiene que representar dos grandes cosas: un gran patriotismo, el español, y una gran fe, la fe católica de los españoles, que por su fe y su patria lucharon en Covadonga.”

¿Saben ustedes de quién es esa frase? De *Clarín*. En uno de sus paliques, aquel que lleva por título *Diálogo edificante*.

De *Clarín* es también este otro párrafo:

“...yo no concibo un español... que se considere extraño al catolicismo...; sea de lo que sea de mis ideas actuales, yo no puedo renegar de lo que hizo por mí Pelayo (o quien fuese), ni de lo que hizo por mí mi padre. Mi historia natural y mi historia nacional me atan con cadenas de realidad, dulces cadenas, al amor del catolicismo... como una obra humana y como una obra española.”

Y de *Clarín* es igualmente este otro texto:

“Y más ve y más oye el que oye misa bien: ve la sangre de las generaciones cristianas; y el español ve más: ve la historia de doce siglos, toda llena de abuelos, que juntaron en uno el amor de Cristo y el amor de España, y mezclaron los himnos de sus plegarias con los himnos de sus victorias. Separar la Iglesia del Estado, eso se dice bien; y se hace, pero con una condición: que el Estado no tenga otro nombre propio ni la Iglesia más apellidos; pero si ese Estado es España, a los cuatro días de sus guerras civiles, y la Iglesia la que tiene por Patrón a Santiago, entonces el buen gobernante debe procurar no hender al airoso árbol, no dividir con hacha fría y cruel..., porque se expone a que las dos mitades, violentamente separadas, se junten con choque tremendo y lo cojan en medio...”

Estos textos demuestran varias cosas, y principalmente dos: que no es tan fácil, cuando se procede honradamente, quedarse a una carta y agarrarse a un juicio parcial, y, de otra parte, que *Clarín*, como muchos de los españoles del siglo XIX, plantean el problema de una actitud que quiere y no quiere ser fiel al complejo total de los tradicionales valores españoles. *Clarín*, que es ciego para los valores religiosos, no lo es para los valores históricos del cristianismo. Esa comprensión del catolicismo, subrayada en esos textos, es meramente histórica; en ellos se valora el catolicismo como pudiera valorarse la aportación romana o visigótica a la forja de nuestro ser colectivo. Pero esa valoración, aunque meramente histórica, dice muchas cosas, y habla muy claro de una virtud constante en *Clarín*, muestra que su personalidad, netamente española, se sentía vinculada, a pesar de todo, en su raíz más íntima, a la esencia del ser español.

Por otra parte, a pesar de su ceguera para los valores religiosos del catolicismo, el alma de *Clarín* fué un alma eminentemente religiosa. En ella el problema religioso ocupó un primerísimo lugar... En él se da, vivido en su propia alma y carne, aquel trágico sino de tantos españoles de primera calidad que, queriendo una España más vinculada a los valores de la Edad Moderna,

no pudieron ni supieron ser fieles a la esencia católica de España, a pesar de que en el catolicismo les quedaba la mitad del alma. *Clarín* es uno de los protagonistas de aquel hecho histórico que Laín Entralgo sintetizó en la expresión: España como problema.

Clarín fué un alma religiosa. En él se da el planteamiento histórico del problema religioso, de modo muy análogo a como más tarde lo iba a plantear en nuestra patria Miguel de Unamuno, y que si en su proyección personal es la lucha de la razón y el sentimiento, en su significación histórica es la distensión entre los valores europeos modernos, de signo racionalista, y los valores eminentemente españoles, de signo católico.

Ustedes saben cuál es, en síntesis, el planteamiento del problema religioso de Unamuno. Nace de la contradicción de dos certezas que engendran la duda, que, a su vez, hace posible la fe y la esperanza. De un lado, la certeza de la razón, que muestra como imposible la pervivencia tras la muerte y la imposibilidad de sentir racionalmente la existencia de Dios. De otro lado, la certeza del sentimiento, que abre en la certeza de la razón un hueco y que, valiéndose de las aporías de la misma razón, funda la esperanza de que esa hambre de ser, de pervivir siempre, que el hombre lleva inextinguible en sus entrañas, haga posible la esperanza y la fe en un Dios eternizador que nos salve de la muerte. Es el “no me da la gana de morirme, no quiero morirme”, del grito de Unamuno frente a las implacables conclusiones de la razón racionalista. Y de esa lucha entre razón y sentimiento, nace, según Unamuno, una fe en la duda que funda para el hombre la esperanza en una pervivencia tras la muerte.

Este planteamiento del problema religioso, que algunas veces en Unamuno suena a farsa, es radicalmente sincero en el alma atormentada de *Clarín*, que quiere creer y no puede. Al modo también de Unamuno, algunas de las novelas de *Clarín* son un claro planteamiento de este tema, y así, por ejemplo, su *Doña Berta* es un documento vivo de ese drama íntimo que en *Clarín* fué siempre la vivencia religiosa.

Ustedes conocen el argumento de *Doña Berta*; en síntesis, es esto: Un buen día de la guerra carlista cae herido a las puertas de la finca de los Rondaliegos, de la casa de Doña Berta, un capitán del bando liberal. Doña Berta lo recoge, le cura, y sus hermanos aprueban, a pesar de ser carlistas. El capitán, tras una larga convalecencia, se va con la promesa de volver. Doña Berta queda encinta del capitán. El capitán no vuelve. Doña Berta tiene un hijo, que sus hermanos, por razones de honor, hacen desapa-

recer en el instante de su mismo nacimiento. Pasan los años, y los Rondaliegos se van muriendo. Doña Berta se queda sola, y ve que con el paso de los años renace en sus entrañas el amor a su hijo perdido, y quiere reconstruir su rastro, reconquistarlo. Pero el último Rondaliego se muere con el secreto del paradero de su hijo, arrebatado en el mismo instante de nacer. Un buen día llega a Posadorio, a casa de Doña Berta, un pintor. El pintor le habla de otro capitán, muerto recientemente en una acción de guerra, argumento de un cuadro suyo de gran éxito. El pintor se marcha, y a los pocos días Doña Berta recibe una copia de la cabeza del capitán del cuadro del pintor. Y Doña Berta reconoce en él un extraordinario parecido con su capitán, al mismo tiempo que aquella cabeza tiene algo de los Rondaliegos. No cabe duda: aquel capitán, parecido al otro, al suyo, es su hijo. Y Doña Berta, en indudable paralelismo con aquella parábola del Evangelio de quien encontrando un tesoro va y vende todas sus cosas para adquirirlo, se desprende de todas sus posesiones y va a Madrid, con la pretensión de comprar el cuadro de su hijo. No puede adquirirlo, pero lo halla, y una vez y otra vez va a contemplar aquel cuadro, en el que quiere ver a su hijo. Pero no siempre logra la convicción de que aquél es su hijo... Permitidme ahora que les lea a ustedes un pasaje de esta novela de *Clarín*. Este:

“Cuando dudaba, era cuanto más deseaba tornar a su contemplación [a la contemplación del cuadro], abismándose como una extática en aquel rostro, en aquellos ojos, a quien quería arrancar una revelación de su secreto. ¿Era o no era su hijo? “Sí, sí”, decía unas veces el alma. “Pero, madre ingrata, ¿ni aun ahora me reconoces?”, parecían gritar aquellos labios entreabiertos; y otras veces los labios callaban, y el alma de Doña Berta decía: “¡Quién sabe, quién sabe! Puede ser casualidad el parecido, casualidad y aprensión... Pero ¿y el tener algo de “mi capitán” y algo mío, de todos los Rondaliegos? ¡Es él!... ¡No es él!...”

Se acordó de los santos, de los santos místicos a quienes también solía tentar el demonio, a quienes olvidaba el Señor de cuando en cuando para probarlos, dejándolos en la aridez de un desierto espiritual.

Y los santos vencían; y aun oscurecido el sol del espíritu..., creían y amaban...

Doña Berta acabó por sentir la sublime y austera alegría de la fe en la duda. Sacrificarse por lo evidente, ¡vaya una gloria! La valentía estaba en darlo todo, no por su fe..., sino por su duda.

En la duda amaba lo que tenía de fe... La "fe débil, enferma", llegó a ser a sus ojos más grande que la fe ciega, robusta."

Este texto y este modo de plantear su problema religioso me parecen capitales para una "biografía íntima" de *Clarín* y para la comprensión de su vida y su obra. *Clarín* repite en sí, con modulación original, el caso de tantos españoles de la Edad Contemporánea de nuestra Historia, que desertan de la verdad y de los valores más esenciales al modo colectivo de ser español, buscando precisamente una mayor autenticidad y una España mejor. No por errar de lleno es menos sincera su actitud. Su alma noble se encontraba trágicamente solicitada por dos instancias contradictorias: la tradicional española y la corriente de las ideas modernas que causaban el progreso en todos los órdenes, y parecían fundamentarse en una radical negación de la concepción cristiana, y sobre todo católica. Estos hombres no podían renunciar a esta última instancia, y no sabían, no podían, armonizarla con la primera, que abandonaban a pesar de que en ella quedaban las mejores raíces de su alma.

Antes de juzgar a estos hombres y de comprender en ellos lo que fué el drama español del siglo XIX, conviene que nosotros, que queremos ser universitarios españoles de 1952, meditemos seriamente estos dos textos que voy a leerles, uno del padre Oromí, el otro de Menéndez Pelayo.

El primero de dichos textos es éste:

"No fué la corrupción de costumbres la que movió a los jóvenes universitarios a abandonar al dogma católico, como suele decirse por ahí muchas veces por pereza intelectual o por simplificar la Historia, sino una verdadera indigencia intelectual, que se ha dejado sentir demasiado en el catolicismo español en estos últimos siglos, ya que la fe, como dice San Pablo, debe ser *rationali obsequium*."

El otro texto pertenece a un discurso de Menéndez y Pelayo, en 1889, y es éste:

"¡Y entre tanto, los católicos españoles (doloroso es decirlo, pero éstos son días de grandes verdades), distraídos en cuestiones estúpidas, en amargas recriminaciones personales, vemos avanzar con la mayor indiferencia la marea de las impiedades sabias y corromper cada día un alma joven, y no acudimos a la brecha, cada día más abierta, de la metafísica, ni a la exégesis bíblica, ni a la de las ciencias naturales, ni a la de las ciencias históricas, ni a ninguno de los campos donde siquiera se dilatan los pulmones con el aire generoso de las grandes batallas!"

Sí, estudiemos a *Clarín* sin ceder en nada en la defensa de los valores absolutos, pero estudiémosle en la realidad de su mundo cultural, desde la meditación de esos párrafos y de todo lo que esos párrafos dicen. Y aprendamos en el drama que fué la vida de *Clarín* la lección de grave responsabilidad que de ello se desprende para nosotros, universitarios españoles de hoy, con misión docente. A mí me causa espanto la actitud de aquellos profesores y maestros que toman a broma su función enseñante... Los jóvenes que hoy se sientan ante nosotros, en nuestras aulas, ¿tendrán que decir mañana, como estos abuelos nuestros del XIX, que se abrazaron ilusionados a errores que se presentaban luminosos y llenos de jugosidad vital, porque quienes tenían que darles la verdad, la marchitaron, la secaron, la hicieron mezquina, por no aceptar a cuerpo limpio su misión, siempre en la brecha de todas las cuestiones y problemas auténticos, con entrega absoluta y honrada?

Yo, al menos, no quisiera para mí esa responsabilidad; y he aquí una de las muchas razones por las que consideré una obligación ineludible esta conferencia de hoy, por tantos incomprendida y censurada *a priori*.

En resumen: he aquí nuestra actitud ante *Clarín*:

Clarín es un fenómeno histórico de primera magnitud para la historia cultural y social de España; lo es más aún para la Universidad de Oviedo. *Clarín*, gran creador de un mundo literario, ha realizado una obra artística de primera calidad. Su obra comporta consigo un mundo ideológico que un español universitario católico de 1952 no puede compartir y se ve indudablemente impulsado a decir, frente a él, un tajante ¡no! *Clarín* es una lección viva del problema de España en su historia contemporánea, en el cual el español tiene muchas cosas que aprender. *Clarín* necesita y exige ser estudiado con radical objetividad, con amor y dolor, para que su vida sea en nosotros fecunda. Y la Universidad de Oviedo se propone estudiarlo sin ceder en nada en la defensa de los valores absolutos, pero sin olvidar tampoco que su historia, queramos o no, es nuestra historia.

Esta es, honradamente expuesta, mi actitud ante *Clarín*; ésta, la que creo corresponde a la Universidad ovetense de hoy.

Torcuato Fernández-Miranda.
Rector de la Universidad de
OVIEDO.

LAS PROFESIONES

POR

MEDARDO FRAILE

Alfonso García Solís llegó a los treinta en un abrir y cerrar de ojos. «Pero, vamos a ver—se decía—, ¿qué ha sido lo que he hecho yo en estos años? Nada. Porque—sin que la tía Romualda lo sepa—no he hecho nada de particular. Pero ¿por qué he llegado yo a ser, a mis treinta, esta cuartilla en blanco? ¿Por escepticismo? ¿Por un amor frustrado? ¿Porque pensaba que trabajar era cosa de extranjeros? ¿Por qué?» Comenzaba a pensar y terminaba saliéndose al balcón a refrescarse la frente y ver a la gente pasar, los tranvías, los trole buses, toda esa prisa que el Municipio autoriza. Pensaba tanto, que se olvidaba de todo, y entonces sentía la belleza de la tarde, que iba, sin hacer nada nuevo, desembocando, despacio, en la noche. Sentía el ruido de los vehículos y de la gente, el gran murmullo de la ciudad, como fingido para una gran comedia norteamericana, a esa hora en que la gente va emparejando los murmullos. Cuando los faroles se encendían y los hierros del balcón comenzaban a quedarse yertos, notaba que por momentos le crecía la barba, y los pies se le hacían grandes, pesados y torpes, como los pies hinchados de una pobre vieja. Entonces era cuando miraba al cielo y, bondadosamente, decía: «¡Ay Señor!», y era cuando notaba como si ya no fuese de este mundo, como si alguien, desde arriba, le pasara la mano por el lomo. Enfrente, por la acera, cruzaba una pareja. Iban marcando el paso, con las manos atrás enlazadas, una vista a la izquierda, otra a la derecha, con esas posturas caprichosas, ilógicas, que da el amor a la gente. Se paraban, de pronto. Ella había dicho, a lo mejor: ¡no!, y había que pararse. Alfonso García Solís miraba a los novios hasta que desaparecían, como era su obligación,

por la primera esquina. Entonces recordaba a Carmenchu, que tenía los ojos como aceitunas negras—como le gustaban a Goya—y el pelo como el azabache, aunque esté feo decirlo. Y Alfonso se desesperaba, y éste era el momento para decir, como todas las noches: «¡Desde mañana! ¡Desde mañana mismo! ¡Esto se ha terminado!»

Pero al día siguiente, como era un hijo de familia grandullón, estaba un poco a expensas de todo el mundo. No podía evitar hacer algún recado, resolver algún trámite burocrático de sus parientes, horas y horas avanzando despacio hacia una ventanilla. Nadie le veía hacer nada; ni siquiera reír. Esperaban que terminase lo que debía terminar para ser un hombre de provecho. Y él, secretamente, se preguntaba qué sería lo que estaba terminando, cuál de las cosas que había empezado en su vida. Porque Alfonso—ya se lo pueden ustedes figurar—no tenía profesión. Llegó a pensar, seriamente, que las profesiones tienen la culpa de que los hombres no sean nada. Sin embargo, tener una profesión, ¿eh? ¡Vamos! ¡También se puede tener una profesión!

Una tarde, cuando en los tejados, de color violeta, sueña el gato con su gata preferida, Alfonso salió al balcón. Por la acera de enfrente pasaba una pareja de novios. Nada nuevo. Es decir, sí: la novia era Carmenchu, y el novio vaya usted a saber cómo se llamaría. Lo que sí era el novio es bajito y verdoso, y con un abrigo de tabla atrás y medio cinturón. A Alfonso los ojos se le quedaron descansando dulcemente en los párpados.

«Vaya, hombre; ahora va y llega ese tipo de Arniches, y ella se casa con él.»

«Pero ¿me importa realmente esa muchacha?»

«Dentro de lo que a mí me importan las cosas, pues... ¡sí!, me importa bastante.»

Y miró al cielo y dijo, como todas las noches: «¡Ay Señor!»; y luego: «¡Desde mañana mismo! ¡Esto se ha terminado!»

A la mañana siguiente—¡qué milagro!—, cuando se levantó, el corazón le latía como a los chavales cuando juegan al fútbol. Se limpió los zapatos, se afeitó, se puso una camisa blanca, hizo el nudo Wilson en su corbata y se fué, por la acera, bajo el sol tibio de las diez—sol de café con leche—, preparando el intenso programa que aquella misma tarde, a partir de las cuatro, cumpliría.

A las dos volvió a casa para comer. Más bien comió poco. Unos granitos de arroz, una rodaja de merluza, una mandarina y un poquito de pan, con dos vasos de agua. Estaba nervioso, como angélico, y, además, le molestaba esa esclavitud del apetito, más humillante aún cuando el bolsillo está vacío y hasta roto. Terminó de comer y puso una mano en el hombro a su madre. Una mano grande, como una temible herramienta. La madre tenía ya los ojos cobardes, a fuerza de pagar recibos. Le preguntó a Alfonso, sin comprender:

—¿Has comido bien, hijo?

—No es eso, madre. Ya verás. Tu hijo, desde ahora—desde hoy mismo, ¿sabes?—, va a ser lo que tú has querido siempre que fuera: un hombre de provecho, trabajador, que tendrá en la vida una posición, un sueldo... ¿Me crees, madre?

—No sé, no sé—decía la pobre.

—¿No confías en mí?

—He creído siempre que eras bueno, y que si tú quisieras, hijo...; pero la tía Romualda lleva razón.

—¡Qué va a llevar razón la tía Romualda! ¡Ni hablar! ¡Ya verás cómo no!

Y se levantó y en otra silla, en su cuarto, se sentó de nuevo, con un libro abierto delante.

La tía Romualda era la que prestaba dinero de cuando en cuando. Llegó a eso de las cinco y media. A dar la murga, como de costumbre. Por los préstamos, que oscilaban de cincuenta a cien pesetas, se permitía ciertas ventajas. Era una mujer terriblemente gorda, más bien alta, de pelo blanco y

atusado, con el cogote rosa, amplias y crueles mamas y alma liante y relamida. Su idea era conquistar con groserías la tierra—barnizadas de afecto—y con quejidos el cielo—barnizado de humildad—. Le fastidiaba mucho pensar en la muerte, y lloriqueaba, como los judíos, tardes enteras, para ganar un año más de vida. Tenía un hijo en América. ¡Ay Señor! No había más hombre en este mundo que su hijo el de América.

—¿Sabes, mujer? Hoy me ha dado una alegría el chico. Parece que ahora está muy firme en lo que quiere.

—¿Y qué?... ¿Qué es lo que quiere?—y ya le sonreían los ojos a la tía Romualda.

—Hacerse delineante.

—¿De esos que hacen planos de casas y todo eso?... ¿Y qué gana esa gente?

—No sé.

—¡Si tiene suerte...! ¡Y si es verdad! ¡Que ese chico me da a mí en la nariz que no hace nada!

—Sí, mujer. El es bueno. Y, no creas, yo le noto preocupado.

—¡Ya! Con preocuparse lo arregla todo. ¡A ver! ¡Dile que salga!

—¡Alfonso! ¡Hijo! ¡Alfonso! ¡Que está aquí la tía Romualda!

Salió Alfonso sonriendo, y su sonrisa quería decir: «¡Bueno! Ya te habrá dicho mi madre bastante. Creo yo que te gustará lo que voy a hacer. No hay motivo ahora para que vengas con tus insoportables monsergas. ¡Vaya! Te daré un beso, tía Romualda, y olvidaremos todo lo pasado.» La tía le miró de arriba abajo, para ver si podía ser o no delineante. Hizo gala del afecto extraño que sentía por su sobrino y se marchó. Alfonso dijo:

—Cuando vuelva, como si yo no estuviera. ¿Oyes, madre? ¡Como si no estuviera en casa! Conmigo no se divierte más esa mujer.

Se cansó de trazar líneas—es decir, de hacerse delinean-

te—a los diecinueve días de trabajar en ello. Para una vida, diecinueve días no son nada; pero en este reducido tiempo una profesión pierde todo el misterio, se hace pura rutina y esclavitud. Quiso luego ser perito agrónomo, cuando la profesión tenía más parentesco con los ingenieros, cuando no se llamaba perito agrícola. La idea le duró un mes: el mes de abril, de treinta días. Para reunir, hacia una meta común, los conocimientos adquiridos en los dos proyectos anteriores, comenzó a estudiar para ayudante de Montes. Iba, por las tardes, a una academia barata y sucia, donde los problemas aritméticos llenaban de tiza la chaqueta vieja del profesor y la luz de la bombilla se encendía tarde, cuando el encerado parecía ya una fosa común de números y fórmulas. Resultaba increíble que de aquel cuchitril pudiera salir, para cualquiera, un porvenir favorable. Hacía buen tiempo. Alfonso, al acabar la clase, iba buscando calles en cuesta por la ciudad, soñando con una playa que nunca se veía. Era como un humilde «taxi» con una luz verde: ¡Libre! ¡Libre! Pero... ¿hasta cuándo?

Abandonó la idea de ayudar en su trabajo campestre a cualquier ingeniero de Montes. Soñaba, todo lo largo que era, en la cama, por las calles, en los parques y hablando con las muchachas. Contaba a las chicas la historia fabulosa de lo que sería en un futuro próximo. Buscaba la profesión en la que cada día todo fuera nuevo, en la que el hombre tuviera algo que ver. Se hizo, al fin, un soñador de profesiones. Ser marino mercante, saber de vientos y mareas, estar callado y solo, duro con el grumete, mientras el corazón es un pastelito que sonríe, con los ojos al mar y a los recuerdos, como un enamorado obsesivo. Ser obrero de fábrica, especializado, con el mono que lleva el obrero en los carteles de propaganda socialista; ir haciendo maduros los brazos y alegres los dientes; casarse con una mujer sencilla y buena. Levantarse a las ocho, como un autómatas, al fresco sonido de la sirena. Ser una herramienta humana musculosa y exacta y, con el

tiempo, caer a la fosa lleno de herrumbre, muerto del todo, con la boca torcida de rabia y orgullo.

La madre tenía la impresión de que, por fin, su hijo sería útil a sí mismo y al resto de los mortales. Veía a Alfonso febril, lanzado a la gran aventura de la elección profesional. Con esta idea se extinguió—ya bien madura de sufrimientos—una madrugada vulgar, de esas en las que se mueren las madres bondadosas que han sufrido mucho. La pensión del padre se terminó, y algunos ahorros se fueron con el entierro.

Había llegado la hora del cuervo, la gran hora de la tía Romualda. Ya—vestida de luto—se las prometía felices. Pero Alfonso en alguna parte había oído que en Castilla la Vieja no engordaban tanto las mujeres de edad, que eran sufridas y enjutas, y daba respeto verlas porque en sus vientres había gestado toda la historia de este país. Y un día traspasó el piso, vendió las cosas de algún valor, hizo su maleta—pequeña—y se marchó Castilla adelante, primero en tren, luego andando, a trabajar de temporero en lo que fuese, en un ámbito serio y desconocido, libre de consejos para el futuro, con su presente a cuestas—más o menos triste—para él solo.

Cuando la tía Romualda fué, con el discurso preparado, a casa del sobrino, le abrió la puerta del piso una mujer gorda, como la imagen, en un espejo, de ella misma.

—¡Qué quiere usted!—le dijo en un grito, desabridamente.

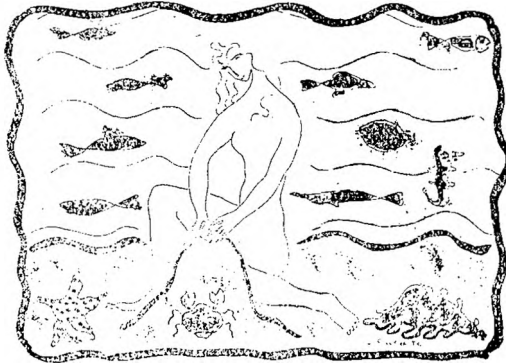
Y la tía, con miedo, excusándose, se marchó escaleras abajo y no volvió más.

Alfonso, de pueblo en pueblo, pasó un año regular y dos malos. Las profesiones y su indumentaria se iban gastando en razón directa. Se le puso, en tan poco tiempo, mal aspecto. Un día se encontró muy triste, más que de costumbre, y cambió sus pesetas por vino tinto. Se puso alegre. Se marchó por una carretera ancha, de esas que recuerdan a los mendigos la mujer perfumada como una reina que iba por la gran avenida de la última ciudad. La mujer aquella a la que hubieran

sido capaces de declararse y por la que—¡aún!—hubieran cambiado de vida. Alfonso pasó rozando unas murallas y se quedó mirándolas como a un turista rico, como sintiendo, en su vacío interior, un sueño remoto. Estaba alegre. Recordó los platos de natillas que, algunos domingos, hacía su madre porque a él le gustaban. «¡Ah!—decía—, ¡si esta noche pudiera tomarlas! ¡Si esta noche pudiera!» Estaba muy alegre. Se encontró, de pronto, con la mano derecha abierta pidiendo limosna para tomar natillas por la noche.

Un periódico dijo una mañana que había sido encontrado, en un lugar, un hombre muerto. Desconocido: «un hombre». El periódico—a veces pasa—acertó. Alfonso García Solís fué sólo eso: un hombre. Sin profesión, sin nada ni nadie, con su drama a cuestas: el sueño, las ideas y la voluntad. Hombre desnudo, pero ¡hombre! ¿Quién pudo quitarle esta profesión? La Muerte no, desde luego.

Medardo Fraile.
Altamirano, 17.
MADRID.



NUESTRO TIEMPO COMO FIN DEL RENACIMIENTO

POR

BERNARD FAÏ

¿Qué hora vivimos? Todo el mundo se formula esta pregunta sin cesar. ¿Acaba de nacer o va a morir la Humanidad? Se lo preguntan todos; pero ¿cómo saber la hora de la Humanidad, después de haber puesto de manifiesto Bergson el carácter ilusorio del tiempo y después de haber demostrado Einstein la relatividad del tiempo y del espacio?

¿Hora del nacimiento u hora de la muerte? A la Humanidad le gustaría saberlo (siempre le gusta saber, sobre todo lo que no puede saber), y, desde luego, saberlo sería útil. Pero ¿qué pensar entre los teóricos de la evolución, del progreso y de la democracia, que dicen: “La Humanidad, nacida ayer, camina hacia magníficos destinos”; y los prácticos de la política y de la economía, que murmuran: “¡Todo va mal!”? Los novelistas abundan en la misma opinión: Aldoux Huxley, en *Brave New World*; George Orson, en 1984; Ortega y Gasset, en *La rebelión de las masas*; Duhamel, en *Scènes de la vie future*; Georghianu, en *La hora 25*; Marcel Ayné, en *Uranus*. Todo son predicciones de muerte.

¿Muerte de quién? Se habla de la muerte de una época, de la nuestra. Pero ¿qué se entiende por “época”? Para el historiador, época es una hipótesis que se verifica o no. Para el hombre que vive la época, es un tipo que se impone o desaparece. Hubo la época que inventó e impuso la vida rural sedentaria (6000 a 3000 antes de J. C.). La época de los grandes Imperios guerreros asiáticos (3000 a 400). La época grecorromana (400 a. de J. C. a 400 después de J. C.). La Edad Media (400 a 1450). Después, la época en que vivimos, y nos complace llamar “Renacimiento”. Tales son las épocas que puede concebir un occidental y que percibe todo hombre civilizado de Europa. Sabe perfectamente que los grandes Imperios asiáticos barrieron la civilización que los precedió. La Biblia le enseñó cómo murieron los grandes Imperios asiáticos, con “pies de arcilla”. Todavía puede contemplar las ruinas de la época grecorromana. En la escuela se le enseña que el Renacimiento ha matado y sustituido a la Edad Media. Y hoy, nove-

listas y periodistas le dan a entender que el Renacimiento se muere, si es que ya no está muerto.

La muerte del Renacimiento, caso de haber muerto efectivamente, es la muerte de muchas esperanzas, sueños y apetitos. El Renacimiento fué, naturalmente, el florecer esplendoroso de la Edad Media, al mismo tiempo que su fin. Los grandes hombres del Renacimiento son todavía hombres de la Edad Media: Rabelais, Cervantes, Montaigne. Tras la destrucción del Imperio Romano, la Edad Media, aferrada a la tierra por los bárbaros, había realizado una obra maravillosa. Europa se había ido convirtiendo, paulatinamente, en un vergel de legumbres, frutas y flores. En el marco estrecho del feudalismo, el hombre se había esforzado, se había encariñado con su esfuerzo, y había alimentado su ser con todos los jugos de la tierra. La Edad Media es el florecer de todos los instintos humanos. Rabelais, hijo de la Edad Media, es el más rico de los animales humanos, el más dotado de instintos y apetitos que haya podido verse en nuestro Occidente. Cervantes, hijo espiritual de la Edad Media, alimenta los sueños más elevados y las necesidades más a ras de tierra. Montaigne, heredero de toda la sabiduría medieval, no renuncia a gustar de nada y piensa llegar a comprenderlo todo.

Cuanto compone y engendra a Montaigne, Cervantes y Rabelais procede de la Edad Media, y, sin embargo, son ellos los más gloriosos introductores del Renacimiento. En ellos se ha precisado la hipótesis, por ellos se ha esbozado la empresa y con ellos ha adquirido conciencia de sí mismo el tipo de hombre nuevo. Sus alimentos, lo mismo divinos que terrestres, son todavía de la Edad Media; pero ya no los sazonan de la misma forma. En ellos revisiten forma distinta todos los instintos adquiridos y acumulados por la Edad Media. Tienen el gusto y el sabor de la tierra y de los frutos de la tierra; pero ninguno de los tres sigue ligado o apegado a su tierra. No aceptan la disciplina ni la sujeción. Los tres se apartan, se sustraen del mundo feudal y familiar. Si bien es cierto que no puede atribuirse a ninguno un acto de rebeldía contra las autoridades religiosas, y si bien parece que los tres murieron cristianamente, no lo es menos tampoco que su pensamiento trata de buscar en sí mismo su regla y su límite. Aquel lastimoso e imperioso temer de la Edad Media, que en el transcurso de diez siglos hacía que, incluso los más animosos, se aferraran a su tierra, a su soberano y a su obispo, no aparece ya en ninguno de ellos. Si reconocen la existencia de peligros y de tinieblas, buscan el remedio en su espíritu únicamente.

Es el espíritu altivo y orgulloso del Renacimiento el espíritu que lo caracteriza. La Edad Media creía que no todo puede pensarse ni todo comprenderse. El Renacimiento cree poder pensar todo y comprender todo. La Edad Media no cesó de esperar revelaciones y rebuscar visiones; el Renacimiento pide ideas y persigue nociones precisas; no se cansa de descubrir islas y continentes, doctrinas políticas, fórmulas religiosas; su obsesión es la de comprender y hacer comprender. Gracias al libro impreso, que multiplica la circulación de las palabras entre los hombres, el Renacimiento invita a todos los hombres a pensar; es esto la misma esencia del Renacimiento y el lazo de unión entre todos los grandes espíritus del mismo. El Pensamiento, tomado como árbitro y rey, une a todos ellos en un culto común (lo mismo a los reformadores que a los contrarreformadores), y todos acuden en última instancia al pensamiento consciente y razonado.

La Razón no derrumba ni en un día, ni en un año, ni en un lustro el mundo cerrado y compartimentado de la Edad Media; su trabajo lo realiza a lo largo de tres siglos. Descartes es el primero en establecer su autoridad. Declara: "Pienso, luego soy." Describe todo el universo del hombre como pensamiento y espacio. Nada menos y nada más. Rechaza como superfluo (al menos temporalmente) todo cuanto no sea pensamiento y desarrollo del pensamiento. Se alimenta largamente de su propio pensamiento en el fondo de su hogar; después, satisfecho, se vuelve hacia el mundo, y no encuentra en él más que espacio. ¿Qué se ha hecho de los instintos, qué de la vida? Nada de instintos; los animales son mecanismos, y el hombre, en cuanto tiene de animal, es un mecanismo, maravilloso y pensante, pero positivamente mecánico. Esto apenaba profundamente al bueno de La Fontaine, que no se sentía ciertamente mecanismo; pero Descartes lo había dicho, y nada podía contra ello el poeta. La vida estaba en trance de convertirse en cosa racional. El pensamiento de Descartes se difundía, invadiéndolo todo, dominando en todas partes; influía en los investigadores y en los sabios. Los príncipes protegían a Descartes, y les gustaba concebirse como el pensamiento que animaba a la masa social. El siglo xvii, clásico, se inclinó complacido ante la razón, honrándola como árbitro supremo y realidad última.

El siglo xviii fué la Edad de la Razón y del Triunfo de la Razón. Se razona hasta en los últimos rincones del mundo occidental: castillos, palacios, salones, academias, Universidades, círculos, sociedades intelectuales; todos razonan. Cuanto había recorrido y practicado la Edad Media gracias a sus instintos (sin exceptuar el

instinto intelectual), el siglo XVIII quiere conocerlo únicamente por la razón. El buen Franklin mide todo, explica todo, transforma todo en autómeta, pues el siglo XVIII es, naturalmente, el siglo del autómeta. Todo el mundo cree que la razón, si trabaja con cuidado o esmero y rectitud, será capaz de descubrir todos los secretos de la Naturaleza, e incluso de superar a la Naturaleza en sus creaciones. A latigazos racionales expulsa Franklin el trueno en forma de bola de su biblioteca, y los déspotas ilustrados rigen sus dominios según los principios de la razón. Como es natural, todo esto implica una insistencia sobre el comercio, un esfuerzo para organizar la industria gracias a la técnica, el abandono gradual de los campos y la constitución de metrópolis. Después de la Edad Media rural, el Renacimiento es urbano.

El siglo XIX, hijo segundón, pero obediente también del Renacimiento, multiplicó las grandes ciudades, las industrias y las escuelas. Quiere eliminar todo cuanto no sea racional. Comoquiera que el comercio y las ciencias aceptan el número como medida común, aplica el número a la política (democracia), y supone a todos los hombres iguales y análogos, dado que puede contarse uno por cada uno de ellos (república). Y como la Razón es el árbitro supremo, ¿por qué buscar otra autoridad? (Liberalismo). El gran paso del siglo XIX es el de haber hecho del número el idioma racional por excelencia; la lógica filosófica cede ante la lógica de las ciencias, y se ve a los sabios buscar un lenguaje puramente científico y puramente coherente, que no comprenda palabra ni referencia alguna a una realidad concreta. Siguiendo el impulso inicial de Descartes, el pensamiento no contempla más que la materia extensa, pero le consagra todo su vigor y obtiene resultados sorprendentes. Toda la creación parece plegarse, someterse a la ley del hombre racional. El hombre puede soñar con crear dioses, entre los cuales sería el hombre el primero (1900).

El hombre, deificado por sí mismo desde el principio del Renacimiento, entra en el siglo XX con el más elevado grado de bienestar y de orgullo que jamás parezca haber tenido. Totalmente emborrachado, consagra más y más tiempo y recursos a la realización de su transformación racional. De 1900 a 1950 transforma cuanto le rodea, y a sí mismo mucho más rápidamente que en época alguna de su vida sobre la tierra. Sin olvidar la inmensa transformación material del planeta, consideremos más bien el trabajo que el hombre ha realizado en el hombre. Durante toda la Edad Media, enfrentado el hombre individualmente con la Naturaleza y pobremente armado, tuvo que recurrir a sus instintos,

utilizándolos, cultivándolos, profundizando en ellos y exaltándolos en sí mismo, desde el instinto de conservación, que ayuda a escapar del peligro, hasta el instinto de expansión, que lanza o impulsa al hombre a las más altas meditaciones místicas. En el Renacimiento, el trabajo se realiza en sentido contrario. Agrupado y federado gracias a la Razón, el hombre rechaza sus instintos, se aparta de ellos; los exterioriza para no tener necesidad de utilizarlos individualmente. El instinto de conservación, exteriorizado, pasará a ser seguro y después “Seguro social”; el instinto motor se satisfará con los movimientos indispensables para mantener la vida, y las máquinas se encargarán de todos los restantes movimientos que entrañen fatiga; el instinto de preservación, que defiende y ataca para defender, se convertirá en el Estado nacionalista totalitario, que desencadena guerras para salvar la vida de los ciudadanos y los aterroriza con la Policía con el fin de protegerlos; todos los instintos reductores, que permiten al hombre percibir en ellos, simplificada y clarificada, a la Naturaleza, ceden ante el número, ante la cifra; para “darse cuenta” de la Naturaleza y de lo real, el hombre prefiere, a sus sentidos y a sus instintos perceptivos de reducción, la razón cifrada y matemática, que le dirá, apoyada en números, qué es cada cosa. Se cuentan las ondulaciones del sonido, las vibraciones de la luz; se hacen estadísticas y se cree que no se puede comprender bien más que por medio de los números. (Es el estado de ánimo de los “científicos” y de los pueblos como los Estados Unidos.) Fenómeno más extraño aún: los instintos de expansión ceden gradualmente ante el número. Y es precisamente el cero quien permite o posibilita este escamoteo; de invención asaz reciente, ya que procede de los árabes, el cero, número que por sí mismo no expresa nada o expresa la nada, permite añadir a los restantes números concretos, que expresan una realidad definida, una noción de infinito. Basta añadir ceros a continuación de un número para dar al espíritu humano una visión intelectual, material e infinita. Es el vértigo del que se ha aprovechado el capitalismo para arrastrar a las generaciones; los capitalistas no desean ya simplemente poseer tal o cual objeto, sino el mayor número posible de ceros: ser millonarios, multimillonarios. En el mundo moderno, es la suprema potencia, la expansión por todos deseada.

Este sueño embriagador es, dígame lo que se quiera, el ideal social universal en nuestra época. Cada americano quiere ser millonario personalmente, cada ruso quiere ser millonario por y en su Estado; es éste también el punto de vista de los socialistas y de numerosos sacerdotes demócratas-cristianos, que confunden aposto-

lado social con apostolado espiritual. En esta lucha de todos los individuos y de todas las clases por la mayor parte posible de riqueza cifrada, tan sólo las disciplinas exteriores impuestas por el Estado contienen hoy la avidez del hombre. En la mayor parte de los países, la educación, la prensa, el cine, los espectáculos (en manos de incrédulos, de israelitas y de traficantes), van consiguiendo abolir las antiguas inhibiciones que los instintos físicos y morales habían impuesto a los deseos humanos de expansión. Merced al mecanismo de la Universidad del Estado, de la prensa dirigida por el Estado y de los placeres y ocios vigilados por el Estado, el hombre real no es más que el animal doméstico del hombre social y el servidor de la máquina estatal. Máquina ésta que va haciéndose, de día en día, más poderosa. Dueña ya de las Universidades, de los laboratorios y de los sabios, hace del espíritu de cada hombre una máquina, instalando en ella el engranaje esencial de cada máquina: el número; y transforma todo lo real, otrora vivo, en una vasta máquina. Política, economía, sociología; todo se inclina ante la máquina y debe someterse a las soluciones cifradas de la misma. Para mantener este yugo es preciso que el Estado disponga de un poderío grande, terrible. Los sabios son los encargados de dárselo; son ellos quienes inventan medios de destrucción más terribles cada vez; y puede decirse que, por primera vez desde el principio de la Humanidad civilizada, el hombre, un hombre, no importa si quiera cuál, podrá destruir sin gran esfuerzo la especie humana y el orden cósmico de la tierra. Con la bomba atómica, con la bomba de hidrógeno y los restantes ingenios que preparan los sabios, el hombre del siglo xx tiene a la especie humana a su merced. ¡Qué apoteosis para este Renacimiento, tan ávido de derrumbarlo todo!

La hipótesis del Renacimiento ha sido ya superada: la inteligencia humana, la razón humana, posee ya y domina toda la materia terrestre, incluyendo al hombre; la empresa ha triunfado más allá de toda esperanza, ya que nada resiste al espíritu del hombre, y gracias a su íntima unión con la materia es capaz de eliminar todo: espiritualidad, instintos e incluso la misma vida; el tipo humano ha sido realizado y superado: gracias a su razón, el hombre es, indudablemente, el soberano de todo, pero ya no lo es de sí mismo; no sabe ya ni adónde va ni adónde quiere ir. Los sabios maldicen la bomba atómica, que, sin embargo, no pueden menos de inventar; los ciudadanos odian el totalitarismo, en cuyos brazos se lanzan, y los Gobiernos ordenan, temblando, medidas que les causan pavor.

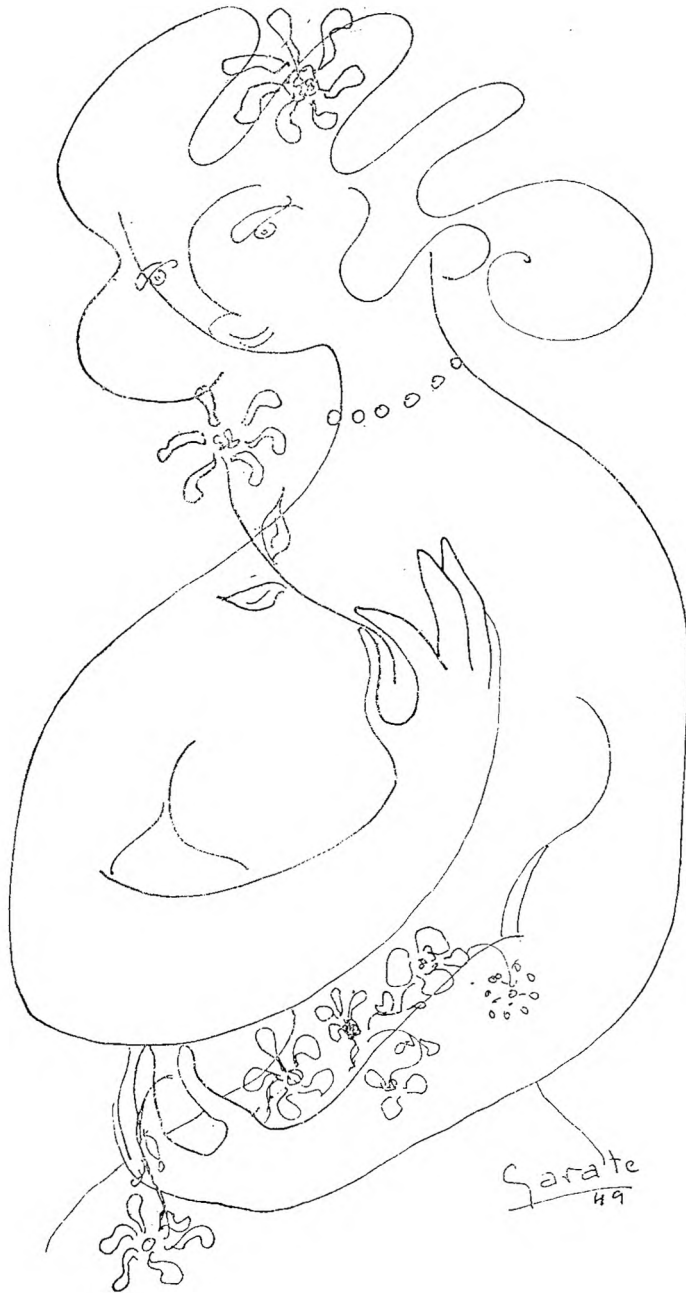
El miedo domina la mitad del siglo en que vivimos. Ha muerto

la alegría del Renacimiento, ha muerto el héroe del Renacimiento; el único héroe de nuestros días es el funcionario; ha llegado a su fin la empresa esbozada en el siglo XVI para emancipar al hombre y añadir a la alegría de la Edad Media la embriaguez del Renacimiento. No cabe la menor duda que el Renacimiento ha concluído; tan cierto como que ha terminado la era inaugurada hacia el año 6000 a. de J. C. con los grandes descubrimientos de la agricultura, y que el tipo del hombre rural desaparece ante el tipo del hombre urbano e industrial. El hombre de instintos cede ante el hombre de la técnica. Ha muerto el mundo de Príamo, de Abrahán, de Cheops, de Sumer y del gran Papa Peng.

La muerte reina entre los hombres. Desde hace cuarenta años, el hombre no cesa de matar y de destruir. Todo son ruinas: catedrales, metrópolis e Imperios se derrumban, confundidos entre sí ante los embates de una ciencia devastadora y desencadenada. Almas piadosas sostienen que ha llegado el fin de los tiempos. ¿Cómo asombrarse de ello? ¿Cómo asombrarse de su esperanza cuando se considera el grado de crueldad, de villanía y de bajeza a que ha descendido el hombre? Un artista místico opinaría, indudablemente, que sería muy conveniente una gran limpieza. Demasiado bello tal vez.

Sólo Dios sabe lo quiere. Nosotros no podemos saberlo.

Bernard Fay.
Joaquín María López, 60.
MADRID.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL LATIDO DE EUROPA

CLARIDAD Y CONFUSION EN EL CONCEPTO DE EUROPA

“Dice el mito que, enamorado Júpiter de Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia; nieta de Neptuno y Libia, y sobrina de Telo, que reinó en Egipto, puso, para conseguir sus deseos, por tercero de ellos, a Mercurio, que debió darle la traza de que se convirtiese en toro. Así encubierto el olímpico galán, apacible y mansamente, se fué acercando hasta donde la infanta, a orillas del mar, corría y se solazaba con sus doncellas. Europa le acarició mientras él le besaba y lamía las manos; después ella le coronó con una guirnalda de flores que tenía hecha, y, al fin, saltó sobre sus lomos; Júpiter entonces se entró decidido en el agua, y, nadando, la condujo hasta la isla de Candía o Creia, donde, por fuerza, gozó de sus favores. Esto sucedía en el año 1485 de la creación del mundo.”

(De un *Tratado de Mitología*.)

Parece como si la Historia hoy viniese a ratificar la leyenda. Tales son la elegancia y magnitud de los hijos de Europa, que se dijera, en efecto, nacidos del beso de Júpiter a una infanta meridional. El perfil trágico que en ellos se acentúa podría interpretarse como reflejo de la traición con que fueron engendrados.

Es igual tomar la medida del tiempo que recorrer en cualquiera de sus infinitas dimensiones el plano nada geométrico de la geografía. Sea cual fuere el itinerario—no la distancia—donde se tope con un europeo, éste, sea cual fuere su condición, edad o jerarquía, se destaca con un perfil peculiar que le distingue, con una u otra nitidez—pero decisivamente—, de otros tipos humanos, de uno u otro valor, pero de silueta desde luego diferente. Así ocurre si se va dejando caer la mirada sobre Sócrates, Fidias, Horacio, César, El Cid, Santo Tomás, Leonardo, Lutero, Carlos V, Shakespeare, Descartes, Kant, Goethe, Napoleón o el caballero Casanova, y, sobre otra serie, después, integrada por Nemrod, Laot-Seu, Semíramis, Hamurabi, Zoroastro, Asunbanípal, Moisés, Mahoma, Yusuf Mahomed, Gengis Kant, Caupolicán, Cuauhenoc, Atahualpa... Aun barajando sin tasa unos nombres con otros, el más somero inspector acertaría a reagruparlos de nuevo, reconstruyendo íntegramente, por separado, cada nómina.

La tarea de acotación de lo europeo se simplifica y hace todavía más evidente su resultado si, dejando los hombres y hechos reales, se corre tras los mitos, la estilización, lo que se quiere ser, llámense Apolo, Venus y Diana, o Don Juan, Fausto, Hamlet y Don Quijote, sujetos todos a normas y medida racional sin mengua de su heterogeneidad y radicalmente lejanos del Huitzilopochtli, azteca; Guanacauri, el inca; Laksmi, la belleza femenina oriental de los cuatro brazos; Astarté, la inmensa sensualidad inconcreta, asfixiante y

Injuriosa de las Apsaras o la gravitación infinita del tiempo y la piedra multiplicados entre sí, de Karnak, Luxor o Gizeh.

Los vértices afilados de Colonia, Westminster o Burgos se destacan sin esfuerzo de los abarquillados de la pagoda china de Yehol, la pirámide de Cholula o la geometría blanca, elemental y estática, contrapunto de las palmeras que la subrayan, de la mezquita de Sidi Yakob en Alcazarquivir. Hay, sin duda, una diferencia notoria que autoriza, por de pronto muy ampliamente, para hablar, por lo menos, de una fisonomía cuasi personal de Europa.

Tal característica se disuelve, sin embargo, al considerar a Europa desde el plano de la geografía, porque ahí se muestra como entidad ayuna de subsistencia y sustancialidad para quedarse en Eurasia o apéndice peninsular de un continente de mucha mayor envergadura y consistencia propia. Si se tiene en cuenta, además, que nunca lo geográfico puede ser suficiente para dar razón última de una personalidad, fisonómica al menos, como la anotada, será cosa de dirigir la atención preferentemente sobre la Historia.

* * *

En su proceso pueden distinguirse unos estratos fundamentales, constitutivos de Europa cuasi jurídicamente, y unos avatares posteriores vividos, de hecho, por cuantos habitan sobre la cubierta de este irregular navío anclado entre las inmensidades de Asia y del Atlántico. Suele señalarse, y así lo hace Dawson, entre los primeros elementos tres principales: lo clásico, lo cristiano y lo germánico, a partir de los cuales Europa, con una mínima madurez, se habría lanzado a la descripción de su espiral histórica, pasando por una serie de coyunturas y momentos existenciales concretos que, de una u otra manera, han dejado de hecho huella honda o leve sobre su espíritu y su faz.

De entre estas contingencias y singladuras—golpes de fortuna sobrevenidos—sufridas con más o menos rigor y paralelismo por la totalidad de Europa, pueden tenerse seguramente como hitos más principales, a partir del trayecto final de la Edad Media, el estallido del Renacimiento, la Reforma y el Romanticismo. Después de ver y calibrar la gravitación que cada uno de éstos ha podido ejercer sobre el perfil fisonómico europeo, resulta que, salvo ese momento vertical en que la Edad Media se ofrece en toda sazón, transido en verdad de sentido totalizador y universalista, los demás, lejos de subrayar un valor uniforme, se alteran ellos mismos y modifican con desigual profundidad al sobrevenir y cristalizar sobre uno u otro de los diversos sectores o partes físicas integrantes del suelo de Europa.

Graduar con alguna finura el desnivel y alcance de esas alteraciones y desigualdades es cuestión de interés máximo al centrar la meditación sobre Europa, América y la posible misión del mundo hispanoamericano.

* * *

Y resulta que el Renacimiento, por ejemplo, primero de los paralelos enunciados como más significativos, es más bien regreso al pasado local que a la vigencia de unos valores, helénicos o romanos, que nunca llegaron a ser verdaderamente universales.

Así en Alemania, donde el cristianismo había llegado tardíamente con respecto al mundo latino y envuelto en fórmulas extrañas, el Renacimiento adquiere un sabor místico y especulativo de muy distinto perfil del que en

Italia, en tanto, va iluminando el arte de Miguel Angel o Rafael. Y después, no contentos con la Reforma, la filosofía sigue una línea propia religiosa y metafísica que enlaza lógicamente, con rigor bastante, la herejía mística de un Eckhart, con la última conclusión del idealismo absoluto de Hegel, y hasta Nietzsche a través de los intentos reconocidos por Heimsoeth en Boehme, por debajo “de toda su fantasmagoría de cuentos suprasensibles”.

También el humanismo, vértice esencial en la línea renacentista, se tiñe de autonomía y máxima hondura en Alemania, donde, siempre en clima metafísico, llegará hasta el Romanticismo, punto cenital de la trayectoria que corona y resume todos los ecos anteriores, siempre locales. Aquí humanismo no es simplemente un alborozado retorno a la estética del arte grecorromano, ni una mera altísima concepción de las potencias y posibilidades naturales del hombre, sino una profunda, bien que peculiar, asimilación de la teología cristiana—en Feuerbach, por ejemplo—, de la que quita a Dios para poner al hombre en el centro del sistema.

No es preciso, pues, aquí decir con Orestano que “para acercarse a Europa Alemania tiene que vencer con moderación y sabiduría el propio ímpetu a la orgullosa secesión”, porque, exista o no tal tendencia y sea cual fuere su rai gambre, ahora basta escuetamente con señalar el hecho.

* * *

Y mientras en el continente se desarrolla esta actitud cuyo rasgo mínimo es un racionalismo matematizante, estilo Descartes, por ejemplo, en las islas británicas se dibuja otra paralela—el empirismo—, que sólo excepcionalmente, y no de modo duradero, hará converger con aquélla, en su crítica, el intento armonizador de Manuel Kant. Desde Roger Bacon apunta una decidida afición a lo concreto y experimentable, que irá alcanzando sucesivas formulaciones en el segundo Bacon, el canciller, Locke y Hume, hasta incidir en las éticas utilitarias, empíricas, de Jeremías Bentham y Stuart Mill, de las que García Morente solía hacer emblema a Mr. Pickwick; sin excluir la figura, en otro aspecto única, de Berkeley, que, precisamente en su declarado idealismo y afán trascendente, muestra con descaro mayor la servidumbre psicologista a que está sometido y el plano de mínima abstracción en que se mueve. Estas figuras, tan diferentes de las que por la misma época transitan por Amsterdam, Hannover o Salamanca y el racionalismo en que se encierra la Iglesia reformada, acusan una nueva figura, seguramente no menos honda que la que pueda advertirse en la geografía como Canal de la Mancha.

* * *

España, por su parte, vive también con aire y compás muy personales los estadios que enlazan el Renacimiento con el Romanticismo. Cuando más allá de los Pirineos, con las diferencias anotadas nada pequeñas, alumbró con luz cenital la Edad Moderna como nueva etapa histórica repleta de invenciones inauditas, aquí, sin detenerse precisamente el progreso, estilizando los tipos, sigue reimprimiéndose la estampa del fraile teólogo y el pintor místico o el cruzado; léase Francisco Suárez, Zurbarán o Juan de Austria.

España no se arrepiente de la Edad Media ni renuncia a la cristiandad. Y así, en pleno siglo XVII, Saavedra Fajardo, en sus *Locuras de Europa*, piensa y se expresa como si ésta en verdad no superase el umbral de los Pirineos.

Si se añade el florecimiento de la teología de la fe, los estudios escriturarios y la hora estelar de la mística en un riguroso plano católico, habrá que decidir también que la cordillera pirenaica representa otra grave objeción opuesta a la unidad cultural o histórica de Europa.

* * *

Importa más calibrar con exactitud estas diferencias radicales e irreducibles, esta pluralidad de ideales que ha venido a reemplazar al único de la cristiandad, que insistir en diferencias de poca monta o en semejanzas inevitables y muy gratas, pero nada eficaces para aproximar o unir con mínima solidez y sí en cambio para acentuar la confusión. Por eso no es cosa de remachar sobre la distancia que hay entre *El lago* de Lamartine y la *Filosofía de la Historia* de Hegel o el *Canto a Teresa* de nuestro Espronceda. Pero tampoco hay que demorarse en abusivos recuerdos y comparaciones nostálgicas de pasados comunes y monumentos semejantes, más nacidos de una buena voluntad que de una mirada transparente y rigurosa.

A estas figuras europeas, tan hondas que producen en América un eco real y palpable en la propia secesión que ella sufre, que dificultan la formación de un concepto unitario y unívoco de lo europeo, hay que añadir el hecho de que, a partir de un determinado momento, el europeo y el americano sólo se diferencian por el paisaje geográfico sobre que se destacan: Hernán Cortés, Santa Rosa de Lima, Bolívar, San Martín, Artigas, son indiferentes a una u otra calificación, y según el tiempo que va avanzando, hasta nuestros días, puede asegurarse con firmeza mayor que las diferencias son de mera determinación local.

* * *

He aquí, pues, que Europa, que geográficamente carece de sustancialidad, presenta desde el punto de vista cultural o histórico una cierta fisonomía casi personal, cuya unidad, sin embargo, además de tener una dimensión bien marcada sobre la línea del tiempo y nada amplia, es puramente contornal o perimétrica, pero falta esencialmente de unidad en su dintorno.

En términos de la escuela podría expresarse diciendo que lo europeo es un concepto claro—contenido que destaca su silueta de lo exterior—, pero confuso, no distinto, en cuanto que su intimidad, atomizada, no es mínimamente vadeable.

En tercer lugar, lo europeo ha desembocado en América llevando consigo a la vez su estilo y su pluralidad, que ahora se encuentran afinados también allí en sus rasgos fundamentales, autorizando a pensar que las series paralelas de europeos y extraños, que al principio se iniciaban con Sócrates y Nemrod, vienen a converger por lo que a América respecta en Hernán Cortés, para fundirse definitivamente en nuestros días.

Al considerar, pues, la ruptura de la cristiandad y la profundidad de las diferencias más que accidentales que median entre los hombres y los ideales de Europa, puede abrirse, sin embargo, el alma a la esperanza, porque América, vigorosa, irrumpe en nuestro campo en busca de una unidad superior a la que podría resultar de un mero allanamiento de fronteras o forzada reducción a común denominador de las culturas, porque *quod factum, infectum fieri non potest*.

Sólo una nueva reimpresión de los valores medievales bajo la rotunda conformidad de todos, y no su encumbramiento o castración, puede dar lugar a un resurgir de esta península, que, en esta hora, sólo a ellos deberá que su unidad y subsistencia no le vengán impuestas, con violencia castigadora del pecado de un Dios, del mismo Oriente en que toma origen y entidad su geografía.

JOSÉ ARTIGAS

UNA ESTOCADA A LAUTRÉAMONT.—El erudito Maurice Virou asesta a Lautréamont una estocada certera en el artículo “Lautréamont y el doctor Chenu”, publicado en *Le Mercure de France*. Virou, persuadido de que la obra de Lautréamont no ha sido estudiada hasta la fecha con el necesario rigor, se acercó a ella en actitud crítica, dejando a un lado las hagiografías partisanas, sin comoverse por la virulencia de los ataques ni por las excomuniones lanzadas por los surrealistas contra quienes juzgan *Los cantos de Maldoror* como si fuera simplemente un producto literario y no el testimonio de la nueva revelación.

Al señor Virou le movía una desconfianza instintiva, un recelo terminante: se resistía a creer que hombre de la edad y circunstancias de Isidoro Ducasse pudiera tener los conocimientos de Historia Natural puestos de relieve en los *Cantos*, e incitado por la curiosidad que los ducassianos de estricta observancia calificarán acaso de malsana (aunque el adjetivo esté pasado de moda), comenzó a buscar de modo sistemático las fuentes de algunos pasajes descollantes. Estableció una lista de los pasos incriminados y trató de encontrar las condignas referencias en los diccionarios y obras manejados por Lautréamont.

La paciencia del señor Virou tuvo su recompensa. Ciertas páginas de los *Cantos* estaban copiadas de Buffon. Entusiasmado por este éxito, el malicioso investigador continuó trabajando, y pudo comprobar que Lautréamont no había tomado los textos buffonianos directamente de las obras del gran naturalista, sino de la *Enciclopedia de Historia Natural* compuesta por el doctor Chenu, que los reproducía indicando su origen. Los préstamos de Lautréamont son considerables y permiten pensar en la posibilidad de ulteriores descubrimientos que devuelvan a sus legítimos dueños otros fragmentos de la famosa obra. Entre los restituibles a Buffon figuran los párrafos del canto quinto, sobre el vuelo de los estorninos, en donde dos críticos (Marcel Jean y Arpad Mazei)

advirtieron geniales conexiones ocultistas, reveladoras del parentesco existente entre lautreamontismo y ocultismo.

Puntualicemos ahora que los hallazgos y revelaciones de monsieur Virou no disminuyen tanto como él cree la importancia de la obra ducassiana ni tienen la trascendencia que les atribuye, por ignorar (como ocurre algunas veces a quienes se entregan al apasionante deporte de la pulverización de los textos, tan agudamente practicado por el erudito investigador) en qué consiste la grandeza de esa obra, ciertamente original y renovadora por lo audaz de su concepción y el sostenido vigor con que el poeta transforma los materiales utilizados, transmutando lo ilógico y lo insensato en una deslumbradora fantasía que es, en conjunto, avasalladora.

El bestiario de los *Cantos*, estudiado por Gaston Bachelard en el sustancioso librito que ha dedicado a Lautréamont, y las sorprendentes transformaciones de Maldoror, siguen pareciéndome testimonios de una imaginación poderosa. Quienes salen maltrechos y ridiculizados de la aventura son los críticos Jean y Mazei, que montaron especulaciones de insoportable pedantería sobre el fragmento tomado a Buffon. Merecido castigo a quienes toman la obra de arte como pretexto para juegos que, pretendiendo ser—o parecer—metafísicos, no pasan de petulantes y huecos. Y en cuanto a Lautréamont, convengamos con monsieur Virou en que acaso nadie le ha definido con tanto acierto como Albert Camus cuando, en *L'homme révolté*, le llama “un escolar casi genial”.

R. G.

LA CIUDAD SE DEFIENDE.—El tema de *La ciudad se defiende*—la película de Pietro Germi que acaba de estrenarse en Madrid—es importante: la persecución policíaca del delito. El tema de la Policía, frecuentemente tratado por el cine norteamericano, se enfoca ahora desde el punto de vista del especialísimo problema que plantea a la Policía el delito a cargo de nuevos delincuentes, de hombres que no figuran en los ficheros. No hay huellas digitales ni fotografías. Entonces, la ciudad extrae de su—digámoslo así—subconsciente moral colectivo una especie de Policía ocasional, mientras la Policía profesional trabaja conforme a sus métodos. Cada ciudadano es como un agente secreto circunstancial. La ciudad se defiende.

Hay que decir que el tema, así enunciado, no está decidida y brillantemente tratado en esta película, que se limita a apuntarlo.

EL PROBLEMA

El más hondo problema sociológico de *La ciudad se defiende* habrá que buscarlo quizá en la raíz de esta nueva delincuencia a que asistimos. Los delincuentes de esta película son: un gran futbolista, puesto definitivamente fuera de juego por una lesión profesional que lo deja inutilizado; un pintor, que vive malamente en una sociedad que le obliga a llevar una vida casi de vagabundo y mendigo; un hombre casado y con una hija, que vive en una difícil situación económica (este hombre, cuando vuelve a su casa después del robo, grita desesperadamente: "¡He robado!", con lo que vemos que ha sido empujado a un acto que le repugna), y un muchacho, estudiante, cuya inclinación al delito aparece poco clara.

Salvo en el caso del muchacho, la ciudad que se defiende parece un poco culpable del delito que trata de castigar. La aceptación por la ciudad del fútbol como un modo profesional de vida lleva a este deporte a hombres cuya ocupación exclusiva consiste en adquirir forma física y manejar hábilmente un balón. El futbolista, extraído a veces de humildes capas sociales, puede llegar a una situación social privilegiada, en la que disfruta desmesuradamente de pronto de una economía hipertrofiada. Este hombre, inutilizado por una lesión, se incorpora a la sociedad en condiciones desastrosas para desenvolverse en el futuro. (Este puede ser el caso del torero, súbitamente enriquecido y exilado de la fiesta por una cornada.)

Al pintor de *La ciudad se defiende* lo vemos vagabundear humildemente por los restaurantes, mendigando retratos. El delito, para él, es una revelación.

El problema sociológico de *La ciudad se defiende* puede quedar planteado en estos términos.

LA TRAMA

La trama de la película está por debajo de la categoría de su tema y los problemas que esboza. Asistimos al hecho delictivo—el robo de la recaudación en un campo de fútbol—y al castigo, por separado, de cada uno de los autores. Los grandes momentos de la trama quedan oscurecidos por otros en que se desborda la situación, rozando lo folletinesco.

A. S.

LOS "FIERAS" EN EL MUSEO.—En el Museo de Arte Moderno de Nueva York, de octubre a enero; en el Instituto de las Artes de Minneápolis, en el Museo de San Francisco y en la Galería de Arte de Toronto, desde enero hasta final de mayo, los "fieras" (*les fauves*) exhiben sus obras en una gran muestra retrospectiva que comprende más de ciento cincuenta cuadros. El apelativo "fieras" se debe, como en los casos de impresionistas y cubistas, al dicho de un espectador hostil a la renovación.

He aquí la anécdota, contada por John Rewald, autor del prólogo al catálogo de esta Exposición: "Cuando en el Salón de Otoño, en 1905, un grupo de jóvenes pintores casi desconocidos se presentaron juntos y expusieron sus cuadros en una vasta galería central, el público parisiense quedó asustado, si no ofendido, por la violencia del colorido, la excepcional libertad de la pincelada y las voluntarias distorsiones y simplificaciones de las formas: en una palabra, por la extremada osadía de los artistas. El crítico Vauxcelles, señalando a una escultura, imitación de las del Cuatrocientos, colocada en el centro de la misma galería, exclamó: "¡Donatello en medio de las fieras!", y el nombre de fieras quedó."

El "fierismo", como movimiento pictórico, duró poco: unos tres años, y sus componentes no tardaron en disgregarse; mas el impulso violento—la ferocidad notada en sus obras—, la convicción de que el color podía expresar el sentimiento, no se perdió, y ha seguido operante en la obra de muchos. Matisse, Derain, Marquet, Rouault, Vlaminck, Friesz, Dufy e, incidentalmente, Braque, fueron, con otros de menor significación, los "fieras". Matisse y Rouault son, probablemente, las figuras más considerables del grupo. Alguno de los otros, como Dufy, descendió en ocasiones hasta el cromatismo, como Van Dongen, hasta la ilustración fácil, lindante con la pornografía. Braque pasó por el "fierismo", y con su talento asimilador, tomó de él lo necesario para adaptarse a la situación y aparecer en línea con los restantes compañeros de equipo, pero sin identificarse con ellos.

Quizá es exagerado considerar el "fierismo" como movimiento pictórico, y quizá, incluso, el expresionismo constituye superación e intensificación tan completa de ciertos postulados de aquél, que es forzoso preguntar si la influencia de los "fieras" en la evolución de la pintura no ha sido notoriamente sobrestimada. Por eso será útil enfrentarse con la exposición colectiva, ahora transeúnte por los Museos norteamericanos, para contrastar las realizaciones del grupo con las teorías elaboradas por una crítica cuyo pecado

más grave suele ser dar por demostradas y probadas las tesis en que necesita apoyarse para justificar sus interpretaciones.

Los “fieras” partieron de Van Gogh; de él aprendieron la violencia del color, y en esa violencia intentaron expresarse, supereditando la realidad a la emoción. Lo mejor de su pintura es la combinación de fuerza y gracia que a veces consiguieron. Matisse se inclinaba a lo decorativo; Rouault, a la distorsión exasperada, que confiere a los objetos una apariencia en consonancia con la intensa espiritualidad de la intuición; Braque y Derain sintieron la atracción de la personalidad picassiana, y desde 1907 trabajaron en la vía abierta por nuestro compatriota (Derain le acompaña mientras aquél pinta *Las señoritas de Aviñón*, la espléndida tela precubista). Friesz cambia la expresión por la moderación, la aventura por el conservantismo estético.

Matisse dijo que la composición pictórica “es el arte de concertar de una manera decorativa los varios elementos que el pintor utiliza para expresar sus sentimientos”. En esta frase, la locución “manera decorativa” manifiesta cuántos peligros implicaba la actitud del artista y el punto por donde sus obras podían resultar vulnerables. Del “fierismo” al decorativismo la distancia era grande. Esa frase explica ciertas debilidades de la pintura de Matisse, por fortuna casi siempre triunfante de ellas.

R. G.

CLAUDE ARVAUD EN ARS.—Claude Arvaud, joven pintor francés, nos ofrece en la sala Ars una interesante interpretación del paisaje de varias ciudades españolas. Con técnica expresionista, intenta captar el espíritu de nuestras ciudades, especialmente de Madrid, tema que le apasiona mucho. Ahora bien: los mejores efectos se consiguen cuando el expresionismo fuerte retrocede a una especie de impresionismo moderado con gama fría, muy apto para captar un ambiente, cual el castellano, donde la luz y el aire son principalísimos personajes. Algunas de estas pinturas tienen regusto de antiguo grabado, en el que las puras líneas y la clara nobleza de la piedra o la pizarra flotan con impasible dignidad en la atmósfera de Castilla. Esto se observa, por ejemplo, en su fina versión de El Escorial o en su pulcra y lírica visión de las Comendadoras Reales. Claro está que en esta línea se sacrifica un poco la audacia estética en favor de una noble y plácida

nitidez evocativa. No puede extrañar una evocación del presente cuando Bergson ha mostrado que el recuerdo y la percepción son coetáneos. Cuando el factor expresionista se acentúa—San Francisco el Grande, la Gran Vía entre dos luces, Segovia, Granada, Toledo (muy acertado y sintético el puente de Alcántara)—, el empuje artístico es más prometedor, pero los resultados quedan menos conseguidos y en ocasiones la paleta pierde claridad. Notemos de paso que el afinamiento de la mirada le permite distinguir muy bien el paisaje andaluz, donde el color hace lucir las cosas, del castellano, en el que los objetos, aun sin mengua del perfil, quedan inmersos en el aire y en la luz.

Buen cultivador del retrato, opera en ocasiones con pintura bien empastada y graduados efectos, recordando el modelo velazqueño, y en otras afronta la psicología de una persona con breves y abocetados rasgos. Más promesa en esto, pero más seguridad en aquello. En el paisaje y en el retrato muestra Arvaud una mirada clara y un pincel digno y actual, dominando el color sobre el dibujo y sacrificándose en ocasiones la composición a lo espontáneo. La sorprendente facilidad de oficio (a veces monta un cuadro en breves horas) puede obstaculizar la difícil tarea para que está dotado: pintar no sólo desde la mirada, sino desde conceptos lenta y personalmente forjados. Precisa esencializar la composición y depurar el ojo desde el intelecto.

La pintura (toda actividad humana) es un afrontar la realidad y dispone de tres modos para hacerlo: primero, sin ir en rigor a la realidad misma, sino tomándola tal como se da en las formas típicas socialmente establecidas, esto es, de un modo problemático: tal es lo que hacen los *pompieri*, que son, en rigor, los menos realistas de los pintores; segundo, dejarse sorprender por las cosas de un modo espontáneo y auténtico, que es lo que de momento hace Claude Arvaud en sus realizaciones finas y agradables; pero, en tercer lugar, cabe interpretar la realidad desde categorías intelectuales que permitan una rigurosa toma de posición personal ante ella. Esto último, que constituye el timbre de los maestros, es lo que puede hacer y tiene que hacer este joven que por primera vez expone en Madrid.

C.

COLABORAN:

JOSE ARTIGAS
RICARDO GULLON
ALFONSO SASTRE

A REMO HACIA LAS INDIAS

EL PROBLEMA HISTORICO DE AMERICA.—En su libro *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (México, 1947), Edmundo O’Gorman se propuso y ofreció abrir más tarde una indagación sobre el ser de “esa entidad conocida tradicional y habitualmente con el nombre de América”. En la serie conmemorativa del IV centenario de la Universidad Nacional Autónoma de México, ha publicado *La idea del descubrimiento de América*, obra en la que lleva a cabo una parte al menos, según parece, del trabajo anunciado en 1947. Una larga reseña de esta obra, que es lo que en verdad merece, no podemos hacerla en tan breve espacio. José Gaos, en *Historia mexicana* (vol. I, 1952), hizo ya una justamente elogiosa, insuperable.

La literatura sobre el problema de la esencia de América es innumerable. Desde el apogeo del romanticismo han venido dándose sin cesar nuevas y repetidas respuestas sobre la cuestión. Pero hasta ahora el planteamiento sólo se ha hecho desde terrenos parciales: la cultura, la economía, la política, la geografía, la filosofía. Y parece que estas respuestas han caído en un círculo vicioso. Ellas dan, por supuesto, el ser de América y, por tanto, se reducen a mostrar modos de ser, caracteres de un ser no esclarecido aún. La insistencia de la pregunta por el ser de América reclama, claro es, un nuevo planteamiento radical. La manera adecuada de hacerlo ha de ser una manera peculiar: lo que podría llamarse el problema ontológico de América. Se trata, pues, de la creación del campo propicio para una ontología de América.

O’Gorman, para ello, parte del análisis de un sentimiento americano originario y primordial: el sentimiento de dependencia con respecto a lo europeo, que ve en una metáfora: “Del tronco procede naturalmente la rama, como de la madre Europa procede la hija América.” Con todo, la afirmación misma encierra una verdad: “¿Qué otra cosa significa esa afirmación sino que América tiene un ser peculiar y extraño?” Y tal sentimiento entraña, a su vez, una preocupación por lo europeo. ¿Qué se oculta en ese sentimiento? Con los datos antes citados, O’Gorman halla en la preocupación europea una que le es anterior: la preocupación americana, la inquietud por América. Es una inquietud de autocomprensión, constitutiva del hombre americano.

Pero América es, hasta ahora, un ente encubierto. Y es encubierto porque la manera de pensarlo es insuficiente. Se parte de una comprensión media del ser de América que se acepta como verdadera. El camino y la tarea consistirán, pues, en examinar la verdad del modo de comprensión del ser de América que hasta ahora se ha aceptado. Ese modo, que es un modo implícito, nos viene dado en otra afirmación: América fué descubierta. Es decir, América es concebida como un ente geográfico descubrible. El problema nos conduce al terreno histórico. Pero no para buscar la corroboración de un hecho histórico, sino para ver si el *a priori*, o sea el concepto de “descubrimiento”, es el adecuado para comprender la total realidad histórica que es América. El desarrollo de esta cuestión requiere la elaboración crítica de una historia de la idea del descubrimiento de América. O sea, la historia de la historia del descubrimiento.

Pero lo que más llama la atención en el trabajo formidable de O’Gorman, aparte la elaboración de la historia de la idea del descubrimiento de América, es el hecho de que ante el problema de la esencia de América se enfrenta con presupuestos metódicos hasta el presente desconocidos, o desatendidos—lo que es más grave—, por los historiadores hispanoamericanos. O’Gorman indaga filosóficamente y, más aún, con instrumentos conceptuales propios de la fenomenología y del pensamiento de Heidegger. Tales instrumentos podrá reconocerlos el lector fácilmente en el detalle con que plantea el problema; en la elaboración crítica de la historia del descubrimiento—que recuerda los finos y profundos análisis de las teorías psicologistas que Husserl hizo en las *Investigaciones lógicas*—; en la “analítica” del sentimiento de dependencia; y en afirmaciones sueltas—pero no por ello menos capitales—, como la utilización de la idea de comprensión media del ser de América, que tanto recuerda la *durchschnittliche Verständnis* con que Heidegger caracteriza la comprensión del ser en la primera parte de *Sein und Zeit*; y no menos reveladores son los conceptos de América como ente encubierto y de inquietud (*cura*, *Sorge* heideggeriana) de autocomprensión, constitutiva del americano. Y, en fin, para no hacer más larga la lista de estas felices coincidencias, el propósito mismo de hacer la historia de la idea del descubrimiento, que nos recuerda la “destrucción” (*Wiederholung*) de la historia de la ontología que Heidegger se propone en su obra fundamental. No por eso la investigación es meramente filosófica. También lo es histórica, fundamentalmente histórica, y ya Gaos afirmó que, además, constituía un acabado capítulo de historia de las

ideas que nada tiene que envidiar a los mejores de los europeos, de los mejores europeos. No se pecaría de exceso si se afirmara que este libro de O'Gorman es a la historia, y a la historia americana, lo que el *Sein und Zeit* de Heidegger fué, y sigue siendo, a la filosofía. Tienen estructura semejante, y el de O'Gorman habrá de tener igual función en las investigaciones que sobre Hispanoamérica se hagan en adelante.

R. G. G.

SOBRE GUILLERMO VALENCIA.—Una justa valoración de la obra poética de Guillermo Valencia, propuesta por el poeta Rafael Maya en el prólogo a una antología de la obra de Valencia, ha provocado no pocas protestas y ha dado lugar a una serie de respuestas airadas. Maya, director de la revista *Bolívar*, de Bogotá, por haber vivido intensamente el clima espiritual en que Guillermo Valencia desarrolló su obra, tiene, como pocos en Colombia, un profundo conocimiento de la obra que hoy ha venido a criticar con tanta nobleza y serenidad. Pues al lado de los reproches y de los juicios menos favorables al mito de Valencia, abundan los párrafos de reconocimiento del valor humano del popular maestro de Popayán. De su largo estudio, no publicado en la edición citada—los parientes del poeta retiraron la edición—, siete breves apartes merecen citarse, pues son la señal de un clima de crítica literaria objetiva que en Colombia, y en general en Hispanoamérica, ha venido pidiéndose desde hace ya tiempo, sin que hasta ahora se hayan resuelto a darle actualidad.

En primer término, después de dejar claramente sentado que Valencia tuvo gran vigencia social y política; que siempre se mantuvo dentro de los marcos de la ortodoxia religiosa y política; que, a pesar del encumbramiento a que llegó, nunca dejó su habitual sencillez y hospitalidad, Maya enjuicia de modo general las repercusiones de su tránsito por la historia colombiana. “No marcó huella profunda en la política nacional, ni legó a su partido o a la República el beneficio de una reforma fundamental, ni siquiera de una página doctrinaria de valor perdurable.” La exigencia de Maya tiene, en efecto, plena justificación. De Valencia, aparte de la obra poética, sólo queda un recuerdo y no pocas anécdotas. La causa de esta escasa actualidad del maestro se halla en el hecho de que Guillermo Valencia “supo crearse su propio mito en vida”, aunque sin extravagancias y sin vana heroicidad. La fasci-

nación que su personalidad ejercía era aprovechada en beneficio del acrecentamiento de su prestigio y poder. Y, en segundo lugar, concluye Maya, porque “buena parte de su actividad mental la gastó en pequeñas luchas políticas..., ya literarias o con sujetos que osaron censurar algunas de sus poesías”. Parte del mito Valencia es la leyenda del humanismo. Maya, ateniéndose a la obra escrita y publicada de Valencia, se limita a comprobar que no tiene la obra que lo sitúe al lado de los grandes humanistas colombianos, como Caro, Cuervo o Suárez. Su prodigiosa memoria le permitía repetir páginas enteras de autores de lenguas vivas y muertas “sin conocer a fondo más que el francés”. Pero un gran poder de síntesis y una brillante imaginación eran en Valencia facultades que antes que humanista le colocan al lado de los grandes conversadores. Fué precoz, continúa Maya, pero ello trae consigo buen número de limitaciones al lado de las ventajas.

Guillermo Valencia fué poeta parnasiano. Esta es la verdadera clasificación, pese a lo que de simbolista o romántico hay en algunos de sus mejores poemas. Con todo, no obstante el excesivo cuidado exterior, plantea problemas de carácter social, histórico y humano que lo apartan del “parnasianismo concebido como pura estética formal”. Su poesía es una poesía cerebral. Es “la laboriosidad y lenta concreción de ideas que la cultura va depositando en su inteligencia y que el poeta desprende luego de la corteza cerebral”. Por este aspecto, Valencia es el testimonio de una época. En él prenden todas las corrientes espirituales de los últimos treinta años del siglo pasado.

El juicio de Maya es riguroso, pero hecho con cordialidad y objetividad científica. Y no sólo revisa los tópicos que en torno a Valencia han ido acumulándose, sino que, en el fondo, hay un anhelo de replantear el problema de la historia literaria colombiana. Valencia fué el arquetipo de una especie de intelectual que hoy no se conoce en Hispanoamérica sino muy desdibujadamente. Toda la curiosidad por las cosas del espíritu y la fidelidad a su vocación literaria le presentan como hombre por sobre todo humano. Y los errores por él cometidos, las omisiones de que está llena su actividad intelectual, los vicios de que adolece, sólo comprueban que la época que vivió Valencia y la sociedad que lo encumbró no supieron responder adecuadamente a los estímulos espirituales que encarnaba el Maestro. Por sobre el juicio que Maya da de Valencia como hombre y como poeta, puede entreeverse un juicio más severo sobre la sociedad colombiana y la historia cultural de aquella época. Reducida a sus verdaderos límites, la obra

y la persona de Guillermo Valencia quedan como un símbolo. Nada más quería hacer Maya al escribir su prólogo. Llevar hasta sus últimas consecuencias y mostrar su discordancia con la realidad de las afirmaciones que la crítica literaria colombiana ha tejido en derredor de una obra.

R. G. G.

NUEVAS REVISTAS.—El número 2 de la revista *Buenos Aires Literaria* está dedicado a la vida y obra de Ricardo Güiraldes, y en él colaboran, entre otros, Guillermo de Torre, Francisco Luis Bernárdez, Emma Susana Speratti, Juan Carlos Pelegrini, e incluye un poema inédito del propio Güiraldes. María Teresa Beláustegui elaboró para este número una amplia bibliografía del escritor argentino. La revista está impecablemente presentada, en octavo, más o menos del tamaño en que *Sur* desde hace poco tiempo viene publicándose. En páginas de color trae comentarios y noticias escogidas e información sobre el movimiento cultural argentino e hispanoamericano. Este número, por ser monográfico, empero, tiene un reducido interés, pese a que la obra de Güiraldes es de significación muy amplia. El número primero, en cambio, incluye un artículo de Amado Alonso sobre Cervantes; un ensayo de José Luis Romero, "Testimonios contemporáneos"; la traducción de un cuento de Franz Kafka, "El cazador Graccus", y un trabajo de Oscar Uboldi sobre "Letras extranjeras", además de un poema de Francisco Luis Bernárdez y notas de Guillermo de Torre, Delia Carnelli, etc.

Buenos Aires Literaria está emparentada, por su orientación y amplitud, por su presentación, con la ya citada *Sur*, que en su nuevo formato viene a ser como otra nueva revista. Y, con ésta es, dentro del conjunto innumerable de las revistas hispanoamericanas y de lengua española, una revista única. El tamaño le impone la brevedad de los artículos y la agilidad del tratamiento de los temas. Pero, por breves, no han de ser menos rigurosos. En los últimos números de estas dos revistas bastaría citar la traducción de una conferencia de Heidegger, "¿Qué significa pensar?", y de un ensayo de María Rosa Lida sobre Jorge Luis Borges, ambos en *Sur*, y el artículo de Amado Alonso sobre Cervantes, en *Buenos Aires Literaria*.

Argentina tiene hoy en Hispanoamérica quizá el mayor número de revistas, cada día en aumento. Una *Revista de Teología*, la pri-

mera y hasta ahora única en Hispanoamérica, va ya por el número 4. La revista de *Humanidades*, de Salta; el *Boletín del Instituto de Estudios Políticos*, de Cuyo; la revista de *Historia de las Ideas*, de Tucumán, son publicaciones que en poco tiempo han comenzado a aparecer y que llevan ya afortunada continuidad. Y estas revistas argentinas, como todas las hispanoamericanas, se distinguen siempre por un afán de universalización, de actualidad. Son hoy pocas, por suerte, las que exageran esta última nota. *Moradas*, en el Perú, así lo fué, y *Número*, en Montevideo, sigue este camino.

Otra revista, *Letras Peruanas*, no tan reciente, pues tiene cerca de doce números, es la que dirige Jorge Puccinelli, en el Perú, y en la que han colaborado Alfonso Reyes, Juan David García Baca, Vicente Aleixandre, Guillermo Díaz-Plaja y casi todos los intelectuales peruanos. Por medio de Georgette de Vallejo, ha sido posible dar a conocer una tragedia inédita de César Vallejo, traducida por Víctor Li Carrillo. También son numerosos los comentarios sobre la obra poética de César Vallejo, en especial los del francés André Coyné, especializado en este autor.

Buenos Aires Literaria está dirigida por Andrés Ramón Vázquez, y forman parte del Consejo de Redacción Enrique Anderson Imbert, Julio Cortázar, José Luis Romero y Daniel Devoto, entre otros.

R. G. G.

POLITICA Y LITERATURA.—El partido cívico cultural Jalisco, de Guadalajara, formado de preferencia por intelectuales jaliscienses, inició, ya en el mes de septiembre del año anterior, la publicación de su revista, con el objeto inmediato de apoyar la candidatura del escritor jalisciense Agustín Yáñez para gobernador del Estado. La novedad del partido es de por sí significativa. No sólo por el hecho de ser una revista literaria que hace campaña política, sino, en especial, por lo que detrás de la intención se revela. Sobre la plena realización o fracaso que puedan tener los puntos que *Odiseo*—tal es el nombre de la revista—se ha trazado como programa, no sólo no podrá darse juicio en su día, sino que será del todo imposible reprochar y valorar, según el caso, si no se tienen en cuenta antes que nada los presupuestos y fundamentos que han movido a los integrantes del grupo de Jalisco a constituirse en partido. Por lo pronto, quizá sea ésta la primera

vez que el intelectual con plena conciencia de su situación se resuelve a intervenir políticamente en la vida política, no sólo prestando “orientación y consejo”, como quería don Alfonso Reyes, sino mezclándose real y efectivamente en la vida del diario trajinar político. Pero no ha de quedarse en esta menuda campaña gubernamental. “Lejos del egoísmo individualista—dice el editorial—, nos asociamos persiguiendo una finalidad doble: ejercer la ciudadanía y hacer asequible la cultura a todos los grupos humanos a que nos sea dable llegar. Si el arte es *inútil* desde un punto de vista *práctico*, queremos en nuestras relaciones *perecederas* con nuestros semejantes ser *útiles*, actualizar nuestras *posibilidades* sociales.” Tal es, en pocas palabras, el núcleo del pensamiento del partido cívico cultural Jalisco. Claramente dejan sentado los intelectuales jaliscienses que no pretenden hacer literatura ancilaria, sino, por decirlo de un modo, política ancilaria.

En el número primero, el ensayo más destacado de los que se publican es el de José Luis Martínez, “Los problemas de nuestra cultura literaria.” Para Martínez, como todo organismo vivo, el nuestro—individuo o comunidad—requiere ajustes periódicos que pongan en marcha, a la vez, nuestros quehaceres intelectuales y espirituales y nuestras convicciones. Para llevar a cabo este reajuste, conviene distinguir dos órdenes generales de problemas: los de orden interno: calidad, perfección, problemas de técnica y estilo, etc., y los de orden externo: relación del escritor con la realidad, con la sociedad, con el mundo circundante. Por circunstancias diversas, el escritor casi siempre olvida este último orden de problemas. Pero tal olvido es imposible. Hay como una circulación invisible que en cada coyuntura histórica va rigiendo las tareas individuales. Cuando ésta se olvida, uno de los problemas inmediatos es el de intentar reanudar esa corriente y reafirmar o rectificar nuestros pasos. Desde estos presupuestos metódicos elementales, Martínez halla la cultura mexicana viciada de insularidad. Esta está montada sobre elementos externos a las letras—orden político y económico—y, consecuencia de esto, la creación provinciana de mitos y de tablas de valores a los que no se duda en darles alcance universal. Somos nuestros propios jueces y consumidores, pero ello encierra una multitud de limitaciones. Sólo con asomarnos al mundo exterior nos damos cuenta de la fragilidad de nuestros mitos. “Padece ciertamente nuestro orgullo siempre que nos aventuramos fuera de nuestra corte.” Pero llegados a la madurez, y tal es el estado que actualmente se percibe en nuestra cultura literaria, ya en el umbral, conviene poner a prueba uni-

versal nuestras creaciones. Lo cual no quiere significar ni un retorno a la extranjerización ni un acrecentamiento de la furia nacionalista. "La salud y la fortaleza de nuestra cultura vendrán tanto de la profundidad de nuestras raíces como de la altura y amplitud de nuestras frondas, abiertas para todos los aires del mundo." Por reciente, esta afirmación no deja de ser vieja. Pero aunque hecha por los mejores de nuestra América, no es siempre recordada ni menos aún puesta en práctica. Esta noticia no quedará truncada si dejamos aquí suelto el cabo. Martínez se pregunta a continuación cuáles son los problemas que plantea la divulgación cultural. Este párrafo final del ensayo deja entrever dichos problemas y, a la par, traza un noble programa: "Nuestra misión es la de destruir esa falacia convenciera de los mercaderes—los malos dirigentes y directores de la prensa, la radio, el cine—y mostrar y demostrarles a ellos que nuestro pueblo es capaz de interesarse por toda la tradición humana que ha constituido la mejor nobleza del hombre, la tradición de pensamiento, de historia, de leyenda, de poesía, de teatro, de novela, de arte, de ciencias, de técnicas; que poseemos una tradición nacional de cultura, especialmente en sus creaciones populares, cuya calidad y originalidad nos enorgullecen, y es digna de que la acrecentemos; y aun probar que el hacer bien espiritual al pueblo puede ser, llegado el caso, mejor negocio que corromperlo. He aquí una magna tarea en la que todos tenemos una responsabilidad."

La revista tiene secciones fijas de poesía, narración, artes plásticas, crónicas culturales y bibliografía. Su director es don Emanuel Carballo, y en ella colaboran, como miembros del Consejo de Redacción, todos los intelectuales de Jalisco. En realidad, ningún intento tan halagador como éste se ha llevado a cabo hasta ahora en Hispanoamérica. En la hora de la convulsionada madurez política, sólo los intelectuales pueden iluminar los caminos. Después de todo, se trata de volver a la tradición, tan arraigada en Hispanoamérica, de los poetas y generales, de los hombres de las dos alas: la del espíritu y la de la acción.

R. G. G.

LA BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA.—En el último número del *Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas* del Ministerio de Educación, de Madrid, se publica un interesante trabajo de Carlos Restrepo Canals, director de la Sección Segunda de la magnífica Biblioteca bogotana. Esta institución cultural recoge obras de indudable valor bibliográfico, conservadas y clasificadas con arreglo a los sistemas más apropiados para su perfecta organización.

En esta Sección Segunda se clasifican unos 50.000 volúmenes, de los cuales 20.000 son de materia religiosa, pues en su mayoría proceden de las bibliotecas de conventos desaparecidos en épocas anteriores, principalmente de las casas de la Compañía de Jesús disueltas en tiempos de Carlos III. De este fondo bibliográfico, más de 6.000 están catalogados según el sistema Dewey, y contienen gran cantidad de ediciones de la Sagrada Biblia y de obras de teología y de derecho canónico.

Por el mismo sistema están catalogadas unas 5.000 obras profanas, filosofía, ciencias naturales, medicina, geografía, derecho, matemáticas, arquitectura... En grupo más reducido se clasifican los incunables. 267 volúmenes componen este apartado, de los cuales 41 son obras incunables de clasificación universal, esto es, del siglo xv, y el resto, de clasificación española, es decir, editados entre 1501 y 1530.

La Biblioteca dispone de varias Secciones, entre las que destacan las de Catalogación, Sección de Canjes o Intercambio, el Archivo Nacional, el Archivo de la Palabra, Sección de Encuadernación y, en fin, la de Extensión Cultural, que comprende conferencias culturales, cine cultural, exposición de arte y banda nacional.

Es de interés destacar la Sección de Archivo de la Palabra, por ser obra fundamental en todo archivo moderno, y a la cual el Ministerio colombiano ha prestado especial atención. Desde 1950 funcionan los servicios de la Sala de Grabación, Laboratorio de microfilms y los servicios técnicos correspondientes.

El trabajo se distribuye como sigue: Laboratorio de Grabación, Sala de Música, Servicio de Intercunicaciones, Laboratorio de microfilms y tecnificación de la Sala de Lectura para los ciegos por nuevos sistemas de grabación.

En la Sala de Música funciona un equipo con un plan de grabación que consta de grabaciones de interés permanente, que pasarán a engrosar el Archivo Nacional grabado; departamento de intercambio, con las cien mejores grabaciones colombianas en canje con el material histórico, literario, folklórico, científico, etcé-

tera, de otros países; grabaciones de carácter oficial (reuniones, Congresos, ciclos de conferencias...), y grabaciones de divulgación cultural mediante discos o hilo magnetofónico, a fin de enviar a las escuelas y colegios grabaciones de carácter científico, musical, literario, etc.

C.

COLABORAN:

RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT
ENRIQUE CASAMAYOR



ESPAÑA EN SU TIEMPO

“*LOS DIALOGOS PERDIDOS*”.—Para los que fuimos fieles seguidores de la revista *Alferez* y anduvimos y andamos metidos en el ajo de los periódicos universitarios, no puede resultar una sorpresa este libro de Rodrigo Fernández-Carvajal (1). Dijimos “puede” y deberíamos haber dicho “debe”, porque resulta que este libro sí ha constituido para nosotros una sorpresa. Y ello por varios motivos, que trataremos de enumerar.

El primero es comprobar cómo estos escritos de Fernández-Carvajal, nacidos al calor de una circunstancia concreta y para esa consunción rápida que suponen siempre las páginas periodísticas, han resistido al paso del tiempo y soportan de una forma clara y terminante las páginas del libro. Esto entraña la primera condición que se da en el autor: la serenidad. Yo recuerdo que algunas veces reproché a *Alferez* su tono sereno, que se me antojaba aséptico. Ahora veo cómo aquella serenidad entrañaba una madurez de juicio, tan infrecuente en nuestro país que conseguía muchas veces irritarnos. Porque este libro de Fernández-Carvajal presenta una serenidad que sólo dan la meditación y el juicio reposado, que comporta una responsabilidad de tal clase que impide el juicio o comentario a la ligera, de tal suerte que lo que se escribe para un momento preciso lleva consigo una enseñanza valedera para mucho más adelante.

El segundo es comprobar cómo en el aparente desorden que siempre supone la recopilación de unos artículos, late un pensamiento ordenado y eficaz, que no se somete a vaivenes en lo fundamental, aunque se aplique en cada caso en la dirección que más convenga. Este pensamiento de Fernández-Carvajal ya veremos más adelante en qué consiste, aunque sólo sea por aproximación. Ahora, sencillamente, hay que dejar constancia de ello.

El tercer motivo es alegre. En esta tierra nuestra, tan llena de santones intelectuales cuanto falta de auténticas figuras de valía capaces de un magisterio del espíritu, Rodrigo Fernández-Carvajal se nos aparece como un intelectual joven que, afortunadamente para todos, ha preferido el camino de la laboriosa creación, del cultivo de la verdad celosamente intentada, al fácil éxito de la erudición

(1) Rodrigo Fernández-Carvajal: *Los diálogos perdidos*. Editorial Alferez. Madrid, 1952.

y el almacenamiento de fichas. (Entre paréntesis: qué pocas pero qué eficaces y oportunas las citas de este libro.) Ello hace que en *Los diálogos perdidos* saludemos a un auténtico intelectual joven, consciente de la importancia de su tarea y decidido a servirla con una vocación a prueba de riesgos.

Ya, líneas más arriba, hicimos una alusión a este cuarto motivo que asoma ahora a colación: la responsabilidad. Fernández-Carvajal ha asumido del todo la responsabilidad de su labor. Frente al éxito fácil, de alharaca y charanga a todo pasto, con gacetillas en la prensa diaria; frente al simple juego de la inteligencia amasado con tanta irresponsabilidad como ligereza, en *Los diálogos perdidos* resplandece un vigoroso sentido de la responsabilidad. Por ello, los temas se abordan de frente, responsablemente. Y las palabras trasminan una suerte de inequívoca vigencia, que sólo se produce cuando entrañan meditación y responsabilidad.

El quinto motivo, y último de entre unos cuantos, es de tipo particular, relativamente particular, precisaríamos. Y también entraña una gran alegría. Porque este intelectual hecho y derecho, responsable, sereno, maduro y ordenado, es un hombre de mi generación. Que sea él quien en tantas cosas marque la pauta en este momento español, permídeseme que me produzca una estupenda sensación de alegría.

El prólogo del libro explica con claridad el pensamiento del autor. En él se produce la primera afirmación importante, que ayuda mejor que nada a enfrentarse con el libro: el escritor, desde su plano intelectual, no puede solucionar casi ninguno de los problemas colectivos, y mucho menos hacer de su misión esclarecedora una especie de carburante para la acción. Sólo integrando en esta literatura de situación—que intenta tomar el pulso al tiempo—tres ingredientes olvidados: psicología, poesía e intimidad, puede ser provechosa y no convertirse en un veneno para el organismo social que la soporta. Ahora bien: la afirmación que hay que hacer inmediatamente es la necesidad de que el intelectual se produzca con libertad y desde sí mismo, y se produzca desazonadamente porque sólo de la desazón, del afán de inquirir, de la necesidad de buscar, nace la sabiduría. Todo ello le obliga a señalar en qué manera es peligrosa cierta tendencia actual que entre nosotros se produce a la exaltación de la labor en grupo y a la postulación de una política cultural uniforme, que agostará toda posible revelación de una auténtica cultura e impedirá la aparición de figuras verdaderamente importantes.

Recojo muy mal las ricas líneas del prólogo, pero aun así bas-

tan para señalar la actitud que Fernández-Carvajal va a adoptar ante los problemas. Ciertamente que esa actitud no va a ser ni la fácil de postular un puñado de soluciones recetarias ni tampoco aquella que ante un problema se conforma con negarlo, creyendo que así desaparece. La lección de este libro está, fundamentalmente, en esa actitud comprensiva y dubitativa a la vez, amorosa siempre, que el autor adopta ante los problemas. Huyen de estas páginas los tópicos fáciles y las soluciones redondas, en las que siempre va entrañado un nuevo problema cuando se analizan con honradez. Queda una actitud problemática; que es, en suma, la auténtica actitud del intelectual. Así, desde esta actitud, se van abordando los problemas del tiempo y del espacio que más directamente nos atañen. Porque quizá sea la hora de decir que este libro de literatura problemática aborda fundamentalmente el tema español.

Claro está que lo aborda de una manera original. Quiero decir que Fernández-Carvajal coincidirá con muchos en muchos aspectos, pero que el problema de España no se presenta ante él ya resuelto ni tampoco planteado con modelo ajeno. Se recrea en él, y desde la propia intimidad lo aborda. Por tanto, ni el optimismo de los que lo solucionan de golpe y porrazo ni el pesimismo de los que no confían en su solución. Ni mucho menos la actitud ininteligente de los que se despegan de la realidad española para crearse una España inexistente, fuera del campo de las contiendas políticas. Queda la actitud meditadora y comprensiva, la amorosa vigilancia, pero desde dentro; la búsqueda de una base para la convivencia partiendo de una realidad existencial y humana. Queda la exaltación de las virtudes, procurando su exacta aplicación y la fulminación de los defectos, comprendiéndolos y hasta justificándolos, pero procurando hacerlos desaparecer. Queda, en realidad, una actitud educadora, aunque no manejando exactos catecismos, donde se aplique a lo variable las reglas de lo inmutable; queda una actitud educadora, que no implica imposición al viejo uso de los maestrillos de palo y tente tieso, sino que se basa fundamentalmente en el diálogo y en el amor.

Por eso este libro supone un reconocimiento de gratitud a cuantos se acercaron al problema de España con amor y comprensión, aunque tantas veces por el camino de la más insobornable actitud crítica. Por eso supone también una decidida repulsa a aquellos otros que frente a él adoptan una actitud dogmática o entusiástica. Precisemos, señalando la raíz joseantoniana de esta actitud de Fernández-Carvajal. Y precisemos también que la mejor lección

del libro se encierra en esa actualización íntima y poética que el pensamiento de José Antonio halla en sus páginas. Esa actitud exigente y realista frente a España que se postula en el libro, tuvo en José Antonio su última expresión política hasta la fecha, aunque esta expresión necesite, aquí y ahora, una revisión urgente.

Mas volvamos de nuevo al libro, aunque en verdad no nos hayamos apartado de él. Volvamos porque quizá la última parte del comentario se preste a equívoco. *Los diálogos perdidos* no es un libro político, aunque aborde problemas que tienen una parte política, pero que son más complejos. Conviene precisarlo, porque no es nuestra intención caer en esa peligrosa tendencia, que Fernández-Carvajal señala, de convertir los problemas culturales en problemas políticos y examinarlos con exclusividad desde ese ángulo de visión. La “manía farmacéutica con clara raíz integrista” de muchos, fuerza a esa solución simplista que invalida cualquier actitud, aun la más seria y meditadamente adoptada. Lo uniforme está siempre enfrente de lo vivo, y cuantos en el campo de lo intelectual aplican fórmulas o visiones políticas a problemas que exceden de esa órbita, fomentan disgregación, desunión y confusión.

Contra la confusión apunta también este libro. Naturalmente, porque parte de una raíz de exigente realismo. Y en cuanto la confusión se produce hoy entre nosotros, por las razones que sean, Fernández-Carvajal señala que nos apartamos del camino que puede hacer fructífera esta ocasión española. Mas esta confusión sólo se superará por la vía cierta de conseguir, cada uno de nosotros, su unidad esencial. Claro que este camino no es fácil, pero por eso mismo. La belleza, que es la perfección, nunca se alcanzó por el camino del mínimo esfuerzo. Si todos consiguiéramos la fidelidad a nosotros mismos y desarrolláramos una serie de virtudes personales, ciertamente que la existencia colectiva tendría un carácter menos agobiador que el que presenta. Y esto extendido a espacios universales.

Pero, repetimos, el libro no se ciñe a un solo problema, aunque éste sea centro de él. En verdad que ningún problema vivo ha dejado de marcar su huella y de tener referencia en sus páginas. Así, la Universidad y, en general, todos los problemas culturales. Así, la hora actual del cristianismo. Así, también, la literatura y la poesía.

Concluamos, para no pecar de prolijos. Y concluamos señalando la presencia de un intelectual responsable, joven pero ya maduro en juicio, sereno y alcanzando esa objetividad apasionada que él mismo señala como aspiración máxima. De un escritor don-

de la agudeza y el vuelo de metáforas acertadísimas se conjugan con un castellano flexible y realista, en un lenguaje soporte ideal para unas ideas claras. Este hombre se llama Rodrigo Fernández-Carvajal, de quien hay que esperar frutos extraordinarios.

M. A.-J.

PRESENCIA DE ANDRÉS SEGOVIA.—Andrés Segovia nos hurtó su presencia durante casi veinte años. Mundo arriba, mundo abajo, parecía no quedarle tiempo de visitar él su España y de regalarnos con su guitarra seria y española, que ya es universal. Todo llega, y así Andrés Segovia ha puesto su pie en un banquito que se apoyaba en nuestro Palacio de la Música.

En cualquier otro caso, el comentario sería más o menos técnico, pero tendente a plasmar en palabras los valores musicales del artista; con Andrés Segovia, todo elogio es inferior a sus calidades. El equilibrio entre la técnica y la expresión es perfecto; se complementan para dar ese fruto acabado y maduro que son sus versiones.

Durante años, los discos nos traían el único posible contacto, pero no bastaba: era esencial su presencia como la juventud ha podido comprobar.

Después de Andrés Segovia, el camino del guitarrista es más fácil, la siembra de interés ya ha cuajado en creadores y público, ahora sólo hace falta tocar, tocar bien y tratar de acercársele; el resto se da por añadidura.

Buena prueba de la expansión del típico instrumento son los cuatro conciertos para guitarra y orquesta de Joaquín Rodrigo, Manuel Ponce, Manuel Palau y Castelnuovo-Tedesco. De la resonancia entre el público hablan claro sus continuas jiras por el mundo entero, y más concretamente las audiciones ofrecidas en Madrid, con nuestro Palacio de la Música lleno de público entusiástico, que, al margen de posibles *snobismos*, le aplaudió hasta el cansancio físico.

De todo ello se deduce que Andrés Segovia ha marcado con recuerdo imperecedero nuestro diciembre de 1952, y que su sola presencia llena el más exigente anhelo musical.

Al filo de su marcha sólo cabe desear sus continuos regresos, que nos compensen de esos veinte años que ahora vemos claro cuánto hemos de lamentar.

C. J. C.

ESTRENO DE EL CONSUL EN BARCELONA.—El estreno en Barcelona de *El Cónsul*, una de las más recientes óperas del mundo contemporáneo, ha convencido al público de la verdadera personalidad de su autor, el compositor italiano, residente en los Estados Unidos, Gian Carlo Menotti.

Para el oyente que desconocía las obras anteriores de Menotti —*El teléfono*, *La médium* y otras—, su nombre venía rodeado de una aureola de novedad y audacia, que ha hecho más defraudadora la impresión. En realidad, la nueva obra, estrenada ya en casi todas las primeras ciudades del mundo, sigue la línea de las que la precedieron, porque Menotti, aun educado desde su juventud en Norteamérica, lleva muy dentro de su personalidad el sentir lírico de los compositores italianos.

El Cónsul participa, con un lenguaje moderno, del predominio de la melodía, que podríamos denominar “a lo Puccini”, y aun más, en la construcción de las partes cantadas destaca la parte vocal y deja reducida a simples intervenciones la de la orquesta.

Fuera de esto, que más que de reparos sirven para situar a Menotti ante los que no lo conocen o ante los que esperaban de él extrañas sorpresas, *El Cónsul* es una obra interesante, cuya trama argumental recoge uno de los problemas más actuales: la lucha de los que pretenden escapar del “telón de acero”, y en toda la partitura el compositor nos habla en un lenguaje moderno, que si no es siempre extraordinario, guarda en todo momento una altura respetable en las gradaciones del interés.

La versión ofrecida por el Liceo de Barcelona fué admirable. Clara Petrella y Piero Guelfi colaboraron eficazmente para decidir al público en general y especialmente a los defraudados.

C. J. C.

BUENAS “NOTICIAS” DESDE MADRID.—No hace mucho que el filósofo Ortega, hablando de la nueva *Revista de Educación*, de Madrid, decía—si no estamos mal informados—: “He aquí una revista singular. Hasta la fecha no ha existido publicación española que haya tocado de este modo tan directo las cuestiones de la enseñanza.” Verdadera o apócrifa, lo cierto es que la opinión orteguiana no puede ser más justa. Porque, efectivamente, la *Revista de Educación*, sacudiéndose por vía intelectual el equívoco lastre del oficialismo, ha sabido estudiar los temas docentes con

altura y con conciencia de la realidad, con auténtico saber de especialismo y con amplitud que abarca, entre sus apartados extremos, la vida espiritual del hombre desde la atalaya de la educación. *Educación y sociedad* podría ser con justeza de intención el acertado subtítulo de esta magnífica *Revista de Educación*.

Desde el aspecto de revista-periódico (ya que la *Revista de Educación* se acerca más, pese a sus secciones temporales, a la revista-libro), existe también en España otra publicación, proyectada igualmente hacia Iberoamérica, si bien con dirección más específica. Queremos resaltar la existencia eficaz y prometedora de *Noticias de Educación Iberoamericana*, conocida más sencillamente por *Noticias*, especie de boletín informativo de la Oficina de Educación Iberoamericana para los países de habla española y portuguesa. *Noticias* viene manteniendo a lo largo de sus dieciocho primeros números un inteligente diálogo con los educadores de América y Europa, contribuyendo asimismo a un más práctico y vivo conocimiento de los problemas que inquietan la realidad educativa actual de nuestros países. Precisamente en el número anterior al que motiva estas líneas, se dedicaba a presentar un panorama de la Enseñanza Primaria en Iberoamérica, con gráficos y cuadros estadísticos comparativos entre América y el resto del mundo y de las naciones de habla castellana y portuguesa entre sí.

Ahora, en su número doble (17-18), se informa del estado presente de la actitud de la U. N. E. S. C. O. frente a Iberoamérica en el plano de la educación; la presencia de opiniones hispánicas en la U. N. E. S. C. O., entre muchas, por ejemplo, la del doctor De Berrêdo, presidente de la Comisión Internacional que redacta la ya famosa *Historia de la Humanidad*; la educación en el II Plan Quinquenal argentino; la ayuda técnica de la U. N. E. S. C. O. a Iberoamérica; "Iberoamérica no es sólo así"... y otros trabajos más.

De ellos es de justicia destacar la publicación del plan completo de la citada *Historia científica y cultural de la Humanidad*, por ser *Noticias* la primera publicación en lengua castellana que la da a conocer al lector de España y de Ultramar.

E.

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

FILOSOFIA Y CRITICA DE POESIA, por José Luis L. Aranguren.

Una de las notas que distinguen más visiblemente al poeta actual de los poetas de otros tiempos es la de interesarse no solamente, como es obvio, por la obra misma que crea, sino también, y no menos, por esclarecer, en la medida de lo posible, el proceso de su formación. Antes a los poetas parecía no incumbirles otra cosa que crear. Hoy se sienten insoslayablemente empujados a iluminar la propia operación creadora, a recorrer despacio, hacia atrás, el camino que va desde los oscuros senos del alma a la conclusa plenitud del poema. La época del *racionalismo* ha quedado, ciertamente, atrás; pero la necesidad de *lucidez* es sentida hoy, en todo, con más fuerza que nunca.

Por eso era muy de esperar la obra crítica de José María Valverde tras su obra poética, o, mejor dicho, al hilo de ésta, cumpliendo esa contemporaneidad poético-crítica, característica de nuestro tiempo. Y, efectivamente, he la aquí: tras *Hombre de Dios* y *La espera*, aparecen ahora en volumen los *Estudios sobre la palabra poética*, en los cuales su autor atiende fundamentalmente, como nos dice, "al modo de desarrollarse el proceso de hacerse palabra el mundo contemplado y el alma que lo contempla, en síntesis poemática". La conciencia crítica del poeta se vuelve así hacia el advenimiento mismo de la palabra, a su impulso insurgente y a la reasunción, en ella y por ella, del alma y el mundo.

Tenemos, pues, entre las manos un libro de crítica poética. Pero decir esto es todavía decir muy poco. Pues hay una crítica lingüística o filológica, existe la "Estilística", existe la "Ciencia de la literatura", etc. ¿A cuál de ellas pertenece el libro de Valverde? Contestemos que estos estudios no tienen demasiada prisa por encasillarse ni muestran afán por fundar o contribuir a la fundación de ninguna *ciencia* nueva acerca de la palabra. En cambio, desde la Introducción nos adelantan lo que, a juicio del autor, y con mucha razón, no debe ser la crítica: "traducción" a otro lenguaje, particularmente al lenguaje filosófico (el trabajo de Heidegger *Hölderlins Elegie Heimkunft* es puesto explícitamente como ejemplo de lo que se debe evitar). José María Valverde se propone "ejercitar una crítica poética sustantiva, es decir, que no venga derivada subsidiariamente desde un sistema de pensamiento al que sirva apenas de ornamento y ejemplificación". Esta preocupación por la autonomía de la crítica es mucho más reveladora de lo que a primera vista pudiera parecer, pues, como acabamos de ver, es por el lado de la filosofía por donde a Valverde interesa, en particular, el deslinde. ¿Se concibe a un Dámaso Alonso con el pensamiento fijamente puesto en distinguir la crítica poética de la hermenéutica filosófica? Evidentemente no, ni valdría la pena,

ya que a la legua se ve que en su obra se trata de cosas completamente distintas de la filosofía. En cambio, lo que a mi juicio caracteriza el modo de crítica propio de Valverde es precisamente su tensión respecto de la filosofía, este su tener y no tener que ver con ella. Valverde, con su empleo "oblicuo" del enfoque filosófico, se nos muestra fiel discípulo de Antonio Machado. Esta relación equívoca—y equivocante para el ingenuo lector—es la que quisiéramos tratar de esclarecer aquí.

Pero antes de determinar el modo como Valverde manipula con la filosofía, conviene trazar muy sucintamente el cuadro de las posibles relaciones entre filosofía y poesía. Una de ellas, a la que se ha aludido ya, debe ser descartada en seguida. Es la que reduce la poesía a una "ilustración" de la filosofía, la que se propone como objetivo investigar la *Weltanschauung* del poeta y "extraer" del poema su "sustancia" filosófica. Pero todos los grandes poetas testifican que elementos no conceptuales—ritmo, palabra, música—preceden a la "idea" o, como ha dicho con expresión acertada Bachelard, que *le langage est toujours un peu en avant de notre pensée*.

La segunda vinculación de la crítica poética a la filosofía es la exigida cuando aquélla ostenta la pretensión de constituirse como ciencia. Los primeros intentos para ello tomaron sus conceptos fundamentales del idealismo alemán. Después ha sido la dicotomía ciencias del espíritu—ciencias de la Naturaleza, bien según la concepción de Windelband y Rickert, bien según las ideas de Dilthey, la que ha prevalecido. La ciencia de la literatura reivindicaba un puesto propio en el ámbito de las ciencias del espíritu y aplicaba a su objeto las obras literarias, los conceptos y métodos propios de aquéllas. Ahora bien: tengo la impresión de que esta dicotomía va a entrar en crisis, al menos en el punto que a nosotros nos importa ahora.

La obra literaria, el poema, ¿es pura y simplemente un "producto" del espíritu? Las palabras, ha escrito recientemente el gran poeta alemán Gottfried Benn, de un lado son espíritu, pero del otro poseen la esencialidad de las cosas de la Naturaleza. Y el ya citado Gastón Bachelard, cuyo "psicoanálisis" constituye uno de los esfuerzos más originales y prometedores para la fundación de una nueva crítica literaria, ha hecho notar que "la inspiración poética, antes de ser una metáfora, es una realidad": la humilde realidad de la inspiración y la aspiración, de ese poco de aire movido que es la palabra del hombre. Es todavía prematuro hablar de esto, pero muy probablemente una exposición suficiente del pensamiento de Zubiri proporcionará a estos intentos de fundar una nueva ciencia de la crítica literaria—y muy en especial a los beneméritos intentos españoles—la base filosófica que ineludiblemente requieren.

Pero tampoco es ésta, ciertamente, la manera como el libro de Valverde tiene que ver con la filosofía. Los *Estudios sobre la palabra poética* son presentados con el sencillo ademán del labrador que, con su trabajo y la propicia fecundidad de la tierra, ha recolectado unas—pocas o muchas—fanegas de mies. Su fruto ahí está, con toda su humildad "científica", pero también con toda su patente realidad.

Puede darse un tercer modo de relación entre la filosofía y la crítica de poesía cuando ésta es presidida por la idea rectora de arribar, a través de la obra viva, al conocimiento del hombre o de un "tipo" de hombre, del hombre de una época determinada: nuestro tiempo, el Barroco, el Romanticismo, el Renacimiento, etc. Naturalmente, este empleo de la literatura

como instrumento preciso y precioso para una antropología filosófica, es perfectamente lícito. Valverde sesga en su libro, tan rico en sugerencias y puntos de vista, esta intención (véanse, por ejemplo, los capítulos "El lenguaje de Vallejo como americano" y "T. S. Eliot desde la poesía americana"), pero en realidad es otra su meta.

Más cercano a ella estaría el uso de la filosofía como "método de simbolización" para expresar mediante el rodeo filosófico una intuición estrictamente poética. Si la poesía puede ser vista con un interés puramente filosófico, ¿no podrá acontecer asimismo la inversa? Algunos poemas de Eliot, por ejemplo, y su lectura de Dante o de los poetas "metafísicos" ingleses, son buena muestra de ello. Pero en quien sobre todo piensa Valverde al señalar este "desquite" que los poetas se toman a veces de los filósofos es en Antonio Machado.

Sin embargo, con todo esto aún no hemos abordado el modo específico como se presenta en Valverde la relación filosofía-crítica poética. Pero que ésta existe es patente. Basta comparar un estudio suyo con otro de Carlos Bousoño por el lado "científico", con otro de Luis Felipe Vivanco o de Luis Rosales por el lado de la re-creación poética, para percatarse de ello. La cuestión es ésta: ¿de qué manera peculiar está aquí, presente o supuesta, la filosofía?

En otra ocasión me he parado a reflexionar sobre lo que suele ocurrir a quien, sin saber filosofía, acomete una tarea en la que aquélla va envuelta: que casi fatalmente cae, sin advertirlo, en una filosofía ya hecha, gastada por el uso, cuando no caída en desuso y descrédito. Precisamente el verdadero filósofo—el que filosofa, no el que se limita a reiterar una doctrina filosófica—es el único hombre capaz de desnudarse de concepciones filosóficas mostrancas, recibidas inadvertidamente como verdades evidentes, por encima de toda investigación. Pues para llegar hasta "las cosas mismas" es menester un previo descombro crítico, una "destrucción" de cuantas ideas se interponen entre la realidad y quien la observa.

El prudente uso de la filosofía limpia, por tanto, los ojos y permite *ver mejor*. Ver mejor y también *ver más*, porque proporciona ángulos nuevos de visión y posibilita el planteamiento de problemas inéditos.

De lo primero se ha beneficiado Valverde a ojos vistas. (Véase a este respecto, sobre todo, el segundo de los estudios dedicados a César Vallejo.) ¿Cómo le habría sido posible, de otro modo, llegar a "una idea general del lenguaje que querríamos perogrullesca y sin más novedad que su primitividad y el estar limpia de todo supuesto que rebasa lo que el hombre pone en su palabra en la vida"? (pág. 11). O, si se prefiere un punto más concreto, reléase el bello capítulo "Reflexión previa sobre los ojos" y dígame si no tiene detrás las profundas consideraciones de Heidegger sobre el primado del ver en la metafísica occidental y la constitución de la idea de inteligencia como una metáfora visual, como una "visión intelectual". He aquí, pues, un botón de muestra de lo que queremos decir. Valverde ha podido descubrir el distintivo vallejiano de una "mirada puerilmente exenta de intención y experiencia especulativas" justamente porque Heidegger nos ha abierto la posibilidad de disociar el "ver" y el "entender". A un crítico no familiarizado con la filosofía actual le habría sido prácticamente imposible llegar a este resultado. A lo sumo habría alcanzado, en tanto que poeta, su intuición, es decir, habría "repetido" la experiencia vallejiana. Pero el con-

cepto preciso que desarrolla Valverde de la diferencia entre esta última y la que hay en la base de la poesía europea, quedaría en la sombra.

Pero aun sin llegar a esta radicalidad, no hay duda de que el conocimiento de los problemas vivos de la filosofía puede suministrar valiosas perspectivas al crítico que acierte a transferirlos al área propia de su jurisdicción, y el libro de Valverde es, como vamos a ver en seguida, buena prueba de ello. Tres problemas elaborados por la filosofía actual nos van a servir de hilo conductor: el problema de la temporalidad, el problema del talento, como nosotros acostumbramos decir, y el problema de la comunicación. Ninguno de los tres son específicamente filosóficos; al contrario, hasta hace poco tiempo estaban completamente al margen de la reflexión filosófica. Pero ha sido ésta la que ha cobrado conciencia de ellos, haciéndolos así aptos para su ulterior transferencia al plano y al interés específicos de la crítica de poesía.

Hasta tal punto es esto así, que con toda naturalidad, sin violencia alguna, pueden agruparse los distintos estudios del libro que comentamos según el problema que está a la base de ellos. La *temporalidad* preside el primer estudio sobre Vallejo, el de Machado y los de Eliot y Guillén. El problema del *talante* poético se encuentra en los estudios sobre Vivanco y Hölderlin y en el apartado final de las "Notas de entrada a la poesía de César Vallejo". Y la teoría filosófica del lenguaje, especialmente en sus consideraciones sobre la *comunicación*, constituye el supuesto del segundo estudio sobre Vallejo y los que se refieren a Vivanco, San Juan de la Cruz y Verlaine. Naturalmente, ninguno de los estudios agota su contenido en el desarrollo (atención: según una perspectiva de crítica poética, no de filosofía) de estos problemas. Pero el objetivo del presente artículo, que no es otro sino contribuir a alumbrar las relaciones entre filosofía y crítica de poesía a través del libro de Valverde, nos impone esta esquematizadora limitación.

Que "el sentido del tiempo en César Vallejo" es el descubrimiento capital de las "Notas de entrada" y la "intemporalidad" según dos modos claramente diferenciados entre sí, el de los estudios sobre Eliot y Guillén, me parece evidente. Y, asimismo, que en el estudio sobre Machado se trata, a la vez, de la concepción de la poesía como "poesía en el tiempo" y de la evolución temporal de la obra de Machado. Pero no será ocioso llamar la atención, al pasar, sobre un curioso contraste que confirma nuestra posición. Los críticos-poetas, ayunos de preparación o interés filosófico, suelen tener un gran sentido para el *tempo* del poema; pero, en general, pasan indiferentes ante el problema de lo que Staiger llama *die Zeit als Einbildungskraft* o el tiempo como forma pura de la intuición poética. Por el contrario, los críticos familiarizados con la filosofía actual—un Machado, que tanto siguió a Bergson y Unamuno y se interesó por Heidegger; el citado Staiger, Bachelard y, digámoslo francamente, el mismo Valverde—ostentan una especial preocupación por éste.

En el excelente estudio sobre Guillén es particularmente visible la fecundidad para la crítica poética de una preparación filosófica previa, siempre que no se abuse de ella. Lo mismo la filosofía que la gramática son puestas allí eficazmente al servicio de la comprensión estrictamente poética del *Cántico*. Otro tanto debe decirse, a mi juicio, del estudio sobre Eliot, pero no creo que todo el mundo comparta esta opinión. En los medios literarios españoles reina una cierta beatería con respecto a Eliot, beatería que se hizo patente con ocasión del estreno en Madrid de *Cocktail party*. Todos nuestros

críticos, y hasta algunos otros que, no dedicándose habitualmente a tal menester, se habilitaron para el caso, coincidieron, con una actitud muy *high-brow*, en un elogio sin reservas. Algunos meses después, la revista *Les Temps Modernes* publicó una crítica de la obra que, aun siendo a todas luces tendenciosa e injusta (es sabido que Eliot, conservador y *High Church*, es considerado como un escritor "burgués"), no era, ni mucho menos, desdeñable. Pues bien: nuestros buenos amigos y finos críticos de *Insula* saltaron inmediatamente a condenarla. Después, en *Etudes*, revista muy estimable y nada sospechosa de los jesuitas de París, he visto ponderados muy sabiamente los méritos y los deméritos de la obra. Nada diremos de los primeros, porque es innecesario. Pero en cuanto a los segundos, pasando por alto el carácter completamente desdibujado de Peter Quilpe y lo injustificado y gratuito de la actitud de Lady Julia y Alex, conviene detenerse en el relato del martirio de Celia, "demasiado exterior al drama para no suscitar la ironía o la decepción de los espectadores" y narrado con una "ligereza chocante", propia de "juego de sociedad", "como si el autor quisiera hacerse perdonar de su brillante público tratar un tema tan escabroso". Pero lo peor, para mí, es la "evasión en el heroísmo de gran espectáculo". Compárese este grandioso, brillante, aparatoso final de una vida con los oscuros, sórdidos, claudicantes martirios de los personajes de Graham Greene, y se medirá, sobre estos dos ingleses, la distancia que media entre dos modos de entender la vida. Como ha visto con perspicacia el crítico italiano Luciano Anceschi, la época europea que transcurrió entre las dos guerras mundiales ha sido un "período de divertimento" señoreado por una "cultura de juego". Ahora bien: Eliot cae de lleno en ese período. Es verdad que, dentro de él, ha anticipado algunos de los motivos posteriores. Pero, pese a ello y pese al "culatazo" que sin duda ha recibido de sus sucesores—pues, como dice Valverde, "es muy frecuente que los poetas viejos reciban en su postrera etapa una influencia, sutil y transustanciada, del aire traído por las novísimas oleadas poéticas"—, Eliot, como cada uno de nosotros, queda, en un cierto sentido, anclado en su tiempo, aun cuando en otro lo trascienda duraderamente. En definitiva, *Cocktail party* es, ni más ni menos, que un *divertissement métaphysique*, como le llama el autor del artículo que comentamos. Y si bien Valverde se muestra tal vez unilateral en su enjuiciamiento de Eliot—paralelamente a la "evasión en el heroísmo" que antes comentábamos, él habla de un retroceso desde América a la vieja cultura europea y de una falta de valentía para intentar la poesía americana de hoy, que está por hacer—, creo que esta relativa injusticia es inevitable. Nuestro destino es afirmarnos frente a quienes gravitan excesivamente sobre nosotros y destacar así, con nuestra unilateralidad, la suya. Sólo otros hombres que vengan detrás y contemplen este tiempo nuestro a suficiente distancia podrán valorar en ellos y en nosotros, junto a lo caduco, lo que ha de ser perdurable.

Pero la poesía, el poema no sólo es expresión de la *Weltanschauung* (aparte de que, en muchísimos poetas, puramente sensoriales o afectivos, no puede hablarse de verdadera *Weltanschauung*). Por debajo de ella el poema es sostenido y alimentado por la *Stimmung* del poeta, su talento, el temple de ánimo del que emana. El poema—ha escrito Max Kommerell—es un símbolo del alma. Ella se manifiesta y revela, se expone y arriesga en él. No es que la poesía sea, naturalmente, puro estado de ánimo—muchos hombres pasamos o pasan por los hondos y auténticos estados de alma de los poetas, pero

no todos somos poetas—, sino estado de ánimo hecho palabra. Por estas tierras nuestras está ahora de moda venir a decir que poesía=metáfora. Pero ¿nos damos cuenta de que un poema es de “agua” o de “fuego”, de “tiempo” o de “tierra”, de “pensamiento” o de “sangre”, en un sentido anterior a las metáforas de que *hace uso* y más profundo que ellas? La poesía emana de un clima del alma y se vierte en singular o plural metáfora. Sería parcial no atender más que al talante. Pero también lo es dedicarse pura y simplemente a catalogar juegos metafóricos (esto equivaldría a incidir en una nueva *Retórica*, disciplina hacia la que caminamos a gran velocidad). La atención al *símbolo* puede salvarnos de una y otra parcialidad. Pues el símbolo cumple el milagro de significar lo que es y de ser lo que significa. Palabra y alma, metáfora y existencia se funden en él.

Valverde ha sabido beneficiar esta rica veta del subsuelo anímico en sus diversas variedades. El talante unas veces se muestra como un desnudo, indefenso, todavía caliente y recién brotado sentimiento de la vida: puro “encontrarse” en el mundo. Otras va cobrando forma, peso y decisión hasta hacerse un determinado “estar” en él. Puede oírse como un grito, un sollozo o un cántico emocionales, espontáneos, exteriores a la historia, como en el alba de la Creación; y puede también aparecer marcado por la época y la situación y por un acento reflexivamente ético. Vallejo, Hölderlin y Vivanco son estudiados por Valverde según estos distintos grados de fusión de la materia anímica; la derramada fluidez de Vallejo, la sonante incandescencia de Hölderlin, el frío, casi solidificado ardor, de Vivanco, son evidenciados en breves páginas de certera, sorprendente perspicacia crítica.

El tercer punto a que, según se anunció, queríamos contraer esta nota es el del lenguaje y la comunicación. Pero el tema requeriría tan amplios desarrollos, que será más prudente yugularlo mediante unas breves alusiones. José María Valverde ha compuesto su tesis doctoral sobre la teoría del lenguaje de Humboldt, y cuando ésta se publique, que será pronto, habrá ocasión de mostrar que ella, en lo que tiene de vivo, no es ajena a la armazón del libro actual. Conformémonos hoy con destacar eso que Valverde llama “el gran problema moral de la creación literaria”, es decir, si la poesía ha de orientarse hacia la palabra o tender hacia el silencio, y si estas dos direcciones son, en verdad, como intelectualmente parece, por completo antagónicas.

Hablando de San Juan de la Cruz y de Vivanco, ha dedicado Valverde muy bellas líneas al silencio ascético y al silencio místico, a esas diversas, equívocas maneras de callar, que son: bien el irse “borrando la palabra a sí misma a medida que se escribe, gritando su invalidez con más fuerza que su propio sonido, quedándose en términos de privación, de carencia o ignorancia” (prosa de San Juan de la Cruz); bien “vuelto ardientemente hacia la saludable realidad y usando casi con pinzas la desgraciada, incurable, apesada palabra nuestra”, que es “tomada con intencionado desdén, en un nuevo *mépris des mots*, como rehuyendo aposentarse y encarnarse en su cuerno de sonido, salvando intacta el alma, inagotable y secreta” (poesía de Luis Felipe Vivanco); o, en fin, el caso de la poesía mística de San Juan de la Cruz, cuando la palabra, “en vez de ahogarse, emprende el rodeo que cerque lo inefable y crea símbolos, figuraciones de lo trascendente, hermosos mundos imaginativos, que se alzan en pie, con vida propia, contradiciendo acaso la voluntad de negación de que nacieron”.

Pero esta zona de inefabilidad en medio de la cual vivimos, no es un área dada de una vez para siempre, ni tampoco una selva en la que, progresiva, aunque lentamente, vayamos penetrando. Uno de los más finos aciertos del libro de Valverde consiste en la claridad con que es vista la condición histórica de la *efabilidad* y la *inefabilidad*. Lo que el poeta puede o no puede decir se halla siempre en función de la historicidad. Hay épocas de plenitud poética, de señorío sobre su propio verbo. Otras, al revés. Por eso Bollnow ha podido decir que la poesía de Rilke no brota de la sobreabundancia, sino de la indigencia, pero que esta indigencia del poeta no es propiamente suya, sino condicionada y aun impuesta por la indigencia de su época. Así escribe Valverde que la tragedia de Antonio Machado fué la de quien "no pudo creer su propia profecía y vivir sobre la esperanza inventada por él mismo", y tuvo que limitarse a "dejar dicho lo que hubiera sido prematuro querer cantar"; análogamente, "quizá la grandeza de Eliot consista, ante todo, cabalmente en ser el gran poeta negativo, lo que se produce cuando no se puede producir un gran poeta"; y así también, la lección de Verlaine, con la que Valverde cierra el libro, es la de "mientras tanto", "seguir con lo mismo, pero ahora dicho de otro modo, con una mansa ironía en la raíz".

Valverde tituló su último libro de versos *La espera*. Ahora comprendemos en todo su sentido por qué y el estrecho vínculo que une su actitud poética y su actitud crítica. La poesía no es un hermoso fruto puesto desde siempre al alcance de nuestras manos y que podemos tomar cuando nos venga en gana con sólo ser capaces de extender bastante el brazo. No. Únicamente lo podremos alcanzar cuando, de consuno, haya madurado él para nosotros y nosotros para él. Poesía es *espera*. Espera de la edad, de la vida, de la historia. La poesía es un don temporal. No hacemos en ella lo que queremos, sino sólo lo que es temporalmente *posible*. El poeta, a caballo sobre la ola de su tiempo, se alza o se hunde, canta, balbuce o calla con él.

José María Valverde ha escrito un libro importante, tanto por su realidad como por sus promesas. Libro de gran agudeza, no exenta a veces de subjetividad. (Por su agudeza, y también por su subjetividad, a mí me recuerda otro, muy bueno, de Eugenio d'Ors: *Estilos del pensar*.) Libro, sin duda, ya lo dije antes, parcial. Valverde, gracias a Dios, demuestra no ser uno más en la reata de esos jóvenes-viejos "investigadores", tan sesudos y ponderados, que abundan hoy. Prefiere hacer honor a su juventud, que es la edad de la aventura en la acción y en el pensamiento. Hace bien.

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN

MEMORIAS INTIMAS DE AVIRANETA

En la brevedad de una nota no cabe el detenido comentario que pide el complejo libro de José Luis Castillo Puche. Libro de muchas facetas, requiere para su análisis crítico un artículo, por lo menos, estudiado y prolijo. Sirvanos, pues, la insuficiencia espacial de disculpa.

Creemos que, en principio, no es libro polémico este que José Luis Castillo Puche ha escrito sobre la vida y andanzas de don Eugenio de Aviraneta en la obra barojiana y en la vida real. Cruz de la misma moneda que puso en circulación don Pío, ni quita ni añade rasgo al personaje recreado por el ilustre novelista, aunque perfeccione y sutilice los de la figura histórica. Tal si a César, aprovechado para la ficción por Thornton Wilder, se le vuelve del revés con una biografía precisa y documentada; no medra ni empequeñece el César, ser de novela, y pasa a discusión de historiadores y eruditos el César visto desde el documento. Hacemos con esto referencia a esa supuesta "Réplica a Baroja" bajo el título del libro.

Y que sea o pueda ser cruz en la moneda barojiana es visión que mantenemos con Marañoñ, y que éste hace constar en el prólogo del libro: "Tiene el lector—dice—la impresión de que los dos Aviranetas, el creado por el novelista y el reconstruido por el historiador, son, en el fondo, el mismo estudiando conspirador." Nos apoyamos en palabras del mismo Castillo Puche, que denotan su buen tino en la excelente "Introducción", de la que hablaremos a renglón seguido, cuando echa agua al fuego de la polémica al afirmar que, "a fin de cuentas", es "antes barojiano que padrino del nuevo Aviraneta". Queda entonces la polémica, si la hay, planteada entre el autor del libro y los historiadores buscapiés.

En la susodicha excelente "Introducción", el novelista que se está esperando en Castillo Puche se nos muestra, pese a la limitación de páginas en que se desenvuelve. Aparecen los papeles que dan lugar al libro de un modo inesperado y barojiano: en vieja librería y en momentos de revolución. Momentos de revolución que alcanzan al autor de forma novelesca y le relacionan con un extraño, misterioso y significativo personaje llamado Fernán. Este Fernán, que es "como un Aviraneta al revés y, como éste, envuelto ya en el mito", según el prologuista. Mas Castillo Puche, acabadas las páginas de su "Introducción", calificada de "Divagación inútil, pero inofensiva", cambia de pluma e, investido de una indudable autoridad, nos lleva por una cordillera de documentos hasta don Eugenio de Aviraneta, vivo, coleante y agazapado en su época.

La primera parte—crítica—transcurre en una constante objeción a don Pío Baroja. Aquí hay "sagaces juicios" y apreciaciones importantes, tanto para el estudio de Aviraneta como de la obra de Baroja. Castillo Puche hace crítica literaria concienzuda y seria, aunque también le busque apasionadamente al Aviraneta novelado más errores que aquellos que, como dicen, ha de menester.

La segunda parte es la revisión histórica del personaje, y es donde el libro, cruzado de apostillas—delicadamente humorísticas a veces, terminantes otras—debidas a la pluma de Castillo Puche, se hace deliciosa lectura. A la letra de Aviraneta corresponde Castillo Puche con su prosa irónica, severa y hasta desgarrada.

La tercera parte es la prueba documental que tantos quebraderos y reveses ha reportado al autor del libro; quebraderos y reveses a los que hace referencia en un epílogo un punto más que gracioso y bien escrito.

Las *Memorias íntimas de Aviraneta*, dejando aparte lo que suponen de aportación al estudio del, al parecer, desconocido conspirador, son un ensayo de crítica literaria barojiana para, en el futuro, tenerse muy en cuenta. Limitar este libro, tan complejo, a una sola de sus facetas, está lejos de nuestra inten-

ción, pero queremos insistir en aquella que es ensayo, magnífico ensayo, de crítica barojiana.

IGNACIO ALDECOA

EL PEQUEÑO MUNDO DE DON CAMILO

Quien crea que *Don Camilo* (1) tiene pretensiones de anecdotario está en un error. Aunque Guareschi ha limitado "su mundo pequeño" a situaciones y diálogos chuscos, bien se ve que la intención del autor es casi "parabólica". Nunca se da el caso, ni podrá darse, del mundo que nos describe el poeta, pero sí que se da su intención, y tiene alto valor esta hipótesis dentro de una concepción intelectual y emotiva del asunto. Cristo no habla, y caso de hablar, su lenguaje no sería tan pintoresco, acomodaticio e intransigente como en el relato, pero la conciencia nos dice que a Cristo solamente estamos capacitados para escucharle y entenderle, si aparte del diálogo místico, íntimo, inexplicable, lo sentimos y notamos tan cerca como el "hermano mayor" que sabe nuestras travesuras antes de ejecutarlas. Guareschi hace que el Crucificado nos persuade y convenza, porque sus razones son las mismas que podría dictarnos un vecino experimentado al que no hay quien se la pegue. Es, cierto, un Cristo humano, el Cristo contingente (perdónesenos la expresión) que reclama el problema ocasional y accesorio del pequeño mundo. De todos modos, las minucias en las que Cristo interviene y parece perder el tiempo son temas trascendentales, porque siempre lo que se ventila en el fondo de estos litigios caseros o municipales es un conflicto de gracia, caridad, perdón, arrepentimiento, sinceridad, simulación, etc. Cristo está al tanto de lo que ocurre en la pequeña localidad y nada se le pasa. Los hombres serían motivo de risa si no tuvieran esa cosa secreta y clamorosa que es "la conciencia", que unas veces produce sensación de aleteo, cuando se sorprende en inocencia, y que otras se clava en tierra como una navaja en la arena. Esta predicación del Cristo a su cura, el primer "hereje" de la parroquia (seguimos pidiendo que se nos entienda), tiene un alto interés, toda vez que entre el párroco y Cristo brota el desahogo de un humor que, aunque pueda parecer irrespetuoso, en el fondo es bien sano. Literariamente, estas conversaciones de *tú a tú* pueden aceptarse, y no sé cómo se habrán resuelto en el cine. Creo que en película estos exámenes de conciencia deben acercarse al puro disparate. El contraste de un crucifijo que habla no es convincente; habrá de ser "caricatura" casi.

Don Camilo es un cura brutote, simple, inocentón y bárbaro. Va a la conquista de las "almas" como puede: con los puños, con los hombros y con el corazón. Don Camilo, por estar al frente de su grey, no consiente el ridículo y, mucho menos, la provocación. Las cosas del Señor deben quedar siempre en su sitio, es decir, inatacables, mejor dicho, victoriosas. No es posible que las "fuerzas del mal", sus revolucionarios y bucazos feligreses, vean titubear al que no sólo es sostén doctrinal y moral del vecindario, sino incluso aporte

(1) Giovanni Guareschi: *Don Camilo* (Un mundo pequeño). Editorial Guillermo Kraft Ltda.

físico. Las manos, por supuesto, están dadas en un sacerdote para bendecir, pero esto no quita para que con los pies pueda repartir algunos punterazos oportunos. El celo, este fervor apostólico, atrabiliario y bravucón, lleva a Don Camilo a actitudes violentas, casi de auténtico "resistente". En el fondo, esto no está mal del todo, porque Don Camilo, aunque él personalmente resulte algo insensato, representa, a fin de cuentas, un orden teórico y práctico cuya pervivencia hay que asegurar, como sea, frente a todos los caos imaginarios y reales. Los medios y procedimientos empleados por Don Camilo chocan, hacen reír y hasta pudieran indignarnos en algún momento, pero le salvan su candor y hasta su alarde de malicia ofensiva. Con un ametrallador *simbólico* escondido bajo la sotana, Don Camilo va pulverizando los peligros comunistas, la socialización de las ideas y la anarquía de los espíritus. En algunos instantes, Don Camilo es el prototipo del verdadero revolucionario, reaccionario ingenioso, que hace la revolución a costa suya, pero por vías "legales". Don Camilo hace alardes de energúmeno, pero su corazón es franciscano.

Pepón, el jefe comunista, es el tipo más convencional, aunque logra a ratos hacerse "simpático". Su papel pedagógico lo cumple Pepón magníficamente, y hasta llega a producir una sensación de sinceridad y angelicalismo inconcebible en un auténtico comunista.

Pepón es un personaje educador y congruente. Su dialéctica es amable, porque no está fundamentada en esquemas *extraños*, sino que es simple vibración de un sentido común, no comunista, bastante digno de reflexión y comentario. Pepón, a veces, habla como el cura y hasta como el Cristo crucificado. Yo creo que Guareschi, justamente por no haber querido *ir demasiado lejos*, ha entrado en las fronteras de la universalidad, que es donde no las hay precisamente. Buena lección de permanencia para Europa este cura y este moscovita, ninguno de los cuales está dispuesto a vender su alma ni su tierra. Buena lección para el comunismo aprender que altar y territorio son vallas insalvables.

Literariamente, *Don Camilo* es un primor. De tener ingredientes eróticos, Guareschi sería una especie de Boccaccio recentísimo.

JOSÉ LUIS CASTILLO PUCHE

LOS JINETES DE AMERICA Y SU LITERATURA

"El temor y asombro inspirados por los caballos de los conquistadores permitieron a un puñado de heroicos españoles conquistar todo un continente; y, más tarde, fué el *gaucho* del Río de la Plata, el *guasó* de Chile, el *llanero* de Venezuela, el *vaquero* de Méjico y el *cowboy* de los Estados Unidos, quienes, cabalgando sobre los descendientes de estos primeros caballos hispánicos, ensancharon las fronteras e hicieron posible el gran desarrollo agrario e industrial que siguió a las huellas de sus cascos."

Tal viene a ser la tesis que en un libro (1), primorosamente editado en

(1) "*Los jinetes de las Américas*" y *la literatura por ellos inspirada*. Edward Larocque Tinker. Editorial Guillermo Kraft Limitada, Buenos Aires, Rep. Argentina. Edición compuesta de 5.200 ejemplares numerados, quedando los 200 últimos fuera de comercio.

los primeros meses del año anterior por una famosa y casi centenaria empresa argentina, desarrolla el publicista estadounidense Edward Larocque Tinker.

Con un decir ameno de fácil lectura, está directamente escrito en nuestro propio idioma, que el autor, por haber residido muchos años en distintas naciones de la América española, domina con una corrección poco frecuente.

Esta convivencia, que le hizo sentir y querer a aquellos países—"mi amor por la América Latina", del que habla en distintas hojas—por su sinceridad, le lleva naturalmente a España. Y al tratarnos, aunque con titubeos de descubrimiento, lo hace con una honradez tan poco frecuente, que por sí sola, y sin provocar fastidio, tapa los defectos de información en que a través de sus páginas incurre. Los párrafos que anoto a continuación explican lo que digo:

"El *cowboy* norteamericano debió todo a España, no sólo el aparejo y la técnica de su oficio, sino incluso la necesidad económica que le dió el ser. Pues fué ella quien envió los primeros caballos y vacas a Norteamérica, y fué su progenie la que enriqueció a los mejicanos e hizo posible al charro. Más tarde, los jesuítas y los exploradores, en pos de almas y oro, los extendieron hacia el Norte, hasta que los rebaños de ganado y caballos competían por su existencia con el búfalo. En lo que hoy es Tejas, Nuevo Méjico, California y Arizona, los intrépidos primeros colonos establecieron misiones y grandes haciendas y enseñaron a los indios y mestizos a ser buenos vaqueros..." "Todavía hoy, en el suroeste de los Estados Unidos, el idioma corriente del *cowboy* está pintorescamente salpicado de palabras españolas. Lleva un "sombbrero" y "chaps" (chaparros), protege sus estribos con "tapideros", y su "lariat" (derivado de reata) termina en un "hondo"; cabalga un "bronco" cuando trabaja en un "rodeo" y lo disciplina con un "quirt" (cuarta). Su silla lleva "cinchas", "látigos" y "alforjas"; llama a su tropilla "remuda" y a los caballos de toda su hacienda "caballada", que frecuentemente abrevia "cavvy". Ha deformado la palabra "mesteño" en *mustang*, el término genérico para los descendientes de los caballos españoles, y "savvy" es la corrupción del verbo saber, palabra que todos comprenden y que ha sido admitida y recibida la canonización al ser incluida en el diccionario inglés de Webster. Al revisar una colección de más de tres mil vocablos empleados por los *cowboys*, he hallado que aproximadamente uno de cada quince son de origen español!" (páginas 43 y 94).

Divide Edward Larocque su libro en tres grandes capítulos: I. "El culto al gaucho y la creación de una literatura", con ilustraciones a todo color y en negro de E. Castells Capurro; II. "Charros, corridos y calaveras", con dibujos también en color y en negro de Feliciano Peña y J. Guadalupe Posadas; y III. "El *cowboy* norteamericano en la vida y en la literatura", con láminas y viñetas de Nock Eggenhoffer y Herbert Haseltine, partes cuyos títulos nos definen por sí solos lo que abarcan. Luego cada uno de estos capítulos se subdividen en una primera parte dedicada al hombre y su clima, y otra, en general más extensa, con interesantes y pintorescas observaciones destinadas a exponer la literatura inspirada por ellos.

No es fácil determinar, dentro de estas subdivisiones, cuál es la mejor lograda. El haber evitado—nos lo dice el autor—"una sucesión de nombres y fechas que empañan por completo la visión del desarrollo de una literatura" hace que la parte destinada a ésta se siga no sólo con facilidad, sino con creciente interés. Unos apuntes biográficos, una búsqueda tras posibles orígenes,

tal o cual comparación u observación oportuna cuando anda metido entre nombres de poetas, novelistas, músicos, dramaturgos y hasta directores de cine—que de todo esto hay—, rompe sin continuidad todo el aspecto monótono de tales exposiciones. Y así, el estilo ameno que indiqué al principio se mantiene hasta su última hoja.

Pero no se juzgue por lo expuesto que el mérito de esta obra reside únicamente en su amenidad. No; en su género, es un auténtico libro de consulta que supera a los que normalmente usamos por su gran formato; su letra, muy cómoda, y su reparto, natural y sencillo. Que reúne tres tipos de literatura que casi podemos considerar como clásica dentro del Uruguay, la Argentina, Méjico y Estados Unidos; que nos da en su texto bastante más que una introducción para el estudio de cada una de ellas, y que se redondea al final con una amplia nota bibliográfica—comprende las veintinueve últimas páginas—, perfectamente ordenadas, agrupando conjuntamente algo que hasta ahora andaba disperso, pese a su conocida semejanza, facilitando cualquier trabajo de investigación.

Para nosotros, tiene además este libro esa permanente vivencia en él de lo hispánico que debe aparecer siempre cuando se estudia a América, y que, sin embargo, únicamente surge cuando la tratan hombres de buena voluntad.

JUAN A. LIAÑO

EL MUNDO POETICO DE FERNANDEZ SPENCER

Primera aproximación

Conviene repetir que la concesión del Premio Adonais de Poesía correspondiente a 1952 al poeta dominicano Antonio Fernández Spencer es un paso más, pero bien significativo, en esa comunidad de la poesía de América y España, cuya existencia—¿a qué negarlo?—es frecuentemente más programática que real. Acontece que el mutuo conocimiento se realiza por una suerte de imposición—la de la fama, la del magisterio—, y son la madurez misma de la obra y su resonancia las que por sí solas se abren paso a través del clima espeso de nuestras “literaturas nacionales”. El poeta joven trabaja encerrado en su recinto insular, y es muchas veces en un mínimo ambiente sectario donde su obra encuentra eco, es decir, su misma palabra repetida idéntica y apenas sin contraste por amigos, colegas, compañeros de generación, etc. En cada país (y hasta en cada ciudad), así sean tan indiferenciados como los nuestros, existe en todo momento una temperatura poética dada, producto de diversísimos factores, y si se quiere huir de ella se corre el riesgo inverso: el de hallarse de pronto expatriado, sin raíces y sin ámbito para el intento creador.

Fernández Spencer no ha querido rehuir esta dimensión social de la faena literaria. A uno y otro lado del mar ha vivido—convivido—ese escolasticismo literario de los grandes y pequeños temas exprimidos por uno solo de sus costados, de los hallazgos modales rápidamente desgastados por la repetición, de los magisterios un poco gratuitos, de las influencias simultáneas y unánimes. Con la misma ardorosa paciencia ha compartido el desasosiego y la inqui-

sición que pone en su tarea el poeta verdadero, el fervor desorbitado por esa exigente creación que es la poesía. De esta familiaridad casi artesanal con el trabajo poético y de una segurísima apreciación para encontrar verdades tras el tópico y palabras entre la garrulería, creo yo que procede ese cuño especial de modernidad sin escándalo que tiene su libro (1). Sabe el poeta—selección intuitiva—qué tiene que decir; sabe también—lección aprendida—cómo hay que decirlo y a quiénes debe dirigirse. Por eso estos poemas se aparecen al lector (ignoro en qué forma los verá el crítico) como una voz que suena justa, que complace escucharla hoy mismo o esta noche o estos años. Este libro no incita a la profecía ni a la retrospección, no halaga a nostálgicos ni a utópicos. Sus páginas son, tan simplemente, sólo para leídas una y otra vez hasta posesionarnos de ellas. Y confiarlas luego, como todo lo hecho por el hombre, al tribunal definitivo de la memoria o el olvido. Porque están tan arraigadas en lo temporal, que no convidan en ningún momento a la evasión del “demasiado pronto” o del “demasiado tarde”. Dice Jean-Paul Sartre que es inútil querer adoptar una postura absoluta ante las obras de arte de nuestro tiempo, porque el crítico, por más que procure remontarse, siempre estará muy distante de la altura del historiador, que es a quien incumbe la sentencia final. Pero a nosotros nos corresponde dar también un fallo, por fuerza contingente y provisional, y hemos de darlo pensando en nuestra situación, en nuestros gustos, en nuestros problemas. En consecuencia, hemos de arriesgar, mirar a este contorno vital, y hacer con entusiasmo nuestra “apuesta” (2). Yo, lector, hice la mía, y también Fernández Spencer; por eso nos entrega este libro que, imagen de lo transitorio y cotidiano, trae consigo un noble impulso de duración y permanencia.

Es tanto más elocuente esta lección de modernidad cuanto que Fernández Spencer ha orientado su cultura y sus estudios hacia el mundo ambiguo de la filología y la historia literaria. En apariencia, es un tradicionalista, y con el mismo fervor conoce los maestros de los siglos de oro que los recientes maestros de anteaer. Con idéntica intolerancia profesa culto a Darío y a Machado que a Garcilaso y a San Juan, y ninguna Academia defiende con más celo “nuestro patrimonio poético” que él. Claro está que en el horizonte de la poesía española tan vivos están hoy Quevedo y Góngora como Neruda y Aleixandre, y que, tras tantas discusiones, parece que la única nota que todos convienen en aplicar al clasicismo es esa suerte de inmortalidad, ese rescoldo vivo que logra que, pasados los siglos, al calor de la vieja poesía, brote otra vez la nueva llama. Y el poeta, en su atadura temporal, se ha querido echar otro lazo, esta vez hacia atrás. “La tradición nunca calla; desde innumerables bocas sale su coral, profundo y lento, dirigido siempre por la misma voluntad de continuarse, de no morir. Muchos oídos se distraen y no la oyen por oírse a sí mismos; se creen que se lo saben todo. Pero ella sabe más porque está compuesta de la legión de los que supieron hacer, mientras que nosotros no pasamos de ser los que queremos hacer” (3). Lo dijo Pedro Salinas, y Fernández Spencer lo repite:

(1) *Bajo la luz del día*. Colección Adonais. Madrid, 1953.

(2) Cfr. el capítulo “La nationalisation de la littérature” en *Situations, II*. Gallimard. París, 1948.

(3) En *Jorge Manrique o tradición y originalidad*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1947.

*Soy. Yo soy. Canto. Estoy bajo este cielo
como un olmo gigante, como una gran canción
de ruiseñores, rezumante de dicha.
¿Nueva? Como es la hoja en primavera.*

(POEMA QUE NO TIENE NOMBRE.)

Vieja como la hoja en primavera, nueva como la edad del poeta, es también esta poesía ambigua, casi proteica, en su forma. Desde el octosílabo tradicional hasta el arriscado verso libre, caben todos los metros en *Bajo la luz del día*: endecasílabos, alejandrinos, eneasílabos, heptasílabos mezclados en diversas modalidades estróficas y reunidos sabiamente con sabiduría de poeta y de estilista. A veces, sin embargo, tal vez al influjo perverso de la forma, se quiebra el temple y el verso nace derrotado y nostálgico: "Dejad que en estas horas / la espiga más azul, el aire amigo, / jueguen con mi tristeza." (*No quiero que mi verso cante.*)

Pero a la larga resulta siempre más fuerte el motivo de la inmanencia. Es a esta realidad a la que canta, a este mundo que la poesía nos ayuda a dejar de mirar como extranjeros. Todo el amor se le proyecta a Fernández Spencer hacia lo mundano, y por eso su aproximación poética a las cosas que nos circundan es familiar y confiada. César Vallejo, permanente enamorado, hallábase, no obstante, sobrecoigido y sin sosiego entre las cosas: "las cuatro paredes albicantes", "los cuchillos de esta mesa", sus "órganos de llanto", sus propios húmeros, su misma corporeidad, se le hacían inconsistentes y extraños. Lo poseía un demonio metafísico, y anduvo por la tierra atormentado, "llorando el ser que tengo", buscando, como un antiguo griego, certezas ontológicas. Fernández Spencer, que conoce y admira largamente a Vallejo (4), ha conseguido, en cambio, una mágica convivencia con las cosas de su circunstancia, merced quién sabe si a su formación filosófica realista, a su religiosidad o al inescrutable misterio de la vocación personal. En un mismo amor se le funden la mujer y los objetos de su paisaje: "Yo te llamo con nombre de lluvia, / yo te digo adorado pozo de agua callada y mansa, / yo te digo laguna de mis penas..." (*Voy a escribir mis penas.*) Y lo repite en dos de los versos más hermosos del libro: "Igual mordedura doy a la rosa / y a la manzana y a tu boca." (*Amando bajo la muerte.*) Y sigue así, animando de la misma vida a una planchadora, al botón de su camisa, a la Isolda que él mismo no sabe si fué soñada o conocida, a la tumba de Pedro, al hijo y a Pilar: el objeto humildísimo y la criatura amada caben juntos bajo ese total impulso erótico, cuyo júbilo la muerte misma no puede interrumpir.

En este universo amoroso la muerte es un agente más, repentino y brutal. Pero el poeta sabe ya el precio del gozo y del amor y acepta la contrapartida. Sabe, además, que mientras él viva sus gentes y sus cosas jamás acabarán de morir. Es como el toro de que hablaba Pablo Luis Landsberg: que sale fiero y retozón al anillo y libra el combate perdido hasta el último momento, hasta tener frente a sí la certidumbre de la espada. "Así, en este mundo, todos abocamos a la muerte. Cualquier lucha contra ella es de antemano un fracaso. El esplendor de esta lucha no puede consistir en su resultado, sino sólo en la

(4) Cfr. en el número 14 de esta revista su magnífico ensayo "César Vallejo o la poesía de las cosas".

dignidad misma del acto. Lo Definitivo es lo Inexorable" (5). Mas la certeza no llega de súbito, sino lentamente, al ritmo que la vida le permite. Sin embargo, qué desolación cuando se atisba por un momento el final:

*...y los árboles también morirán con él, pero aún
conservarán su fuerza en el mundo.
¡Ah!, las mujeres vendrán a lavar al río sus blancos
senos de nieve,
y siempre habrá en el mundo mujeres,
y él estará siempre muerto sin remedio.*

¿Qué hacer contra esta certeza sino oponerle la única certeza igualmente fuerte que nos queda? Esta corpórea, deleznable evidencia de la propia vida en ascuas. La verdad de la boca ("Será licor mi boca más dulce que la muerte"), de la mano, del cráneo, del inquieto corazón. Y la otra riqueza de las cosas amigas, fieles, útiles, amables. Ahí quedan el poeta y su mundo. E escuchad, otra vez ha pasado la muerte:

*De nuevo suenan las puertas del mundo,
de nuevo el hombre abre las puertas de la tierra
y van amores dando tumbos, como barcos borrachos
en el mar. En la noche vienen a visitarme mis amigos,
y yo les digo apasionadamente: "Como veis, no estoy muerto todavía."*

HERNANDO VALENCIA GOELKEL

LOS CAMINOS EN LA HISTORIA DE ESPAÑA (6)

La monografía de Gonzalo Menéndez Pidal *Los caminos en la Historia de España* tiene un gran interés, por más razones de las que, delicadamente modesto, da el autor en el prólogo. Es posible que no se pueda escribir la Historia a satisfacción, porque su complejidad no es abaricable mientras se produce, y mucho menos una vez que ha pasado. Queda, a lo sumo, el fósil, la piedra y el dato; pero se han evaporado el alma y la sonrisa, la temperatura del cuerpo de cada hombre. Y, sobre todo, que el dramatismo, la urgencia que acompañan a la vida—otro nombre en la Historia—, desaparecen en el documento, el camino o el monumento, convirtiéndose un poco en espectáculo, objetivándose lo que fué, esencialmente, subjetivo y privatisimo.

La Historia, lo mismo que la Poesía, otra—aunque no la única—actividad histórica, es comunicación, como se ha dicho. Y comunicación no ya de obras o sentimientos, sino de medios, *a través de verso o camino*. Piénsese en que siempre se habla de los caminos de la Historia, de sus encrucijadas, de que el hombre es un transeúnte, un ser itinerante, algo que pasa. Y todo esto no es pura metáfora y sí una gran realidad. Mas para que acontezcan tales cosas se necesitan caminos, porque sin camino, senda o carril—incluso se habla de

(5) En *Experiencia de la muerte*. Editorial Séneca. México, 1940. Versión española de Eugenio Imaz.

(6) Gonzalo Menéndez Pidal: *Los caminos en la Historia de España*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1951.

los caminos del aire—, no se puede ir a parte alguna mas que a campo travesa. Y la Historia comienza con la creación de las ciudades y sus comunicaciones. Es más: “Mal camino no conduce a buen pueblo”, aunque sean cosas distintas la moral y la arquitectura.

Por estas razones, y por muchísimas más, *Los caminos en la Historia de España*, de Gonzalo Menéndez Pidal, es una obra necesaria. Desde la Vía Hercúlea, el primer camino romano en España, hasta las modernas autopistas y redes ferroviarias, ya un tanto arcaicas, la Historia ha ido por los caminos, haciendo caminos. Si prescindiésemos de los caminos, la Historia se petrificaría más aún, perdiendo su elemento de comunicación; se encastillaría, caída su dimensión dinámica característica: ser, y pasar haciendo un camino, o pasar sin dejar huella. Con exactitud, dice Gonzalo Menéndez Pidal: “Es indudable que la red caminera de un país puede considerarse producto de múltiples condiciones: sociales, económicas y culturales; pero no es menos cierto que la vida toda del país resulta, a su vez, condicionada por la red de sus caminos. El desarrollo de la riqueza material puede ser entorpecido por una mala caminería, así como el mejoramiento de las vías de comunicación lleva consigo el mejoramiento de la vida económica.” Claro es que, a su vez, aunque hoy no tanto debido al progreso técnico, la red caminera está en función de la geografía física de un país, como prueba G. M. P. en uno de sus interesantísimos y múltiples gráficos: la distinta manera de remontar la sierra de Guadarrama por la carretera de hoy o por la primitiva calzada romana.

Para ponderar el interés del libro de G. M. P., abundantísimamente ilustrado, repitamos sus propias palabras prologales: “La lengua, la literatura, el arte, la ciencia, la riqueza material de una tierra, están condicionadas en muchos aspectos por los enlaces camineros.” Y más todavía, en síntesis que no revela la utilidad del libro, a pesar de su claridad: “El camino ha dado origen a muchas ciudades: ha nacido junto al camino la mansión, la venta, que ofrece descanso al viajero; la venta establece, para subsistir, sus cultivos; en torno a la venta van surgiendo otras edificaciones; el camino acaba convirtiéndose en calle vertebral, de la que irradian o parten las futuras calles de la ciudad.” Aunque hay ciudades que se posan o alzan a la vera de un camino, más bien el camino es la ciudad que se pone en marcha, yendo, en sus hombres, a otras ciudades. Pero pensemos que el hombre puede ir de diversas maneras: a pie, a caballo, con el caballo herrado o sin herrar, atalajado de una u otra manera; en coche con tracción animal o mecánica; que el hombre va y viene por camino de herradura, por carretera, por vía fluvial o marítima; que el hombre marcha a la guerra, en viaje de estudios o de comercio. Y que los caminos tienen sus obstáculos, que hay que salvar mediante puentes.

Todo esto se estudia de modo documentado en *Los caminos en la Historia de España*: la confección de los caminos, la manera de salvar los obstáculos naturales, la clase y empleo del caballo o del carruaje en cada uno de los momentos de la Historia de España en las Edades Antigua, Media y Moderna. Mas España no se queda encastillada en sí misma, sino que sale al mundo a llevar más que a traer, dígame lo que se quiera. Y a los caminos en Indias dedica gran parte de su monografía G. M. P., y aquí, unos apartados a los caminos de las Indias por vía marítima.

Mezclando unas cosas con otras, veo unos cuantos problemas y temas de los que nos plantea la red ibérica de carreteras antes de Augusto: la caminería iberorromana en Estrabón; el carro primitivo; la red imperial romana;

los puentes; el itinerario Antonino; las calzadas romanas y la cultura; el período visigótico; características de la caminería medieval; la herradura, los estribos y el nuevo atalaje—generalizada, la primera, en Occidente, en el siglo IX; el segundo, común en España sólo en el siglo X; en cuanto al atalaje nuevo, que no ahoga al ganado y triplica su capacidad de tiro y camino, también aparece en el siglo X—; el camino de Santiago; el viaje del Arcipreste de Hita por la Sierra; los caminos de la Mesta; la Santa Hermandad y la seguridad en los caminos; los caminos en la guerra de Granada..., y muchísimos más, de sabroso interés, no ya para el historiador o el especialista, sino para el hombre culto o el mero curioso. Una de las gracias de este libro de G. M. P. es que une a su sencillez—lo digo como dominio, no como eutrapelia—la exactitud del dato y la precisión terminológica.

En *Los caminos en la Historia de España* la Historia está viva, en lo que cabe. Este libro enseña muchísimas cosas que no sospechábamos antes de él y rehabilita unos temas de apariencia humilde, cargados de significación: “que por una herradura se puede perder un reino”. El supremo complejo que es la Historia no es duelo de ideas y sentimientos, y aunque lo fuera, se da en sitio y tiempo determinados, con sus peculiaridades de vida, de formas de vida, con sus muebles, sus comidas, sus transportes propios, su seguridad o inseguridad. Hoy, por esta estupidez progresiva del heredero o del que manipula el artefacto sin saber más de él, podemos pensar que todo estaba hecho desde el primer día—las gafas, la aspirina, la asepsia, los antibióticos, la calefacción, las bombillas o la televisión—. Este libro de G. M. P., precisamente sin proponérselo, manejando honestamente datos, revela a nuestra admiración el maravilloso esfuerzo creador del hombre. César o Napoleón no pudieron usar el automóvil que utiliza hoy el último tocinerero, por la poderosa razón de que no estaba inventado todavía, a pesar de su genio indiscutible o discutible. Cervantes o Dante no pudieron hacer fin de semana a trescientos kilómetros de su residencia habitual, porque, aunque se lo hubiese permitido su economía, no lo consentía la técnica—ni la carretera ni el carruaje—de sus respectivos tiempos.

Y es que aunque Gonzalo Menéndez Pidal tome con modestia su trabajo, *Los caminos en la Historia de España*, sin ser todo lo completo que nos anuncia, da más posibilidades al conocimiento y a la meditación, no ya sobre la Historia de España, sino sobre el hombre y sus creaciones, que muchos empingorotados trabajos muy jaleados. El material acumulado en cuanto a bibliografía, planos, mapas, grabados y dibujos, es de una indiscutible utilidad.

RAMÓN DE GARCIASOL

ASTERISCOS

UN ARDID INSUFICIENTE

* * * Cuando en 1950 publiqué mi libro *Ortega y tres antípodas*, algunas personas, que tal vez llevaban años buscando algún procedimiento para acabar con mi modesta labor intelectual, creyeron haberlo encontrado. Bastaría para ello con escribir, llevando hasta el límite la tergiversación, sobre Ortega, sobre la filosofía de la razón vital o sobre sí mismo. Yo dedicaría mi tiempo a comentar sus escritos, mostrar sus incoherencias y falsedades; y como lo primero es fácil y ellos son muchos más que yo, que sólo soy uno, mi jornada entera, por larga y afanosa que fuese, estaría invertida en esa enojosa y aburrida faena. La consecuencia inevitable, mi desaparición—nada importante, por supuesto, pero al parecer deseada por algunos—del escenario filosófico.

Pero no es probable que caiga en esa trampa, demasiado ingenua hasta para mi sólo relativa ingenuidad. Más que por nada, porque esa tarea es estéril y aburrida. Si me la impuse por una vez fué sólo para estudiar y diagnosticar una dolencia social y contribuir así a su posible curación. No se olvide que el subtítulo de mi libro es *Un ejemplo de intriga intelectual*; y sólo ese carácter lo justifica. Pero, naturalmente, con un ejemplo, cuando es suficientemente amplio y complejo, basta.

Al volver de América, algunos amigos me han dado cuatro largos artículos del P. Oromí, publicados durante mi ausencia en la revista *Verdad y Vida* (revista de las ciencias del espíritu, publicada por PP. Franciscanos bajo los auspicios del Ministerio de Asuntos Exteriores, Relaciones Culturales y Obra Pía). Yo creía que el P. Oromí era veraz, discreto y hasta amigo mío; pero, naturalmente, nadie está libre de un error, ni siquiera de tres. Sus artículos se titulan: "Una lección de lógica orteguiana" y "Glosas orteguianas" (una serie no sé si conclusa). En total, 153 páginas. No se espere que entre en su análisis y discusión, por la razón antes dicha y, sobre todo, porque cualquier semejanza entre los párrafos del P. Oromí y un enunciado inteligible es pura coincidencia. Sólo quisiera hacer constar que me parece incorrecto utilizar como parapeto un hábito venerable si los hay y protegerse las mejillas con el Código de Derecho Canónico. Porque el P. Oromí, que según dice es filósofo y teólogo y se ocupa en buscar las causas de que la cultura española no sea lo bastante católica, escribe en el estilo de que son muestra las frases que a continuación copio:

"Lo que jamás hubiera sospechado el buen Estagirita es que, al correr de los tiempos, llegaría la hora en que sería juzgado como sofista y condenado como filosofastro, mientras que sus enemigos, los sofistas, serían ab-

sueitos como verdaderos filósofos... Y esta vez se han erigido en jueces de Aristóteles los orteguianos; no *proprio Marte*, ciertamente, sino empujados por ese fenómeno especial que se llama "la rebelión de las masas" y que conduce siempre a lo mismo: a que el hombre-masa sea el juez del hombre-selecto. "O los orteguianos se han conchabado con el autor de la ley histórica o ellos mismos han hecho esta ley a su imagen y semejanza, es decir, a su gusto." "Las características de este sentido común avisado del 1952, en contraposición a las señaladas anteriormente, son: 1.^a Las cosas no existen realmente tal como aparecen a los sentidos, y a pesar de su manera de aparecer: a) aunque aparezcan delimitadas o circunscritas, no lo son; b) aunque aparezcan cualificadas, no lo son; c) aunque aparezcan movibles, no lo son; d) aunque aparezcan permaneciendo lo que son, no permanecen. 2.^a Además de las cosas que aparecen a los sentidos, no se cree que existan otras. 3.^a Nosotros tenemos el conocimiento de lo que son las cosas, y nos comportamos según lo que ellas son; pero este ser de las cosas es el ser que nosotros les damos." "Esa acción de ir siguiendo la realidad histórica y cortándole nuevos trajes se llama razón vital—como podría llamarse razón modistal la acción del modisto que crea nuevos modelos—." "En esta puerilidad han incurrido los orteguianos, con originalidad muy propia también del modisto de París, y que constituye una nueva puerilidad, de que ante esas dos dimensiones históricas han dicho mirando al porvenir: ni falda larga ni falda corta, sino pantalón." "Creemos que existen las mismas razones, o la misma razón vital, para dar el premio Nóbel a Ortega y Gasset, por ejemplo, que al jefe de los carteristas del Manzanares." "Una vez firmada la partida de defunción de la razón eterna, los orteguianos han visto surgir del abismo, como un monstruo, la eterna sinrazón, el caos; y entonces fué cuando repitieron a coro lo del enfermo de Ciempozuelos: "Entre la vida y la muerte, preferimos la carne de membrillo." La vida, claro está, es el caos, la muerte es la razón y la carne de membrillo es la razón vital que se atiene a las circunstancias."

Podría seguir citando, justamente, hasta 153 páginas; pero los lectores tienen derecho a que no lo haga. Podría insistir en que el P. Oromí escribe una docena de veces "einstaniano", y "logical", y "asesinio", y para que veamos su dominio del alemán, atribuye a Husserl—que lo hablaba desde pequeño—el lema *Im den Sachen selbst!* (sic). Pero nada de ello, en rigor, interesa. Sólo quiero recordar que el P. Oromí termina el primero de sus artículos con estas palabras: "Sabemos de antemano que se nos reprochará de que no hemos comprendido el pensamiento orteguiano, y de que más de una vez lo hemos torcido hacia una interpretación que no es exacta, aunque sea legítima. *Así lo creemos, en efecto*; pero creemos también que, en parte al menos, son responsables de esto las actas o los escritos de sus autores, además de que la interpretación de un sistema, señaladamente cuando se trata de un sistema de tanta movilidad, *no puede ser un monopolio*. Sólo pedimos a Julián Marías que no nos meta entre los tres antípodas como un cuarto mosquetero más; aunque sí nos consideramos entre los antípodas de la razón vital." (Los subrayados son míos.)

Está claro. Se trata de decir *cualquier cosa*. Pero ¿para qué?—se preguntará el lector medio—; y esto, que también está claro, en el fondo no lo es para todos. El P. Oromí—con evidente deseo de gozar de un apéndice en la segunda edición de mi libro—alude a los "antípodas"; pero como él

mismo se sitúa, prefiero dejarlo donde él lo hace: "entre los antípodas de la razón vital", que es, como he dicho varias veces y el P. Oromí cita, "la razón sin más".

JULIÁN MARÍAS

EL HOMBRE SIGUE SIENDO HISTORIA...

* * * Sí; el hombre es historia. Y en la ocasión actual nos place recordar este feliz pensamiento orteguiano, por unas fechas en que un amplio grupo de intelectuales hispánicos se propone rendir un homenaje—¿qué otra cosa sino intelectual?—a nuestro Ortega; ahora, cuando el viejo pensador alcanza holgadamente la setentena, en el mismo año—1953—en que también se cumple la jubilación oficial del maestro como catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

Sí; el hombre es historia, su historia; y la Humanidad es la historia de los hombres, de todos los hombres como sujeto histórico colectivo. Pero ¿quién escribirá esa historia de los hombres, de la Humanidad?

En el último número de la revista *Noticias de Educación Iberoamericana*, de Madrid, se publica una magnífica información de primerísima mano acerca de la famosa y hasta ahora desconocida *Historia científica y cultural de la Humanidad*, programada por la U. N. E. S. C. O. Hace ya bastantes meses, casi rozando el año, que en algún periódico de lengua castellana apareció una escuálida información sobre esta inusitada historia de la Humanidad, presentada como un vastísimo mosaico, en cuya fabricación por piezas colaborarían muy destacados especialistas de todos los países. Aparte de la elección de estos "redactores" de la historia del género humano, considerada desde muchos flancos de la crítica como parcial, e incluso "dictada" por otros móviles extraculturales y científicos, se puso en tela de juicio la calidad conjuntivocultural del mosaico a la hora de sumar los resultados totales de la obra en una deseada unidad.

Quizá no fuese todo hablar por hablar en aquel entonces. Hoy, tras el informe del profesor Paulo E. de Berrêdo Carneiro, presidente de la Comisión Internacional para la composición de la *Historia*, se han aclarado al parecer algunos de los aspectos, entonces turbios, relativos al espíritu de la obra y también a la supuesta parcialidad en la selección de los historiadores citados.

Por de pronto, y ante las reservas manifestadas por los medios católicos, el profesor De Berrêdo sostuvo audiencia con Pío XII, acordándose a continuación el nombramiento de monseñor Blanchet, rector del Instituto Católico de París, y del P. Mossino, redactor-jefe de la *Civiltà Cattolica*, de Roma, como miembros correspondientes de la Comisión. El espíritu de la debatida *Historia* responde, según se ha informado, no a puntos de vista *confesionales* o *anticonfesionales*, sino a fines *descriptivos de absoluta objetividad*. No se trata de una filosofía de la Historia, sino de un "balance auténtico de los principales hechos científicos y culturales que jalonan toda la historia de la Humanidad". El movimiento histórico promovido por el Cristianismo y por la Iglesia Católica "es tan grande y tan bello, que nada puede desfigurarlo o disminuirle", dicen desde la U. N. E. S. C. O.

La *Historia* se estructurará en seis grandes apartados:

- a) Características esenciales de los diferentes pueblos del mundo en el pasado y en el presente.
- b) Desarrollo de las relaciones entre los pueblos, que han permitido que éstos se conozcan mutuamente y comprendan su fundamental unidad.
- c) Progreso de la ciencia y de sus aplicaciones.
- d) Movimientos religiosos e ideológicos.
- e) Realizaciones artísticas y literarias.
- f) Principales transformaciones acaecidas en las condiciones de existencia de la Humanidad como consecuencia de su desarrollo científico y cultural.

Contemplado este vastísimo plan en su conjunto, se observa inmediatamente la decidida tendencia de la *Historia* a eliminar cuanto en la del progreso de la Humanidad se refiere a la guerra. El espíritu, común denominador de esta obra, podría definirse como el de la *superación de las guerras*, a la espera de la consecución de ese ideal e idílico edén futuro, en la que la hermandad humana sea una realidad colectiva sin excepción. Quizá haya que aguantar sobre los ciento cincuenta años hasta conseguirlo. Mientras tanto, edificar una *Historia cultural*, y sobre todo *científica*, sin contar con el hecho real de la guerra, parece, desde luego, parcial, aun cuando las guerras humanas lleguen a tratarse en cada caso desde su mera anécdota.

Echando una ojeada a los miembros correspondientes, que serán probablemente, si no los redactores definitivos, sí los suministradores del material base para cada apartado histórico, se observa que Hispanoamérica está representada por Argentina, Colombia, Cuba, Filipinas, Honduras, Méjico, Perú, Uruguay y Venezuela.

En cuanto a los correspondientes españoles, en número de nueve, ya no tienen el honor de entrar en lista algunos de los primitivos. Citemos como ejemplo de estos últimos a Madariaga, eliminado de la *Historia científica y cultural de la Humanidad* quizá por sus interpretaciones de la Historia europea desde el *College d'Europe* o posiblemente también por su análisis de la figura de Bolívar, lo que en toda América le ha valido una general repulsa.

He aquí los nombres de los correspondientes españoles: Duque de Alba, Claudio Sánchez Albornoz, Antonio García Bellido, Ciríaco Pérez Bustamante, Francisco Cantero, Emilio García Gómez, Duque de Maura y Ramón Menéndez Pidal.

C.

DIATRIBA CONTRA LA CRITICA LITERARIA

* * * La aparición de cualquier libro importante viene a confirmar, entre nosotros, siempre, lo necesitados que andamos de una crítica literaria verdadera, honrada y profunda y lo sobrados que andamos de "pasteleo" a la hora de criticar. Mientras la crítica se dedique exclusivamente al halago, a la pelotilla y al juego de adjetivaciones ditirámicas, evidentemente que los libros importantes pasarán perdidos, uno más, con los mismos adjetivos aplicados—aunque en este caso exactamente aplicados—entre un montón de morralla literaria. El canon benevolente que la crítica se esfuerza en aplicar está

provocando un clima de confusión literaria tan agobiante, que empieza ya a oscurecer de manera alarmante el porvenir de la literatura española.

No se trata de solicitar esa otra especie de crítica, tan injusta y perjudicial como la actual, que se goza en el varapalo y adopta siempre un tono ceñudo y unas maneras catilinarias. Tampoco es esto. Se trata de pedir una objetividad y una justicia manifiestas. Ya sabemos que ambos términos son, en las obras humanas, muy relativos, pero que exista, por lo menos, la preocupación por alcanzarlos.

¿Qué causas producen este benevolente tono que tiene nuestra crítica? La primera de todas, y la más importante, es la comodidad. Al crítico tenemos que imaginárnoslo sentado en un sillón, alto, con aspecto de juez sonriente, que comenta los libros que los siervos-escritores traen hasta sus manos. El nunca se mueve de su sillón, él no buscará los libros. ¿Para qué? Le basta con los que le envían. Pero ese sillón tiene las patas muy delgadas, es fácilmente derribable. Y por eso los que lo rodean gozan de un trato tanto más favorable cuanto menor sea la proximidad. Si conviene de cuando en cuando el gesto adusto, lo tendrá para con los escritores más lejanos, para los que empiezan, para los que no entran en el círculo más íntimo. Por otra parte, el ruido de los fieles a sus pies le impide el trabajo de leer con detenimiento, con gozo. Tiene que elegir el camino más sencillo: una ligera ojeada, y adelante.

La segunda causa pudiera ser la falta de precisión en los conceptos. El crítico procura hablar en clave. (¿O es que ése es el lenguaje de los más allegados a él?) Entonces aplica una tabla de valores que poco tiene que ver con lo literario, una serie de adjetivos válidos para el estilo y completamente inocuos, y ya sin compromiso alguno, pergeña unos cuantos renglones sobre el optimismo o el pesimismo, el estilo aéreo, denso, cuidado, abandonado, y una conclusión final donde siempre hay que esperar futuras obras del autor o se recuerdan sus obras anteriores. Y ya está.

Otra causa bien pudiera ser, y va incluida en la primera verdaderamente, la pretensión de no meterse en líos. Ya se sabe que los escritores son gente demasiado susceptible, que suelen tomar las cosas como un insulto dedicado a su persona. Por tanto, y como el crítico convive con estos escritores en la raquítica vida literaria madrileña, lo mejor es dorar la píldora y dejar que las aguas corran. Ya se sabe que el tiempo es el auténtico valorador; demos tiempo al tiempo y no pretendamos corregirle la plana con anticipación.

La crisis de la crítica tiene que preocuparnos. No sólo por ella en sí, sino, repetimos, por el funesto porvenir que pueda acarreararnos. A la literatura española en primer lugar, mas también a los buenos escritores, siempre en peligro de perecer ahogados en un océano de confusión, mezclados con escritorzuelos y sin posibilidad de lejana salvación si no es fruto del azar más insospechado.

M. A.

* * * El *Otelo* de Orson Welles, recientemente estrenado en Madrid, es una película que tiene su gracia, su importancia y su sentido. Los devotos de Shakespeare puede que hayan fruncido el ceño. Les habrá parecido, quizá, poco serio el vaivén de la cámara—esa cámara movilizada por Welles, y a veces como enloquecida, a la busca del extraño encuadre, del original ángulo, de la fantasmagórica perspectiva—en torno a la negra figura de un *Otelo* retratado desde todos los puntos posibles del espacio. Y, sin embargo, no es para ponerse así. Los respetables devotos de Shakespeare están en su derecho de reclamar para sus tragedias la pureza y la simplicidad que acompañan a la palabra cuando es pronunciada sobre las venerables tablas del escenario teatral. Pero para que la emoción vaya por esos cauces es preciso, naturalmente, ir al teatro. El cine es otra cosa. El cine es, pienso, una forma popular del teatro: una forma que exige el difícil acoplamiento de elementos técnicos y distintas y a veces encontradas fuerzas: una forma, desde luego, noble y llena de las más estupendas posibilidades. El cine es, precisamente, lo que nos están diciendo con sus obras los Orson Welles y compañía.

Y hay que alegrarse de que el cine haya llevado el teatro hasta los más lejanos y oscuros barrios de las ciudades, donde por 1,50 vemos dos películas y a los niños se les prohíbe expresamente orinarse en las butacas. Porque eso es lo que, a fin de cuentas, ha hecho el cine: difundir el teatro y servir a su propaganda. *Romeo y Julieta* y *Hamlet*—y dentro de poco *Otelo*—son ya mitos familiares para los públicos de los apartados barrios, para los públicos que nunca hubieran podido desplazarse al centro para ver, a 40 pesetas butaca, *Romeo y Julieta* o *Hamlet* o *El sueño de una noche de verano*. La función del cine, en este sentido, tiene la importancia que nosotros concedamos a ese extraño capítulo que se llama “difusión de la cultura”. (Porque la verdad es que, al margen de esa función difusiva, el cine—y, por supuesto, su principio: el teatro—tiene otras muchas cosas que hacer.)

Decíamos que el *Otelo* de Orson Welles era gracioso e importante. En efecto, tiene gracia artística y una cierta importancia experimental. Escribimos “gracia artística” para anotar que no se trata, como alguien ha dicho, de una pura truculencia cinematográfica. Y añadimos “importancia experimental” porque suscita en nosotros, y con seguridad habrá suscitado en los profesionales, una más o menos profunda reflexión sobre los supuestos del trabajo cinematográfico, sus peculiaridades, la anchura de su campo de acción y sus posibilidades técnicas, puestas a prueba—y, a veces, en situaciones de límite—por Orson Welles, en este *Otelo* que, como también decíamos al principio, tiene sentido. Que no es, queremos decir, una obra hecha a tontas y a locas.

ALFONSO SASTRE

* * * Todos los universitarios españoles recordarán la revista *La Hora*, que en los años pasados movió el campo intelectual, literario y político, amén del universitario, de nuestros estudiantes. No todos, sin embargo, recordarán los años 1947-49, en que aparecieron, mensualmente, los veinticuatro números redondos de la revista *Alfárez*. Precisamente no hace mucho que otra revista, *Correo Literario*, publicaba varios artículos críticovalorativos sobre *Alfárez*, quizá coincidiendo con la salida al público de cierto libro, *Los diálogos perdidos*, cuyo autor, Rodrigo Fernández-Carvajal, fué motor destacadísimo de aquella revista sin precedentes, en cuyas páginas aparecieron muchos de los artículos que después han pasado a engrosar los cuadernillos reposados y transparentes de *Los diálogos perdidos*.

Quizá *Alfárez* tenga mucho de relación con *La Hora*; lo tiene, indudablemente, su formato, su estructuración tipográfica, su decorativismo de grabado lineal, sus viñetas y paisajes delicados. En cuanto a su contenido, y pese al tono siempre mesurado de *Alfárez*, la acometividad de *La Hora*, por obra de su primer director Jaime Suárez, y quizá más fuertemente por obra de su segundo, M. A. Castiella, fué su versión combativa y realizadora de muchas de las ideas vertidas con mesura y suavidad literariamente perfectas, aunque hubiera colaboradores de *La Hora* que abominaran del gesto equilibrado y de aquella "gravidad" que, si en *Alfárez* fué combatida, ha sido aceptada unánimemente, cinco años después, en *Los diálogos perdidos*.

De *Alfárez*, pasando por *La Hora*, llegamos, en enero de 1952, al primer número de *Alcalá*, la revista universitaria española que hoy cumple su primer aniversario. Con el mismo director al frente, *Alcalá* supera grandemente a *La Hora*, convirtiéndose en una magnífica revista por muy varios conceptos.

No es el menos importante, en esta época de publicaciones desangeladas, su aspecto tipográfico, su ropaje tan acertado. En ello sigue siendo digna sucesora de *Alfárez*, pero con más calor, con más gusto decorativo, quizá con más dedicación o preocupación por la estética visual de su bien equilibradas páginas. Su portada es un verdadero acierto de conjunción de masas y letras, de cabeza y texto. Con que cuidaran un poco más el matiz del color, sería perfecta.

Alcalá tiene en su haber el hecho de ser el lugar de la polémica juvenil y ajustada a las necesidades de la vida universitaria actual. La reforma de la enseñanza, en su grado universitario y en aquellos otros relacionados vivamente con él, ha sido planteada agudamente en cada uno de los veinticuatro números aparecidos, consultándose cuantas voces autorizadas podían aportar ayuda a tan delicadas cuestiones. Desde los rectores universitarios hasta los alumnos, pasando por catedráticos y profesores, han desfilado por *Alcalá*. Y en el número que cumple el año, el propio ministro de Educación Nacional, con la pluma personalísima de Joaquín Ruiz-Giménez, ha puntualizado, "entre el dolor y la esperanza", el talante espiritual de la gran familia universitaria hispana.

La parte literaria y artística, la poesía y el cuento, la crítica y la creación, los aspectos sociales de la vida intelectual, los problemas religiosos, los que plantea actualmente la ciencia desde la Universidad y muchos otros grandes temas han sido iniciados por *Alcalá*.

Y no se ha olvidado—cómo habría de ser—el tema hispanoamericano, en

el que han colaborado conjuntamente firmas de universitarios españoles y otras de hispanoamericanos que cursan estudios en la Universidad española, cooperando a la mejor comprensión desde España de las cuestiones espirituales de Hispanoamérica.

Una buena y prometedora revista que ha sabido recoger lo bueno de sus predecesores, ampliando grandemente sus posibilidades y su eficacia, e incorporando a sus sumarios auténticas plumas universitarias.

E. C.

"POESIA DE AMERICA"

* * * En Méjico, dirigidos por H. I. Magaloni y Gustavo Valcárcel, han aparecido, desde mayo-junio de 1952, los primeros números de *Poesía de América*. El fin de la revista es, en principio, asumir la representación poética del continente. Así se señala en las palabras iniciales: "Aspiramos a convertirnos en expresión de la contemporaneidad poética de América." El intento es tan generoso como vasto. Se excluye, al parecer, todo partidismo ideológico poético: "No formaremos escuela ni cenáculo. Cada autor será responsable de su creación." El título de la sección "España en el destierro" tiene, sin embargo, cierto polémico aire de partido, que resta valor a la declaración de poética imparcialidad de los editores. Pero apenas se trata de un detalle. La revista puede ir dando la actualidad creadora de América paso a paso. Desde este punto de vista, su labor como antología viva y renovada puede resultar extraordinariamente interesante. Los dos primeros números de *Poesía de América* resultan, sin embargo, extremadamente desiguales por la calidad del material reunido. Claro que la labor de estos laboriosos recolectores de la poesía continental no es fácil. Justifica hasta ahora la revista la presencia de poetas tan significativos del actual momento americano como Neruda, Reyes, Maya, Gabriela Mistral, Carrera Andrade, González Martínez, Gilberto Owen, Juana de Ibarbouron, etc. Nuestra atención, sí verdaderamente desasida, se ha fijado con especial interés en los poemas de algunos españoles—Clariana, Giner de los Ríos, Rejano, etc.—, cuya obra, por determinadas circunstancias históricas, apenas conocemos en la Península.

J. A. V.

I N D I C E

INDICE

Páginas

BRÚJULA DEL PENSAMIENTO

DAUPHIN-MEUNIER (Aguiles): <i>Evolución actual de la economía europea.</i>	3
MORAÑA (José Manuel): <i>Siqueiros y Tamayo o la encrucijada de la pintura mejicana</i>	25
FERNÁNDEZ-MIRANDA (Torcuato): <i>Actitud ante "Clarín"</i>	33
FRAILE (Medardo): <i>Las profesiones</i>	49
FAY (Bernard): <i>Nuestro tiempo como fin del Renacimiento</i>	56

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

El latido de Europa:

Claridad y confusión en el concepto de Europa (65).—Una estocada a Lantréamont (69).—La ciudad se defiende (70).—Claude Arvaud en <i>Ars</i>	73
--	----

A remo hacia las Indias:

El problema histórico de América (75).—Sobre Guillermo Valencia (77).—Nuevas revistas (79).—Política y literatura (80).—La Biblioteca Nacional de Colombia	83
--	----

España en su tiempo:

Los diálogos perdidos (85).—Presencia de Andrés Segovia (89).—Estreno de <i>El Cónsul</i> , en Barcelona (90).—Buenas "noticias" desde Madrid	90
---	----

Bibliografía y notas:

Filosofía y crítica de poesía (92).—Memorias íntimas de Avirane-ta (98).—El pequeño mundo de don Camilo (100).—Los jinetes de América y su literatura (101).—El mundo poético de Fernán-dez Spencer (103).—Los caminos en la Historia de España.	106
--	-----

Asteriscos:

Un ardíd insuficiente (109).—El hombre sigue siendo historia (111).
Diatriba contra la crítica literaria (112).—El *Otelo*, de Shakespeare-Wells (114).—*Alcalá* ya tiene un año (115).—Poesía de América 116

Portada, dibujos y viñetas del pintor español Ignacio Gárate.—En páginas de color, sección *¿Adónde va Hispanoamérica?*, se publica el trabajo de Claudio Esteva Fabregat *Panorama de la antropología mejicana*.

¿ADONDE VA HISPANOAMERICA?



MADRID

1 9 5 3

DENTRO DE LA INTENCIÓN COLOQUIAL ESENCIALIZADORA DE NUESTRA REVISTA, DE SER CAUCE ABIERTO Y TRANSITABLE PARA LA EXPRESIÓN DE INTELLECTUALES Y ARTISTAS DE AMÉRICA Y DE EUROPA, ESTA SECCIÓN SIGUE RECOGIENDO TRABAJOS DE INTERÉS SOBRE CUESTIONES ENTRAJABLES DE NUESTRO TIEMPO. NOS COMPLACEMOS EN PUBLICAR HOY UN ESTUDIO SOBRE LA ANTROPOLOGÍA MEJICANA, DE CLAUDIO ESTEVA FABREGAT.

PANORAMA DE LA ANTROPOLOGIA MEJICANA

POR

CLAUDIO ESTEVA FABREGAT

Méjico es un país de profundas raíces indígenas. Contiene dentro de sus límites una serie de puntos geográficos esparcidos a través de su territorio que representan islotes culturales peculiares: las comunidades indígenas.

La población puramente monolingüe—que habla exclusivamente una lengua indígena—asciende, según el censo de población de 1940, a 1.237.018 individuos. Esta población monolingüe no expresa el total de gentes que en el país son, en lo cultural, exclusivamente indígenas. En este sentido, se estima que las personas de cultura y modos aborígenes se aproximan a los seis millones de habitantes.

En el marco de la vida nacional, más o menos homogénea, representada en su tipo ideal por la cultura urbana, y la rural, en sus aspectos dinámicos de aceptación de tipos modernos de existencia, se desenvuelve una heterogénea reproducción de formas culturales privativas y peculiares, indígenas, que pululan tristemente su miseria y su atraso dentro de un cuadro de patologías congénitas ambientales.

Desde un punto de vista antropológico, representan posibilidades vivas de investigar configuraciones expresivamente tradicionales y folklóricas. Los componentes básicos de su personalidad son un aliciente para reproducir copias de aquellas facetas que corresponden por su naturaleza al alma primitiva. Al acercarse uno a la íntima significación de cada símbolo de la conducta aborígen, se encuentra con un engranaje psicodinámico tan contrastante que, de inmediato, se comprende la profunda diferencia que separa a la mente indígena de la moderna cultura mejicana. Desde este ángulo de orientación, el indígena está anclado en las vías marginales del desarrollo nacional. Es un ente avaro de sus tradiciones y, desde luego, abreviado en un

pequeño circuito centrípeta y circunscripto.

Hasta hoy, cada estudio científico realizado en alguna zona indígena comprendía resultados puramente descriptivos o teóricos, pero ninguno de estos análisis aspiraba a un fin directamente humano, como hubiera sido si en lugar de concebir cada investigación como un fin en sí misma se hubiera motivado por una esencial consideración de carácter pragmático. Es decir, cada monografía etnográfica era un condimento más o menos científico que propendía más a la catalogación y archivo que a la aplicabilidad directa de este conocimiento, a un propósito útil al conjunto de la sociedad mejicana. Algunos de los antropólogos implicados en la concepción pura de su ciencia especulaban con los niveles sociológicos de cada comunidad indígena, a base de un cientifismo cuya sola finalidad consistía en hacer de la ciencia antropológica una disciplina comparativa. De acuerdo con el hecho de que les fuera posible en Méjico realizar estudios etnográficos y antropológicos en general, alrededor de unas cincuenta culturas de contenido primitivo, la mayoría de las investigaciones tuvieron por único objeto registrar la vida social de dichas comunidades, que, desde el punto de vista de su estructura y organización funcional, constituían y constituyen firmes exponentes de la actividad tribal.

Los primeros balbuceos para una transformación eficaz de este hombre tribal se han originado en el curso de los últimos veinte años, cuando la paz política permeabilizó el ambiente nacional y las alas de la expresión civilizadora, reducidas a los ámbitos urbanos, se han extendido como sistema aglutinante hasta los rincones más alejados de la geografía nacional. Por su bajo nivel de vida, el indio no favo-

recía ninguna de las tendencias naturalmente expansionistas de la moderna revolución industrial que se registra en los últimos años en el país, ni tampoco respondía a la profunda identificación que los ideólogos de la revolución mejicana habían sostenido con el pasado indígena de Méjico.

De esta separación psicológica que acuñaba dos mundos dentro de una misma nación—lo indígena y lo nacional—, que impedía la amalgama de una sola y única fórmula nacional, el nacionalismo de los grupos más jóvenes y agresivos encontró una ilusión aglutinante de su mística mejicanista. En adelante existía una gran tarea: el hermano mayor, el mestizo, se encargaría de recuperar al benjamín de la gran familia dividida, el indígena. El aspecto más positivo de esta tendencia ha sido el de proyectarse sobre los grupos indígenas, hasta hoy marginales, y aplicar en ellos soluciones a sus problemas más inmediatos de comunidad, en la forma de sanidad, riego, caminos, etc.

El profesor A. Villa Rojas decía en cierta ocasión (1) que “el problema indígena de México consiste, básicamente, en la tarea de incorporar a la vida nacional a fuertes núcleos de población que vegetan en aislamiento geográfico y cultural dentro de nuestras fronteras”. Y agregaba: “Por sus usos, costumbres, ideas, prácticas y modos de vida en general, estos grupos recuerdan en seguida al México prehispánico subdividido en innumerables culturas locales, con sus propios dioses, héroes, mitos y lengua.”

De tal manera, “el problema indígena de Méjico” podría focalizarse indicando que tales grupos y comunidades indígenas se hallaban al margen de cualquier nexo con la cultura nacional, haciendo de este modo imposible un desarrollo paralelo de la nacionalidad. La cultura mejicana moderna estaba, pues, en relación a la población aborigen, en una postura arrogante, hermética, que empujaba a ambas partes a

una progresiva hostilidad e incompreensión.

Pero, además, se produjo un fenómeno sintomático en el tratamiento de lo indígena. Mientras por una parte se juzgaba indispensable la incorporación del indio a la vida nacional y se idealizaba su conciliación con el mundo de la cultura mejicana, por otra se le trataba mediante procedimientos que acentuaban su “indigenización”, y de hecho desarrollaban en él fuertes complejos de dependencia. Este complejo de dependencia, “definido particularmente por la ausencia del sentido de responsabilidad individual y de grupo para la resolución de sus propios problemas, y por ello mismo en una artificiosa creación de problemas...” (2), constituyó la primera etapa de una política ingenuamente separatista, ya que precisamente se estaba alimentando la revitalización de aquellos elementos funcionales que en cada cultura o comunidad tenían una condición más sólidamente integrativa, cuando de lo que se trataba era de romper, sin conflictos graves ni tensiones peligrosas, con la estructura material y espiritual que impedía y velaba la incorporación franca, psicológica, de lo indígena a lo nacional.

Así, como resultado de dicha primera experiencia, fué suprimida la orientación estrictamente política y agraria, y en su lugar se fijaron los lineamientos de una concepción culturalista, científica, que tratará el problema incorporativo del indio a la cultura nacional, mediante una modificación y asimilación paralela por éste de las técnicas y valores de la civilización común. Este esfuerzo significa la desaparición previa del concepto de autonomía cultural que se proyectaba para cada comunidad aborigen. Como consecuencia, las tendencias indigenistas “románticas”, que hacían del indio un ente inmodificable, propenden a desaparecer a través de una concepción más ágil y realista, que hará del hombre indio un mejicano

(1) *Boletín Indigenista*, vol. VII, número 3, pág. 244.

(2) *Boletín Indigenista*, vol. VII, número 1, pág. 45.

moderno, miembro de una entidad cultural única y dinámica.

El problema era tan complejo—en cada una de sus realidades concretas, cada cultura, entre los alrededores de cincuenta que subsisten, presenta valores y simbolizaciones diferentes—, que se requería algo más que buena voluntad: se necesitaba una planeación acertada, particular en cada caso, que tuviera en cuenta la naturaleza de los mecanismos psicosociológicos de cada comunidad de cultura. Era indispensable una investigación científica capaz de inspirar una transición sin choques, culminando dicha tarea con una integración satisfactoria, completa y sin recelos, del indio a la vida nacional.

Esta tarea le fué encomendada al Instituto Nacional Indigenista. Por sus características, el Instituto era la única institución experta para planear científicamente las finalidades originales del Gobierno mejicano. Desde el punto de vista de formación profesional, vocación y calidad humana, los miembros del Instituto son individuos muy sólidos y experimentados. La mayor parte de ellos poseen una magnífica hoja de trabajo de campo—algunos han sido entrenados por afamados investigadores norteamericanos, entre otros—y constituyen un equipo profesional muy apto.

El Instituto Nacional Indigenista se originó en una ley sancionada el 10 de noviembre de 1948. Su director, el doctor Alfonso Caso, afamado antropólogo mejicano, en una información (3) muy precisa exponía de la manera siguiente los fines esenciales de la institución: "De acuerdo con el artículo 2.º, el Instituto tiene por función investigar los problemas relativos a los indígenas; estudiar las medidas para su mejoramiento; promoverlas ante el Ejecutivo e intervenir en su realización; ser el consultor de las instituciones oficiales y privadas en materia de indigenismo; difundir los resultados de sus investigaciones, y emprender aquellas obras de mejoramiento de las comunidades indígenas que le encomiende el Ejecutivo.

El director del Instituto depende directamente de la Presidencia de la República, y existe un Consejo integrado por representantes de las Secretarías de Estado y Departamentos interesados en el problema indígena, así como de instituciones científicas, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Universidad, el Instituto Politécnico Nacional y la Sociedad Mexicana de Antropología.

El Instituto encomienda estudios especiales sobre grupos indígenas a investigadores entrenados en diversas materias: Antropología, Etnografía, Economía, Medicina, peritos industriales, etcétera.

Aun cuando fundamentalmente el Instituto es una organización para estudiar e investigar problemas actuales de la población indígena y para recomendar las soluciones que a su juicio sean pertinentes para estos problemas, sin embargo, su ley le permite intervenir principalmente en forma experimental, realizando por sí mismo medidas que tiendan a mejorar las condiciones de las comunidades indígenas y, sobre todo, le asigna el papel de consultor en materia de indigenismo y de coordinador de la acción que emprendan las diversas Secretarías de Estado en las zonas indígenas."

Puede decirse que el Instituto se ha convertido en el corazón de una actividad febril, inmersa en la resolución de problemas vitales para el país. El indio, ahora, está protegido por una institución dirigida a investigar y entender justamente sus problemas. Cada antropólogo se ha convertido en un misionero de la ciencia para el hombre, y así, esta condición histórica estacionaria, representada por el indígena, tiende a desaparecer para ligarse definitivamente al destino trascendente que las condiciones culturales modernas presuponen.

En estos momentos, un considerable número de gentes de cultura indígena empiezan a ser afectados como consecuencia de las investigaciones que se realizan en distintas zonas aborígenes. El Instituto, por ejemplo, ha estudiado la situación de los indígenas de la Mixteca serrana y de la Mixteca costera,

(3) *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. XIII, t. I, página 120.

“con objeto de ver la posibilidad de dirigir una migración de la primera zona mencionada, que es pobre en tierras y densamente poblada, hacia la segunda, en la que estas condiciones son precisamente inversas, es decir, rica en tierras y escasamente poblada, pero cuyas condiciones sanitarias son deficientes” (4). Tal cosa supone precisamente una modificación radical del paisaje ecológico de este hombre autóctono, en forma peligrosa siempre que no se tuvieran en cuenta los aspectos que conviene atender, para evitar la destrucción repentina de sus hábitos ancestrales y su relación inmediata de desequilibrio emocional.

Los investigadores intentan prevenir, mediante estudios sistemáticos de la cultura a modificar, los posibles resultados negativos que podrían originarse, de no tenerse en cuenta que este hombre ha adquirido lo que podemos denominar una fisiología del medio, una adaptación sustancial a su ecúmene, además de una cierta adhesión a modos de vida tradicionales que, independientemente de las ventajas o inconveniencias inherentes a su organización y estado social, representan la institución de una personalidad básica, derivada de las fórmulas pedagógicas que toda comunidad humana prescribe para sus miembros. La imagen que cada hombre indígena tiene de su mundo vital, significa que cualquier amputación que se realice en la estructura funcional de sus valores trascenderá inmediatamente en forma peligrosa para su equilibrio psíquico. Por ende, la traslación de una masa aborigen de cultura netamente detenida, sin procesos internos de cambio que conduzcan por sí mismos a lo nacional, impone una situación delicada, en especial cuando se pretende producir alteraciones básicas en la cultura recipiente, sin que dichas modificaciones conduzcan a la inapetencia vital del hombre al que se impone la mutación psicocultural. En este caso, el cambio de medio natural y el ajuste equivalente a las nuevas condiciones ambien-

tales pueden determinar una variación sustancial del sistema económico, además de conmocionar los instrumentos tradicionales de subsistencia. En tales circunstancias, tratase de promover un cambio decisivo en las instituciones tradicionales, de manera tal que no afecte a la fusión cultural que se pretende realizar entre la sociedad nacional mestiza y los focos de población indígena. Una transición sin tensiones es algo posible sólo si se atiende y estudia la naturaleza vocativa de la configuración cultural del hombre afectado por el impacto de una nueva integración psicológica.

El Instituto, además de esta investigación, encargó un estudio al doctor Aguirre Beltrán, miembro de la institución, para que analizara las condiciones de los indígenas de la sierra tarasca. “Se trata de una colaboración del Instituto Indigenista al proyecto de formación y mejoramiento de la cuenca del Tepalcatepec, que está realizando el Gobierno Federal” (5). Es decir, en este caso se trata de comprender y analizar la cultura de la zona con objeto de hallar los resortes psicológicos que pueden conducir al indígena tarasco serrano a un mejor ajuste con la transformación de las condiciones materiales de la zona.

Pero donde el Instituto está librando su tarea más pujante y decisiva, que probará la capacidad de la Antropología Aplicada para determinar soluciones científicas a lo humano, es en la zona que comprende la cuenca del río Papaloapan, zona situada en las cercanías de la porción ístmica de Méjico, que abarca alrededor de unos 47.000 kilómetros cuadrados, y en la que, según expresión del profesor Villa Rojas, “podría haber holgadamente todo el territorio de Holanda”. Desde el punto de vista antropológico, la cuenca del Papaloapan contiene “un verdadero mosaico, ya que encierra grupos cuyos modos de vida varían desde los de nivel francamente primitivo (como el de los indios mijés, agazapados en las estriba-

(4) *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. XIII, t. I, página 121, 1951.

(5) *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. XIII, t. I, página 122.

ciones del Zempoaltépetl), hasta los de nivel superior, que tienen su asiento en ciudades ultramodernas, como son Orizaba o Tetuacán"/ "...aparte del español, que es la lengua predominante, se hablan en la cuenca otros diez o doce idiomas aborígenes, cada uno de los cuales se subdivide a su vez en dos o más dialectos" (6).

Entre dichos grupos indígenas están representados "los de más alto monolingüismo" de todo el país. Se ha estimado que dentro de la cuenca existen unos 200.000 nativos que desconocen absolutamente el español.

Estos hechos están indicando la heterogeneidad de las condiciones culturales que habrá que estudiar (algunas ya se están estudiando) para hacer posible que cuaje la incorporación de las tribus indias a la vida nacional. Mediante trabajos de transformación material, emprendidos por el Gobierno federal (plantas hidroeléctricas, carreteras, presas, centros industriales, etc.), cada antropólogo tiene que investigar las posibilidades inmediatas de recepción del indígena de una serie de elementos modernos, cuya presencia supone por sí misma la descomposición de los conceptos tradicionales. En este sentido, cada uno de los aspectos teóricos de la Antropología tiene que recibir la prueba concluyente de la experiencia directa. Se están aplicando métodos que varían "desde los de simple exploración sociográfica hasta los de carácter más profundo, que tratan de registrar de modo integral el sistema de instituciones en que descansa la vida de una comunidad cualquiera". Este método de estudios integrales sólo se empleará en comunidades representativas, que puedan constituir un tipo cultural capaz de simbolizar un arquetipo. Tal cosa se debe a que, por falta de tiempo, sería difícil asegurar el estudio de cada comunidad. Como sea que se les pretende crear una nueva constelación psicosociológica, derivada del cambio de condiciones materiales, cada tribu, bien por su lengua u otro aspecto concreto de la cultura que pue-

da definir al grupo, poseerá un valor funcional que pueda determinar el punto focal, por medio del cual se aglutine el principio de integración (7).

Se trata, entonces, de estudiar sistemáticamente las simbolizaciones indígenas y definir las culturalmente. Cada norma o tendencia de conducta será registrada cuidadosamente, para de este modo conocer el alcance de cada modelo psíquico de conducta.

Al frente de esta actividad antropológica, de lo que podríamos definir en sentido pleno "recuperación nacional", el Instituto Nacional Indigenista ha comisionado al profesor A. Villa Rojas, señalado antropólogo mejicano de amplia experiencia en materia indigenista.

Por otra parte, el Instituto ha recibido el encargo de establecer un Centro Coordinador para la región Tzeltal-Tzotzil, del Estado de Chiapas, "que por primera vez tratará la cuestión indígena de la región como un problema complejo, pero con un tratamiento global".

"Cuatro Secretarías de Estado cooperan con el Instituto Nacional Indigenista en la realización de este proyecto: la Secretaría de Educación Pública, por conducto de su director de Asuntos Indígenas, con su internado indígena y sus escuelas, así como su campaña de alfabetización y castellanización y el establecimiento de talleres para la enseñanza técnica; la Secretaría de Salubridad, estableciendo un Centro Médico para el estudio de la salubridad en la región, provisto de brigadas móviles que puedan trasladar al personal de médicos y enfermeras e investigadores a los diversos puntos de la zona; la Secretaría de Comunicaciones, estableciendo un camino que partirá de Ciudad las Casas y llegará hasta Chenalhó, permitiendo así adentrarse en la zona indígena; la Secretaría de Agricultura y Ganadería, estableciendo postas agrícolas y zootécnicas destinadas a estudiar y realizar proyectos para el mejoramiento de terrenos, de cultivos, de protección y utili-

(6) *Boletín Indigenista*, vol. VIII, número 2, pág. 132.

(7) *Boletín Indigenista*, vol. VIII, número 2, págs. 131-32.

zación de los bosques y de cría de los animales domésticos de los indígenas, y, por último, el Instituto Nacional Indigenista, como coordinador de todas estas actividades..." (8).

Puede observarse que todas estas actividades implican la necesidad de disponer de un personal experimentado y eficiente, capacitado para resolver sobre el terreno una compleja y diversa situación cultural. Además de su calidad científica ha sido necesario reclutar y entrenar una gran cantidad de personas que, por su preparación, puedan investigar todos los ángulos del problema indígena.

En vista de esta necesidad, después de una serie de intentos, en los cuales las disciplinas antropológicas operaban como un núcleo de estudios secundarios en las escuelas y Universidades del país, se consideró indispensable la fundación de una institución especializada en esta clase de estudios. Con dicho motivo se constituyó, en 1942, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, dependiente del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Mediante un personal mejicano y extranjero especializado, la Escuela imparte una educación científica de primera calidad universitaria. En un ambiente de gran entusiasmo, el eminente antropólogo e historiador Jiménez Moreno trazaba los objetivos de la Escuela, de la siguiente manera: "Nuestro fin es conocer, amar y engrandecer a México, entender la misión de este nuevo continente, en el que la Humanidad espera crear un mundo nuevo, y comprender, por último, la esencia del hombre, descubrir los mecanismos de la convivencia humana y sugerir soluciones a los problemas actuales, que hoy, como nunca, se nos presentan como dilemas de vida o muerte" (9).

Desde luego, uno de los objetivos trascendentes de la Escuela ha sido el de preparar elementos científicos, úti-

les para la tarea nacional de integrar lo mejicano en una sola postura cultural. Impregnar de un estilo la formación antropológica de unos jóvenes universitarios, que no buscan en la carrera una aspiración económica, sino que llegan a ella por una vocación intrínseca de realizar una tarea. Hoy, la tarea inmediata del antropólogo mejicano es ayudar con su conocimiento a recuperar al indio para la cultura y la conciencia nacional. Se trata también de entender la amalgama que resultó de la fusión de dos pasados: el indígena y el español. Y, a su vez, después del mestizaje, plasmar una fórmula que haga posible el diálogo entre el mestizo y el indio. Es éste un tipo de diálogo que, bien trazado, conducirá a la incorporación rotunda del indio a la vida nacional. Por lo menos, ésa es la intención. La dificultad estriba en conciliar esa *indecisión peculiar del hombre mestizo* con la terquedad cultural y atávica del indígena.

Jiménez Moreno entiende que la manera más correcta de cultivar soluciones humanas es interrogar a la propia conciencia del mejicano, revalorizándolo y despertando la memoria de su pasado. De esta manera se reintegrará al país la confianza en sí mismo. De hecho, en este caso, se ha despertado una responsabilidad intelectual, que descansa en una ilusión que anhela la unidad cultural y psicológica.

En tales condiciones, la E. N. A. e H., dirigida actualmente por el notable prehistoriador y humanista doctor Pablo Martínez del Río, asistido por el activo y destacado antropólogo doctor Eusebio Dávalos Hurtado, está cimentando las bases para un desarrollo firme de la Antropología en Méjico. Se imparten cursos en los varios campos de la Antropología (Lingüística, Etnología, Arqueología, Antropología Física, Antropología Aplicada), que permiten aspirar a una carrera en alguna de dichas especialidades, además del campo específico de la Historia de América. En el año anterior de 1951, por iniciativa del Instituto Nacional Indigenista, se instituyó la carrera de Antropología Aplicada, que tiene por fin preparar convenientemente profesionales

(8) *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. XIII, t. I, páginas 123-24.

(9) Wigberto Jiménez Moreno: *Origen y desarrollo de la E. N. de A. e H.*, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. X, 1948-49.

aptos para resolver problemas prácticos de diverso carácter, desde estudios integrales a investigaciones concretas de un complejo cultural determinado, en comunidades indígenas, preferentemente. Cada uno de estos alumnos se instruye, aparte de su preparación académica fundamental, en el campo mismo, entre la población aborígen, estudiando sus problemas y aportando soluciones específicas. Gran parte de la experiencia de cada uno de los alumnos se obtiene en aquellos lugares que el mismo Instituto designa para investigaciones antropológicas, estudios que tratan de conseguir más tarde la integración de lo indígena en lo nacional.

En la Escuela, cuyo prestigio académico se ha extendido a toda la América española, proyectándose, inclusive, a EE. UU. y Brasil, estudian gran número de extranjeros procedentes de Estados Unidos, de todos los países centroamericanos, de algunos sudamericanos, aparte de un gran número de estudiantes españoles que se han formado y se forman en sus aulas. Puede decirse que la solera que nutre de calidad profesional y humana, de cuadros científicos, a los grandes centros de cultura indígena procede de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. De ahí extrae el Instituto Nacional Indigenista los equipos que marchan a trabajar y estudiar las áreas por transformar. Se pretende que las bases del mejoramiento e incorporación del indio a lo nacional, en adelante las planeen y proyecten esos hombres, salidos de la institución académica *ad hoc*.

Actualmente, los problemas teóricos y prácticos del indígena y del hombre mejicano se plantean en el seno de los Seminarios y Mesas Redondas, que, de una manera periódica, se realizan a través de la Escuela y de sus instituciones resultantes, como, por ejemplo, la Sociedad Mexicana de Antropología. Los temarios de esta última Sociedad incluyen tanto problemas históricos como modernos. Sus reuniones constituyen ya un evento, al que concurren investigadores de varios países, interesados en los trabajos y temas que allí se plantean. Dicha Sociedad edita

la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, en la que se dan a conocer los estudios más recientes realizados en estos campos, sobre todo los que se refieren de una manera especial a Méjico.

Pero así como el Instituto Nacional Indigenista se ha propuesto aplicar los conocimientos antropológicos a problemas concretos de la población indígena moderna, con el fin de transformar sus actitudes y hábitos, el Instituto Nacional de Antropología e Historia tiene una tarea más amplia, en el sentido de que atiende campos más variados de la ciencia antropológica. Sus intereses más bien se enfocan al campo de la Arqueología y la Prehistoria, así como a la conservación de monumentos del referido carácter. Atendiendo a la enorme riqueza arqueológica contenida en el país, el Instituto dispone de un equipo competente de especialistas, que de una manera periódica investigan sobre el terreno los problemas de la cultura prehispánica. Anteriormente también se ocupaba de realizar investigaciones en disciplinas de su competencia, tales como la Lingüística, la Antropología Física y la Etnología; pero con la constitución, hace tres años, del Instituto Nacional Indigenista, el grupo de actividades relativas a la investigación de problemas humanos actuales se ha encomendado prácticamente a esta última institución.

Como resultado de ello, el Instituto Nacional de Antropología e Historia está invirtiendo las mejores energías al estudio de zonas arqueológicas, en las que existen todavía muchas incógnitas que averiguar. Teotihuacán, Monte Albán, Tajín, la zona Maya y los centros de cultura náhuatl constituyen problemas culturales decisivos para la comprensión del pasado indígena. En todos estos focos, que recuerdan al mundo la presencia de vastos crisoles de cultura, se han desarrollado cuadros de vida, que cuando se descubran a la comprensión histórica mostrarán facetas importantes de ingredientes atávicos del hombre de hoy mejicano. Investigadores mejicanos y algunos norteamericanos destacados

han elaborado sistematizaciones cronológicas que permiten ligar las secuencias culturales mesoamericanas y su relación mutua.

Ultimamente se ha cubierto uno de los grandes vacíos que existían en el campo de la arqueología: el estudio de la Prehistoria mejicana. Por inspiración del doctor Pablo Martínez del Río y del doctor Manuel Maldonado, prehistoriador y paleontólogo, respectivamente, y con la adición del joven prehistoriador, recién devuelto de sus estudios de postgraduado en España, Luis Aveleyra de Anda, se ha constituido la Dirección de Prehistoria, dependiente del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Esta institución, apenas constituida, se ha apuntado un triunfo sensacional: el descubrimiento de un mamut imperial, asociado con dos puntas de sílex, posiblemente de lanza, una especie de raedera para raspar la piel de los animales y, por último, una navaja de obsidiana. Este descubrimiento, efectuado por los antedichos científicos mejicanos—13 de marzo de 1952—, viene a probar de manera concluyente la coexistencia del hombre y el mamut en tierras de América, y concretamente en Méjico. El hallazgo corresponde al final del Pleistoceno, y se le asigna una antigüedad que, conservadoramente, se estima en unos doce mil años. La capa estratigráfica en la que se encontró la asociación mamut-utilaje, corresponde a la llamada formación geológica Becerril-Limo Verde, de origen pantanoso. Los tres descubridores suponen se trata de un animal atraído a la trampa constituida por el pantano, y, una vez allí, despojado de la piel, con el fin de ser utilizada su carne. La raedera parece ser especialmente fabricada para dicho fin.

Sin lugar a dudas, este éxito científico ha despertado un gran entusiasmo en los medios antropológicos mejicanos, así como entre los integrantes del Museo de Colorado, sostenedores firmes de la hipótesis de la coexistencia de animales prehistóricos con el hombre en el Nuevo Mundo. El hecho de que un descubrimiento anterior, el llamado Hombre de Tepexpan, también

en Méjico, asociado a un elefante, fuera puesto en duda por la mayoría de los científicos extranjeros, representa en estos momentos una reivindicación categórica respecto de la veracidad científica de dicha coexistencia.

Aparte la situación general científica antropológica en Méjico, existen toda una serie de actividades, que no podemos llamar marginales porque suponen una aportación sistemática al conocimiento de la realidad cultural de la vida indígena mejicana. Me refiero a instituciones tales como el Instituto Lingüístico de Verano. Se trata de una institución que tiene a su cargo los cursos lingüísticos de verano en Norman, Oklahoma (EE. UU.), en cooperación con la Universidad del Estado de Oklahoma, y una rama canadiense de los mismos cursos en Caron, Saskatchewan. La mayoría de dichos cursos persiguen el conocimiento y comparación de idiomas indígenas y el entrenamiento de investigadores en el campo de la Lingüística. Actualmente, el Instituto ha trabajado en cuarenta idiomas y dialectos de la República mejicana. La mayor parte de sus investigaciones han sido publicadas o reunidas en un catálogo especialmente elaborado. También, muchos de sus estudios han incluido pequeños resúmenes etnográficos de comunidades, que originalmente fueron visitadas con fines de investigación lingüística, pero de las cuales se obtuvieron datos interesantes de carácter etnográfico.

Otro organismo, el Museo Nacional de Antropología e Historia, ha venido siendo hasta la fecha uno de los paladines de la investigación antropológica. Dirigido por el doctor D. R. de la Borbolla, el Museo, aparte de su función puramente museográfica, ocupa a gran parte de los mejores especialistas en ciencias antropológicas. Periódicamente, dichos especialistas realizan investigaciones de carácter antiguo y moderno en sus respectivas modalidades. La mayor parte de los materiales que se obtienen son analizados en los laboratorios de que disponen el Museo. Este se allegó un laboratorio de Lingüística, equipado con aparatos de sonido—el laboratorio fué ob-

sequiado por la Institución Viking Fund—, que sirve para grabar lenguas vivas indígenas; además, dicho laboratorio posee una emisora, que le permite ponerse en contacto con los investigadores que se encuentran en puntos geográficos apartados. Muchos de los estudiantes de la Escuela reciben becas, que son manejadas por el director del Museo para estudiar en sus laboratorios.

Otra de las instituciones académicas que posee un Departamento dedicado al estudio de problemas antropológicos es el Mexico City College. El Departamento de Antropología de dicha institución ha tomado como punto focal de trabajo el área de Mesoamérica, en la que está comprendida Méjico. Se imparten cursos en Arqueología, Etnografía y Lingüística, en colaboración con la Escuela Nacional de Antropología e Historia, además de otros cursos relacionados con el período de gobierno español y prehispánico. La mayor parte de sus alumnos son procedentes de EE. UU., interesados en el estudio de los problemas mejicanos. Después de la terminación de la segunda guerra mundial, la mayoría de sus estudiantes son veteranos de guerra becados por el Gobierno de los Estados Unidos. Como sea que la realidad cultural mejicana se presta para una experiencia viva, y además se prefiere para los puestos del servicio exterior a individuos con conocimiento de los hábitos, costumbres e ideas de los pueblos donde van a ser destinados, estos estudiantes, pues, que poseen una vocación en problemas latinoamericanos, como se les llama, reciben un entrenamiento humano directo, estrechamente relacionado con el enfoque de sus futuras actividades como miembros de un equipo de gentes especializado en problemas "hispanoamericanos".

Para completar este panorama sucinto de la antropología mejicana, debemos referirnos a un ángulo que hasta ahora había sido descuidado, principalmente debido a la falta de coordinación existente entre ambas disciplinas; aludo a la Psicología Social.

Un grupo de jóvenes psiquiatras, en-

cabezados por el doctor Raúl González Enríquez, ha iniciado una fructífera colaboración con el campo afín de la Antropología Cultural. La finalidad que se persigue es constituir una escuela moderna de psicología social, con base en la realidad cultural mejicana. Los estudios que sobre cultura y personalidad han desarrollado en los últimos tiempos notables investigadores norteamericanos—Kardiner, Linton, Fromm, K. Horney, Mead, Benedict y otros—, han demostrado las amplias posibilidades que se abren a la comprensión de los valores funcionales de toda sociedad partiendo de una cooperación estrecha entre antropólogos y psicólogos.

Para cimentar la estructura teórica de esta escuela psicoanalítica, que tratará de estudiar los procesos psicodinámicos de la cultura mejicana, se está llevando a efecto un Seminario, cuyo tema es una investigación de la "personalidad nacional", bajo la dirección del doctor Erich Fromm, y fungiendo como secretario el que esto escribe, en calidad de antropólogo. Participan en el mismo psiquiatras de calidad tan reconocida como son el doctor A. Millán, doctor R. González Enríquez, doctor G. Dávila, doctor Zozaya y otros. La presencia del doctor Fromm, uno de los más notables psicoanalistas de nuestro tiempo, influye extraordinariamente en la orientación metodológica de la investigación. Fromm pertenece a la llamada escuela culturalista del psicoanálisis, y es especialmente eficaz en la determinación de la personalidad, debido a que no soslaya ninguna posibilidad sociológica en la investigación. Los estudios que se están efectuando en el Seminario acerca de la Novela, la Filosofía, la Historia, el Folklore y la Etnografía en general están proyectando mucha luz en torno de la verdadera caracterización del mejicano. Los elementos patológicos constituyen una esfera secundaria en la investigación si tenemos en cuenta que se trata de explicarlos en sus causas, en la fisiología cultural que los determina y no en cuanto a su morfología aparente. El estudio de varios aspectos sociológicos del mestizo urbano ha dado algunas claves acerca de sus mecanismos psicodinámicos, y

solamente en función de estos puntos focales se podrá ir conociendo y profundizando en la verdadera naturaleza psicológica del mejicano. Así, a través de la metodología de Fromm se ha introducido un factor culturalista básico en la formación psicoanalista de cada uno de los psiquiatras participantes. La condición científica de los médicos psiquiatras se ve altamente reforzada con la aportación culturalista, que exige el conocimiento de los mecanismos sociológicos que actúan y proyectan su influencia específica sobre el individuo, en función de la sociedad en que vive. Los valores de cada sociedad crean simbolizaciones en cada individuo, y cualquier frustración originada en la transgresión de la norma tendrá una correlación directa en el dispositivo emocional de este individuo, que por ser social poseerá una cultura: la de su sociedad.

Además, la Escuela de Postgraduados de la Facultad de Medicina, Departamento de Psiquiatría, ha instituido una cátedra de Antropología Cultural, a cargo del que firma. La finalidad del curso consiste en proveer a cada estudiante de un material antropológico básico, que le permita reconocer un fondo cultural en muchos de los aspectos patológicos. En este sentido, el curso opera estrechamente adherido a los valores culturales de la sociedad mejicana, con un reconocimiento cultural de las varias épocas de Méjico, considerando las dos principales corrientes históricoculturales que han actuado en la estructuración del país: la mejicana precortesiana y la española.

Para concluir, conviene no olvidar el campo de la Historia Antigua de Méjico. Por su naturaleza, sus integrantes constituyen una parte afín, si no decisiva de lo antropológico. Esta clase de estudios están dirigidos por el profesor Jiménez Moreno. Hasta hace pocos años, muchos de los problemas de carácter cronológico implicaban un serio obstáculo para la fijación de correlaciones culturales. Los trabajos realizados en este orden por A. Caso, Kirchhoff y J. Moreno han hecho posible conciliar los períodos y fechas más im-

portantes de la Historia Precortesiana o Antigua. Aparte, los tres investigadores aludidos han estudiado problemas de tipo diverso, que van a posibilitar una mejor clarificación de los acontecimientos históricos. Por otra parte, R. Barlow (q. e. p. d.) contribuyó con estudios valiosísimos a la comprensión de episodios difíciles en las varias historias locales que constituyen lo prehispánico, que por la falta de noticias concretas no era posible integrar en una unidad congruente. Su aportación en el campo de la Historia Antigua de Méjico tiene un carácter definitivo en algunos aspectos. Actualmente, el profesor J. Moreno está redactando una obra sobre historia antigua, que será una ampliación de un magnífico curso en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Por muchos motivos, su obra debe ser la exposición más brillante que se haya dado en este campo de la Historia Antigua de Méjico, ya que actualmente es el investigador que mejor conoce este campo, además de ser un especialista en varios aspectos aledaños, como es, por ejemplo, su dominio del náhuatl clásico. En la elaboración de su Historia va a ser auxiliado por algunos de sus mejores alumnos.

Otro de los notables investigadores en este campo, muy conocido por sus estudios historiográficos, es el doctor R. García Granados. Está a punto de aparecer un índice biográfico suyo de los personajes más destacados en la Historia Antigua de Méjico.

La elaboración de estos materiales sobre lo prehispánico es un punto importantísimo en la Historia de la Cultura en Méjico, sin lo cual sería difícilísimo intentar siquiera una caracterización del mestizo que es, cultural y físicamente, un resultado de la aportación hispanoindígena.

Finalmente, no hay que olvidar las contribuciones intelectuales y económicas que han dedicado las instituciones norteamericanas a la Antropología en Méjico. Instituciones tales como Smithsonian, Viking, Rockefeller, Carnegie, y Universidades de EE. UU., han cooperado permanentemente, bien en forma económica, mediante becas a estudian-

tes y a profesorado, bien sufragando gastos de algunas investigaciones concretas de carácter antropológico, y también por medio de una ayuda intelectual, que ha consistido en el envío de experimentados antropólogos norteamericanos, los cuales han entrenado en los diversos campos de la Antropología a los estudiantes concurrentes a la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Además, en este campo también han in-

tervenido conocidos antropólogos españoles.

Las ciencias antropológicas constituyen, pues, en Méjico un formidable instrumento de edificación cultural, de mejoramiento concreto del hombre indígena, a través de dirigir profundos cambios en su personalidad básica. Desde este punto de vista, Méjico es una de las más valiosas experiencias humanas que vivimos.

Claudio Esteva Fabregat.
Apartado Postal, 10.359.
MÉXICO, D. F.

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

SUBDIRECTOR
LUIS ROSALES

SECRETARIO
ENRIQUE CASAMAYOR

DIRECCIÓN Y SECRETARÍA
LITERARIA

Avda. de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica
Teléf. 24 87 91

ADMINISTRACIÓN
Alcalá Galiano, 4
MADRID

EN EL PROXIMO NUMERO 38

José Luis L. Aranguren: *La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración.*

Franz Kafka: *El guardián de la tumba.*

Miguel Sánchez Mazas: *La ciencia, el lenguaje y el mundo en Winkerstein.*

Francisco Alemán: *Eduardo Mallea, español de Sudamérica.*

Ernesto Mejía Sánchez: *El valle* (poema).

Precio del número 37
QUINCE PESETAS

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO